

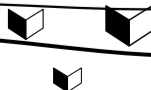


9

Martín Fierro

José Hernández

Serie
Río de Letras
Literatura
Plan Nacional de Lectura y Escritura





9

Martín Fierro

José Hernández

Martín Fierro / José Hernández 1a. ed. -- Bogotá : Ministerio de Educación Nacional, 2016
p. : il. (Río de letras. Literatura)
“Edición Digital para la Biblioteca 2.0 del PNLE. Obra seleccionadas por ser representativas de la tradición literaria latinoamericana”
ISBN 978-958-691-829-9
1. Literatura 2. Retórica

Plan Nacional de Lectura y Escritura

© Ministerio de Educación, 2016

Juan Manuel Santos Calderón

Presidente de la República

Gina Parody d’Echeona

Ministra de Educación Nacional

Víctor Javier Saavedra Mercado

Viceministro de Educación Preescolar,
Básica y Media

Ana Bolena Escobar Escobar

Directora de Calidad para la Educación
Preescolar, Básica y Media

Paola Trujillo Pulido

Subdirectora de Fomento de Competencias

Sandra Morales Corredor

Gerente del Plan Nacional de Lectura
y Escritura

CIER Centro

Coordinación editorial, diseño, ilustración
y diagramación

Mauricio Arévalo Arbeláez

Edición

Equipo pedagógico del PNLE

Selección de textos y revisión de material

ISBN: 978-958-691-829-9

Las opiniones y expresiones de los autores no reflejan necesariamente las del Ministerio de Educación Nacional.

Reservados todos los derechos. Se permite la reproducción parcial o total de la obra por cualquier medio o tecnología, siempre que se den los créditos correspondientes al autor y al Ministerio de Educación Nacional.





Índice

Tabla de recursos	7
Sobre la Colección Literatura	8
Biografía	10
Martín Fierro	12
El Gaucho Martín Fierro	15
La vuelta de Martín Fierro	137

Tabla de recursos

Encuentra junto a este libro recursos digitales para conocer, comprender e interpretar la obra literaria.



Antes de la lectura

-  Video: Martín Fierro y la argentinidad 12
-  Animación: La leyenda del gaucho 14

Durante la lectura

-  Audio: ¿Quién es Martín Fierro? 18
-  Galería: Los americanismos 117

Después de la lectura

-  Interactivo: La Pulpería 30
-  Interactivo: La sabiduría popular del gaucho 112

Sobre la Colección **Literatura**

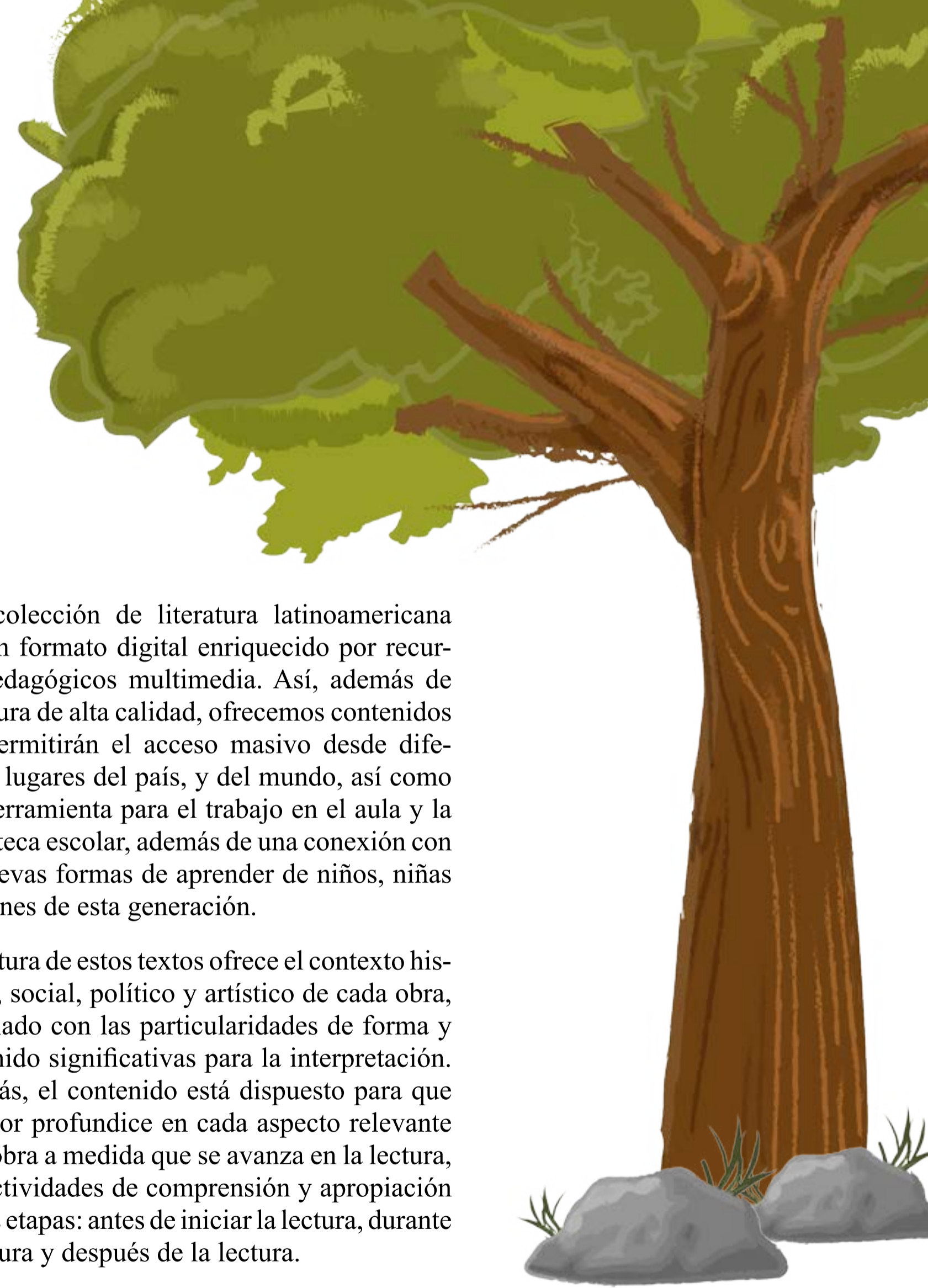
La manera de representarnos como individuos y ciudadanos, por medio de la lectura y escritura, dice mucho de la sociedad en la que vivimos y a la que aspiramos. Por ello el Plan Nacional de Lectura y Escritura «Leer es mi Cuento», del Ministerio de Educación Nacional, pone a disposición de los lectores colombianos 24 títulos de literatura latinoamericana que dan cuenta de la riqueza cultural de nuestro pasado literario y de los rasgos más característicos de la cultura latinoamericana.

Se trata de obras seleccionadas por ser representativas de las tradiciones literarias de Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Cuba, Ecuador, Nicaragua, Perú y Uruguay, entre otros. Son libros que a lo largo de toda la historia latinoamericana han tenido una influencia decisiva en la cultura mundial, pues dejan al descubierto situaciones históricas, sociales y culturales propias de una época determinada, a través de una estética rica en descripciones y en expresiones propias del lenguaje figurado, del humor, de la sátira y de la ironía.

Esta colección de literatura latinoamericana está en formato digital enriquecido por recursos pedagógicos multimedia. Así, además de literatura de alta calidad, ofrecemos contenidos que permitirán el acceso masivo desde diferentes lugares del país, y del mundo, así como una herramienta para el trabajo en el aula y la biblioteca escolar, además de una conexión con las nuevas formas de aprender de niños, niñas y jóvenes de esta generación.

La lectura de estos textos ofrece el contexto histórico, social, político y artístico de cada obra, articulado con las particularidades de forma y contenido significativas para la interpretación. Además, el contenido está dispuesto para que el lector profundice en cada aspecto relevante de la obra a medida que se avanza en la lectura, con actividades de comprensión y apropiación en tres etapas: antes de iniciar la lectura, durante la lectura y después de la lectura.

Gina Parody d'Echeona





👤 Biografía 👤

José Hernández fue un importante periodista, escritor y político argentino. Su fecha de nacimiento, el 10 de noviembre de 1834, es la razón por la que se celebra el Día de la Tradición en Argentina.

Durante su infancia, Hernández se crió en Buenos Aires con sus tíos y abuelos mientras sus padres trabajaban en el campo. Una enfermedad en el pecho y la muerte de su madre lo obligaron a abandonar la ciudad y volver a radicarse con su padre. En estos años, el escritor conoció y se familiarizó con el mundo rural, se despertó en él admiración y fascinación por el gaucho argentino, y fue testigo de los conflictos políticos por la tierra y de las luchas que se libraban con los indios y los maleantes.

Durante su actividad militar y política, Hernández fue defensor acérrimo del Federalismo en su país; es decir, quería que las provincias argentinas se mantuvieran independientes del Estado de Buenos Aires. Su apoyo a este tipo de gobierno lo llevó a participar en una de las rebeliones del militar Ricardo López Jordán, lo cual lo obligó a vivir en exilio en Brasil tras la derrota de los gauchos en 1871. Sus convicciones políticas le acarrearón múltiples enemistades con algunas de las figuras más relevantes del gobierno argentino, entre las que se encontraban Juan Manuel de Rosas (gobernador de la Provincia de Buenos Aires y el principal caudillo de la Confederación Argentina) y Domingo Faustino Sarmiento, cuya obra *Facundo* se oponía ideológicamente a la idealización del gaucho que Hernández escribiría en su *Martín Fierro*.

Un año después de su exilio, Hernández volvería a su país, en donde escribiría la primera parte de su obra más importante, *El gaucho Martín Fierro*. El poema se convirtió en un suceso literario y político y fue su mayor contribución a la causa de los gauchos. Después de que se publicara la segunda parte, *La vuelta del Martín Fierro*, se consideró su obra como la más importante de la literatura argentina. Luego de su primera aparición, en 1872, el poema épico sobre las desventuras de un gaucho llamado Martín Fierro se reeditó once veces, lo que convirtió al *Martín Fierro* en uno de los primeros fenómenos editoriales más exitosos de nuestro continente.

Fue diputado provincial y, en 1880, defendió el proyecto de federalización, por el cual Buenos Aires pasó a ser la capital del país. En 1881 fue elegido senador provincial y fue reelegido para este cargo hasta 1885. Estuvo muy cerca del mundo de la política hasta su muerte, un año después, en 1886.

Aunque para el momento en que se publicó *Martín Fierro* la crítica literaria (casi inexistente en esa época) ya había comenzado a hablar del concepto de *literatura gauchesca*, fue Hernández quien la popularizó y quien logró concretar los proyectos políticos del gaucho a través de su poesía. Esto fue, quizá, lo que logró que el poema se consolidara como la cúspide de la literatura nacional argentina.

Martín Fierro y la argentinidad



[Índice](#)

[Tabla de recursos](#)

La leyenda del gaucho



Tabla de recursos

El gaucho Martín Fierro I

Aquí me pongo a cantar
al compás de la vigüela,
que el hombre que lo desvela
una pena extraordinaria,
como la ave solitaria
con el cantar se consuela.

Pido a los Santos del Cielo
que ayuden mi pensamiento,
les pido en este momento
que voy a cantar mi historia
me refresquen la memoria,
y aclaren mi entendimiento.

Vengan Santos milagrosos,
vengan todos en mi ayuda,
que la lengua se me añuda
y se me turba la vista;
pido a mi Dios que me asista
en esta ocasión tan ruda.



Yo he visto muchos cantores,
con famas bien obtenidas,
y que después de alquiridas
no las quieren sustentar—:
parece que sin largar
se cansaron en partidas.

Mas ande otro criollo pasa
Martín Fierro ha de pasar,
nada lo hace recular
ni las fantasmas lo espantan;
y dende que todos cantan
yo también quiero cantar.

Cantando me he de morir,
cantando me han de enterrar,
y cantando he de llegar
al pie del Eterno Padre—
dende el vientre de mi madre
vine a este mundo a cantar.

Que no se trabe mi lengua
ni me falte la palabra
el cantar mi gloria labra
y poniéndome a cantar,
cantando me han de encontrar
aunque la tierra se abra.



Me siento en el plan de un bajo
a cantar un argumento—
como si soplara el viento
hago tiritar los pastos—
con oros, copas y bastos,
juega allí mi pensamiento.

Yo no soy cantor letrao,
mas si me pongo a cantar
no tengo cuándo acabar
y me envejezco cantando;
las coplas me van brotando
como agua de manantial.

Con la guitarra en la mano
ni las moscas se me arriman,
naides me pone el pie encima,
y cuando el pecho se entona,
hago gemir a la prima
y llorar a la bordona.

Yo soy toro en mi rodeo
y toraso en rodeo ageno,
siempre me tuve por güeno
y si me quieren probar,
salgan otros a cantar
y veremos quién es menos.



No me hago al lao de la güeya
aunque vengan degollando,
con los blandos yo soy blando
y soy duro con los duros,
y ninguno, en un apuro
me ha visto andar titubiando.
En el peligro ¡qué Cristos!
el corazón se me enancha
pues toda la tierra es cancha,
y de esto naides se asombre,
el que se tiene por hombre
ande quiera hace pata ancha.



Soy gaucho, y entiendanló
como mi lengua lo esplica,
para mí la tierra es chica
y pudiera ser mayor,
ni la víbora me pica
ni quema mi frente el Sol.



Nací como nace el peje
en el fondo de la mar,
naides me puede quitar
aquello que Dios me dio
lo que al mundo truje yo
del mundo lo he de llevar.



¿Quién es Martín Fierro?

Escucha a Martín Fierro cantando. Observa cómo se describe a sí mismo en su canto.

Mi gloria es vivir tan libre
como el pájaro del Cielo,
no hago nido en este suelo
ande hay tanto que sufrir;
y naides me ha de seguir
cuando yo remonto el vuelo.

Yo no tengo en el amor
quien me venga con querellas,
como esas aves tan bellas
que saltan de rama en rama—
yo hago en el trébol mi cama,
y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos me escuchan
de mis penas el relato
que nunca peleo ni mato
sino por necesidá;
y que a tanta alversidá
sólo me arrojó el mal trato.

Y atiendan la relación
que hace un gaucho perseguido
que fue buen padre y marido
empeñoso y diligente,
y sin embargo la gente
lo tiene por un bandido.





Ninguno me hable de penas
 porque yo penando vivo—
 y naides se muestre altivo
 aunque en el estribo esté,
 que suele quedarse a pie
 el gaucho más alvertido.



Junta esperencia en la vida
 hasta pa dar y prestar,
 quien la tiene que pasar
 entre sufrimiento y llanto;
 porque nada enseña tanto
 como el sufrir y el llorar.



Viene el hombre ciego al mundo
 cuartiándolo la esperanza,
 y a poco andar ya lo alcanzan
 las desgracias a empujones;
 ¡Jue pucha! que trae liciones
 ¡el tiempo con sus mudanzas!



Yo he conocido esta tierra
 en que el paisano vivía.
 Y su ranchito tenía
 y sus hijos y mujer...
 Era una delicia el ver
 cómo pasaba sus días.

Entonces... cuando el lucero
 brillaba en el cielo santo
 y los gallos con su canto
 la madrugada anunciaban,
 a la cocina rumbiaba
 el gaucho... que era un encanto.

Y sentao junto al jogón
 a esperar que venga el día,
 al cimarrón le prendía
 hasta ponerse rechoncho,
 mientras su china dormía
 tapadita con su poncho.

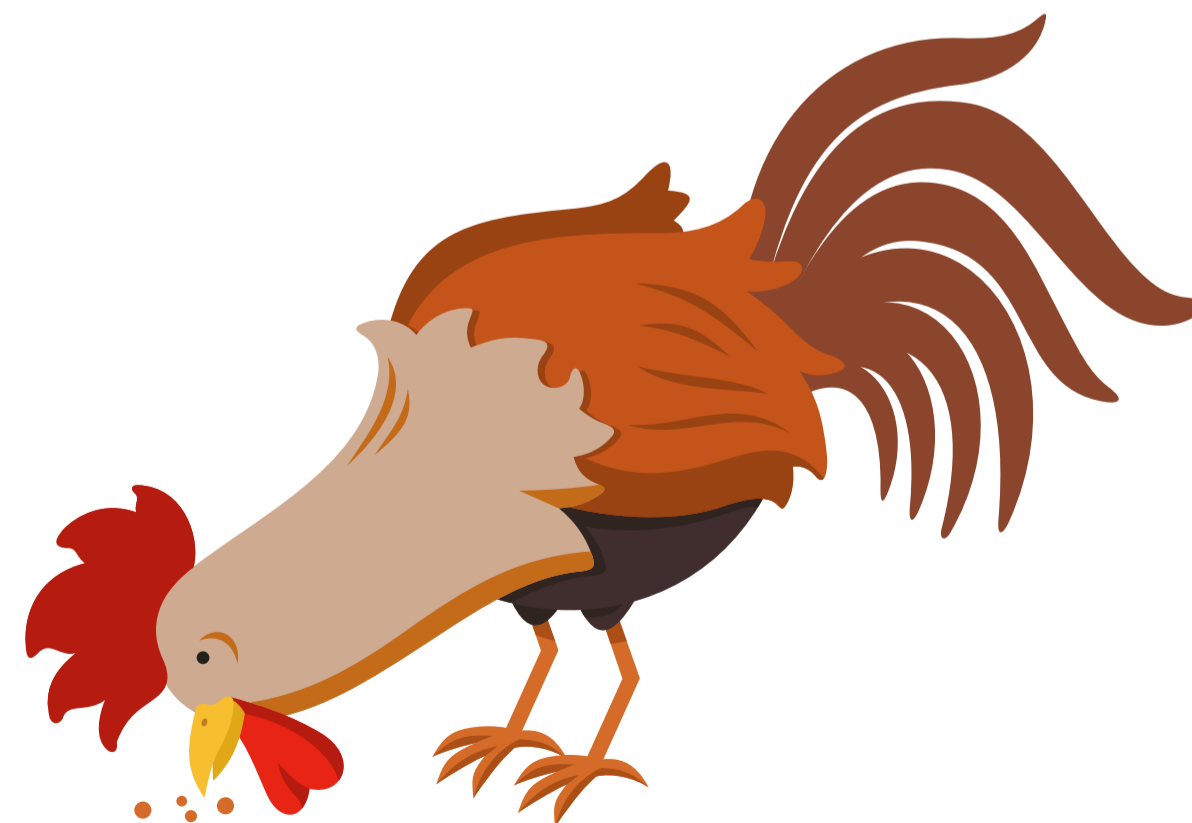


Y apenas el horizonte
empezaba a coloriar,
los pájaros a cantar,
y las gallinas a apiarse,
era cosa de largarse
cada cual a trabajar.

Éste se ata las espuelas
se sale el otro cantando,
uno busca un pellón blando,
éste un lazo, otro un rebenque,
y los pingos relinchando
los llaman desde el palenque.

El que era piñón domador
enderezaba al corral,
ande estaba el animal
bufidos que se las pela...
Y más malo que su agüela
se hacía astillas el bagual.

Y allí el gaucho inteligente
en cuanto al potro enriendó,
los cueros le acomodó



y se le sentó en seguida,
que el hombre muestra en la vida
la astucia que Dios le dio.

Y en las playas corcobiando
pedazos se hacía el sotreta,
mientras él por las paletas
le jugaba las lloronas,
y al ruido de las caronas
salía haciéndose gambetas.

¡Ah! ¡tiempos!... era un orgullo
ver ginetiar un paisano—
Cuando era gaucho vaquiano
aunque el potro se boliase
no había uno que no parase
con el cabresto en la mano.

Y mientras domaban unos,
otros al campo salían,
y la hacienda recogían,
las manadas repuntaban,
y así sin sentir pasaban
entretenidos el día.

Y verlos al caer la noche
 en la cocina riunidos
 con el juego bien prendido
 y mil cosas que contar,
 platicar muy divertidos
 hasta después de cenar.



Y con el buche bien lleno
 era cosa superior
 irse en brazos del amor
 a dormir como la gente,
 pa empezar al día siguiente
 las faenas del día anterior.

¡Ricuerdo!... ¡Qué maravilla!
 cómo andaba la gauchada,
 siempre alegre y bien montada
 y dispuesta pa el trabajo...
 pero hoy al presente... ¡barajo!
 no se le ve de aporriada.

El gaucho más infeliz
 tenía tropilla de un pelo,
 no le faltaba un consuelo



y andaba la gente lista...
 tendiendo al campo la vista
 sólo vía sino hacienda y cielo.



Cuando llegaban las yerras,
 ¡cosa que daba calor!
 tanto gaucho pialador
 y tironiador sin yel—.
 ¡Ah tiempos!... pero sin él
 se ha visto tanto primor.

Aquello no era trabajo,
 más bien era una junción,
 y después de un güen tirón
 en que uno se daba maña,
 pa darle un trago de caña
 solía llamarlo el patrón.



Pues vivía la mamajuana
 siempre bajo la carreta,
 y aquel que no era chancleta
 en cuanto el goyete vía,
 sin miedo se le prendía
 como güérfano a la teta.

¡Y qué jugadas se armaban
cuando estábamos riunidos!
Siempre íbamos prevenidos
pues en tales ocasiones,
a ayudarles a los piones
caiban muchos comedidos.

Eran los días del apuro
y alboroto pa el hembraje,
pa preparar los potajes
y obsequiar bien a la gente,
y ansí, pues, muy grandemente,
pasaba siempre el gauchage.

Venía la carne con cuero,
la sabrosa carbonada,
mazamorra bien pisada
los pasteles y el güen vino...
pero ha querido el destino,
que todo aquello acabara.



Estaba el gaucho en su pago
con toda siguridá:
pero aura... ¡barbaridá!
la cosa anda tan fruncida,
que gasta el pobre la vida
en juir de la autoridá.

Pues si usté pisa en su rancho
y si el alcalde lo sabe
lo caza lo mesmo que ave
aunque su mujer aborte...
¡No hay tiempo que no se acabe
ni tiento que no se corte!

Y al punto dese por muerto
si el alcalde lo bolea,
pues ay nomás se le apea
con una felpa de palos—,
y después dicen que es malo
el gaucho si los pelea.

Y el lomo le hinchán a golpes,
y le rompen la cabeza,
y luego con ligereza

ansí lastimao y todo,
lo amarran codo con codo
y pa el cepo lo enderiezan.

Ay comienzan sus desgracias,
ay principia el pericón;
porque ya no hay salvación,
y que usté quiera o no quiera,
lo mandan a la frontera
o lo echan a un batallón.

Ansí empezaron mis males
lo mesmo que los de tantos,
si gustan... en otros cantos
les diré lo que he sufrido—
después que uno está... perdido
no lo salvan ni los santos.





Tuve en mi pago en un tiempo
hijos, hacienda y mujer,
pero empecé a padecer,
me echaron a la frontera,
¡y qué iba a hallar al volver!
Tan sólo hallé la tapera.

Sosegao vivía en mi rancho
como el pájaro en su nido—
allí mis hijos queridos
iban creciendo a mi lao...
Sólo queda al desgraciao
lamentar el bien perdido.

Mi gala en las pulperías
era en habiendo más gente,
ponerme medio caliente
pues cuando puntiao me encuentro
me salen coplas de adentro
como agua de la virtiente.



Cantando estaba una vez
en una gran diversión;
y aprovechó la ocasión
como quiso el Juez de Paz...
se presentó, y ahí no más
hizo una arriada en montón.

Juyeron los más matreros
y lograron escapar—
yo no quise disparar—
soy manso y no había por qué—
muy tranquilo me quedé
y así me dejé agarrar.

Allí un gringo con un órgano
y una mona que bailaba,
haciéndonos reir estaba
cuando le tocó el arreo—
¡tan grande el gringo y tan feo!
lo viera cómo lloraba.

Hasta un Inglés sangiador
que decía en la última guerra,
que él era de Inca la perra

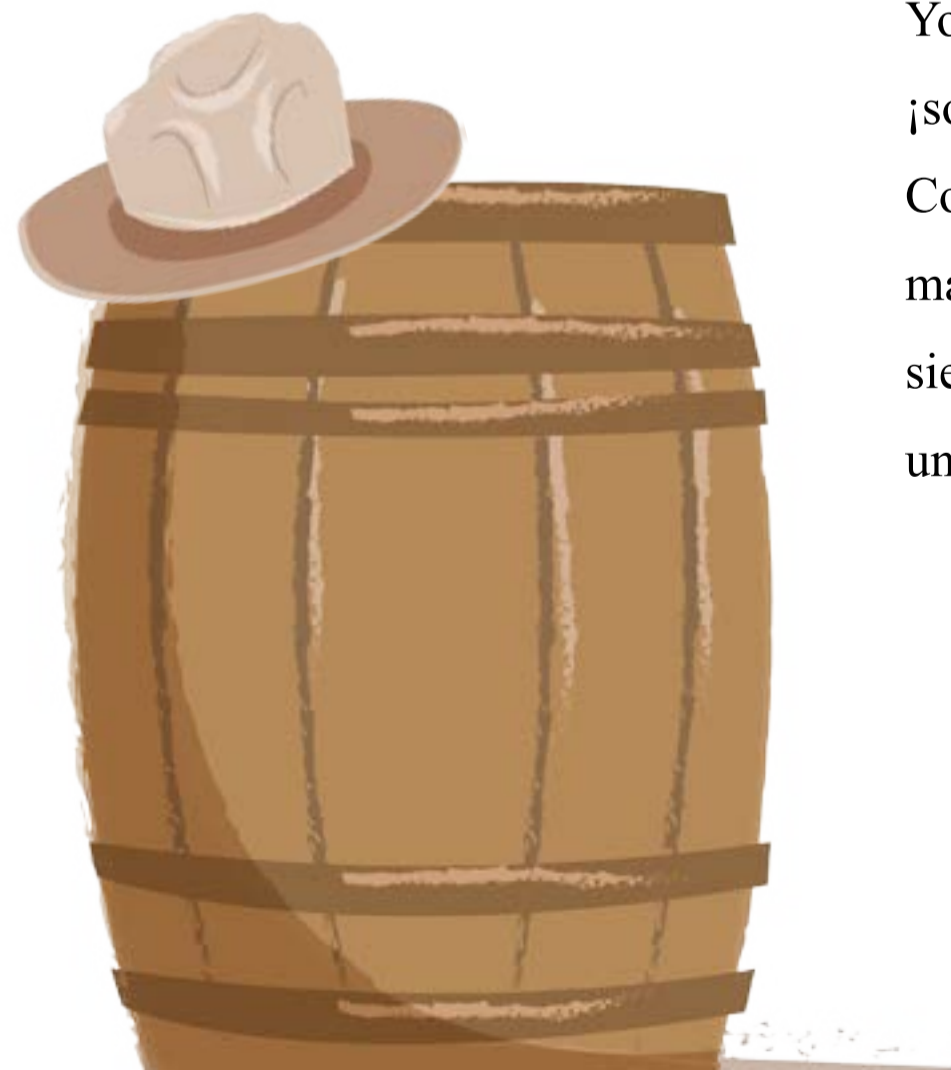


y que no quería servir,
 tuvo también que juir
 y guarecerse en la Sierra.

Ni los mirones salvaron
 de esa arriada de mi flor—
 fue acoyarao el cantor
 con el gringo de la mona—
 a uno sólo, por favor,
 logró salvar la patrona.

Formaron un contingente
 con los que del baile arriaron—
 con otros nos mesturaron
 que habían agarrao también—
 Las cosas que aquí se ven
 ni los diablos las pensaron.

A mí el Juez me tomó entre ojos
 en la última votación—
 me le había hecho el remolón
 y no me arrimé ese día,
 y él dijo que yo servía
 a los de la esposición.



Y así sufrí ese castigo
 tal vez por culpas ajenas—
 que sean malas o sean güenas
 las listas, siempre me escondo—
 yo soy un gaucho redondo
 y esas cosas no me enllenan.

Al mandarnos nos hicieron
 más promesas que a un altar—
 el Juez nos jue a ploclamar
 y nos dijo muchas veces:
 «Muchachos a los seis meses
 »los van a ir a revelar».

Yo llevé un moro de número,
 ¡sobresaliente el matucho!
 Con él gané en Ayacucho,
 más plata que agua bendita
 siempre el gaucho necesita
 un pingo pa fiarle un pucho.

Y cargué sin dar más güeltas
con las prendas que tenía,
jergas, poncho, cuanto había
en casa, tuito lo alcé—
a mi china la dejé
media desnuda ese día.

No me faltaba una guasca,
esa ocasión eché el resto;
bozal, maniador, cabresto,
lazo, bolas y manea...
¡el que hoy tan pobre me vea
tal vez no crea todo esto!

Así en mi moro escarciando
enderesé a la frontera;
aparcero, si usté viera
lo que se llama Cantón...
Ni envidia tengo al ratón
en aquella ratonera.



De los pobres que allí había
a ninguno lo largaron;
los más viejos rezongaron,
pero a uno que se quejó
en seguida lo estaquiaron
y la cosa se acabó.

En la lista de la tarde
el Gefe nos cantó el punto
diciendo: «Quinientos juntos
»llevará el que se resierte,
»lo haremos pitar del juerte
»más bien dese por dijunto».

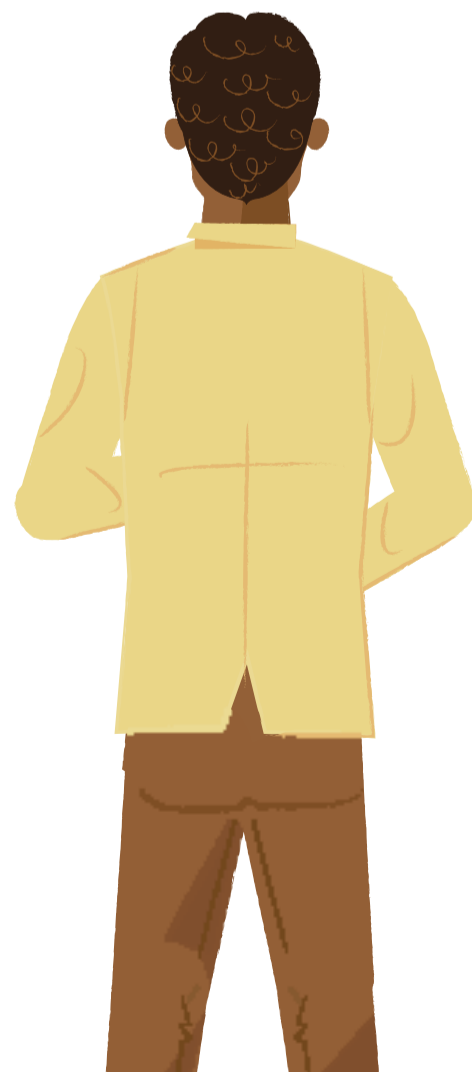
A naides le dieron armas
pues toditas las que había
el Coronel las tenía,
sigún dijo esa ocasión,
pa repartirlas el día
en que hubiera una invasión.



Al principio nos dejaron
de haraganes criando sebo,
pero después... no me atrevo
a decir lo que pasaba—
Barajo... si nos trataban
como se trata a malevos.

Porque todo era jurarle
por los lomos con la espada,
y aunque usté no hiciera nada
lo mesmito que en Palermo,
le daban cada cepiada
que lo dejaban enfermo.

Y ¡qué indios, ni qué servicio!
no teníamos ni Cuartel—
Nos mandaba el Coronel
a trabajar en sus chacras,
y dejábamos las vacas
que las llevara el infiel.



Yo primero sembré trigo
y después hice un corral,
corté adobe pa un tapial,
hice un quincho, corté paja...
¡La pucha que se trabaja
sin que le larguen ni un rial!

Y es lo peor de aquel enriedo
que si uno anda hinchando el lomo,
se le apean como plomo...
¡quién aguanta aquel infierno!
Si eso es servir al Gobierno,
a mí no me gusta el cómo.

Más de un año nos tuvieron
en esos trabajos duros—,
y los indios, le asiguro,
dentaban cuando querían:
como no los perseguían
siempre andaban sin apuro.



A veces decía al volver
del campo la descubierta,
que estuviéramos alerta
que andaba adentro la indiada;
porque había una rastrillada,
o estaba una yegua muerta.

Recién entonces salía
la orden de hacer la riunión—
y cáibamos al cantón
en pelos y hasta enacaos,
sin armas, cuatro pelaos
que íbamos a hacer jabón.

Ay empezaba el afán
se entiende de puro vicio,
de enseñarle el ejercicio
a tan gaucho recluta,
con un estrutor... ¡qué bruta!
que nunca sabía su oficio.



Daban entonces las armas
pa defender los cantones,
que eran lanzas y latones
con ataduras de tiento...
las de juego no las cuento
porque no había municiones.

Y un sargento chamuscao
me contó que las tenían,
pero que ellos las vendían
para cazar avestruces;
y ansí andaban noche y día
dele bala a los ñanduces.

Y cuando se iban los Indios
con lo que habían manotiao,
salíamos muy apuraos
a perseguirlos de atrás;
si no se llevaban más
es porque no habían hallao.

Allí sí, se ven desgracias
y lágrimas y aflicciones:
naide le pida perdones
al Indio, pues donde dentra
roba y mata cuanto encuentra
y quema las poblaciones.

No salvan de su juror
ni los pobres anjelitos;
viejos, mozos, y chiquitos
los matan del mismo modo—
el indio lo arregla todo
con la lanza y con los gritos.

Tiemblan las carnes al verlo
volando al viento la cerda—
la rienda en la mano izquierda
y la lanza en la derecha—
ande enderieza abre brecha
pues no hay lanzaso que pierda.



Hace trotiadas tremendas
dende el fondo del desierto—
ansí llega medio muerto
de hambre, de sé y de fatiga,
pero el indio es una hormiga
que día y noche está dispierto.

Sabe manejar las bolas
como naides las maneja,
cuanto el contrario se aleja
manda una bola perdida,
y si lo alcanza, sin vida
es siguro que lo deja.

Y el indio es como tortuga
de duro para espichar,
si lo llega a destripar
ni siquiera se le encoje,
luego sus tripas recoje
y se agacha a disparar.

Hacían el robo a su gusto
y después se iban de arriba,
se llevaban las cautivas



y nos contaban que a veces
les descarnaban los pieses
a las pobrecitas vivas.

¡Ah! ¡si partía el corazón
ver tantos males, canejos!
los perseguíamos de lejos
sin poder ni galopiar;
¡y qué habíamos de alcanzar
en unos bichocos viejos!

Nos volvíamos al cantón
a las dos o tres jornadas,
sembrando las caballadas:
y pa que alguno la venda
rejuntábamos la hacienda
que habían dejao resagada.

Una vez entre otras muchas
tanto salir al botón,
nos pegaron un malón
los Indios, y una lanciada,
que la gente acobardada
quedó dende esa ocasión.



Habían estao escondidos
 aguitando atrás de un cerro
 ¡lo viera a su amigo Fierro
 aflojar como un blandiso!
 salieron como maíz frito
 en cuanto sonó un cencerro.

Al punto nos dispusimos
 aunque ellos eran bastantes,
 la formamos al instante
 nuestra gente que era poca,
 y golpiándose en la boca
 hicieron fila adelante.

Se vinieron en tropel
 haciendo temblar la tierra,
 no soy manco pa la guerra
 pero tuve mi jabón
 pues iba en un redomón
 que había boliao en la sierra.

¡Que vocerío! ¡qué barullo!
 ¡qué apurar esa carrera!
 la Indiada todita entera



dando alaridos cargó—
 Jue pucha... y ya nos sacó
 como yeguada matrera.

Qué fletes traiban los bárbaros
 como una luz de lijeros—
 hicieron el entrevero
 y en aquella mescolanza,
 éste quiero, éste no quiero,
 nos escojían con la lanza.

Al que le dan un chuzazo,
 dificultoso es que sane,
 en fin para no echar panes,
 salimos por esas lomas,
 lo mesmo que las palomas,
 al juir de los gavilanes.

¡Es de admirar la destreza
 con que la lanza manejan!
 De perseguir nunca dejan—
 Y nos traiban apretaos—
 si queríamos de apuraos
 salirnos por las orejas.



Y pa mejor de la fiesta
 en esta afición tan suma,
 vino un indio echando espuma,
 y con la lanza en la mano
 gritando «Acabau cristiano
 »metau el lanza hasta el pluma».

Tendido en el costillar
 cimbrando sobre el brazo
 una lanza como un lazo
 me atroyó dando gritos—
 Si me descuido... el maldito
 me levanta de un lanzazo.

Si me atribulo, o me encojo,
 seguro que no me escapo:
 siempre he sido medio guapo
 pero en aquella ocación,
 me hacía buya el corazón
 como la garganta al zapo.

Dios le perdone al salvaje
 las ganas que me tenía...
 Desaté las tres marías



y lo engatusé a cabriolas...
 Pucha... si no traigo bolas
 me achura el indio ese día.

Era el hijo de un cacique
 según yo lo averigüé—
 la verdad del caso jue
 que me tuvo apuradazo
 hasta que al fin de un bolazo
 del caballo lo bajé.

Ay no más me tiré al suelo
 y lo pisé en las paletas—
 empezó a hacer morisquetas
 y a mesquinar la garganta...
 Pero yo hice la obra santa,
 de hacerlo estirar la geta.

Allí quedó de mojón
 y en su caballo salté,
 de la indiada disparé,
 pues si me alcanza me mata,
 y al fin me les escapé
 con el hilo de una pata.



IV

Seguiré esta relación
aunque pa chorizo es largo:
el que pueda hágase cargo
cómo andaría de matrero,
después de salvar el cuero
de aquel trance tan amargo.

Del sueldo nada les cuento
porque andaba disparando
nosotros de cuando en cuando
solíamos ladrar de pobres—
nunca llegaban los cobres
que se estaban aguardando.

Y andábamos de mugrientos
que el mirarnos daba horror;
le juro que era un dolor
¡ver esos hombres por Cristo!
En mi perra vida he visto
una miseria mayor.



Yo no tenía ni camisa
ni cosa que se parezca
mis trapos sólo pa yesca
me podían servir al fin...
No hay plaga como un fortín
para que el hombre padezca.

Poncho, jergas, el apero;
las prenditas, los botones,
todo, amigo, en los cantones
jue quedando poco a poco,
ya nos tenían medio loco
la pobreza y los ratones.

Sólo una manta peluda
era cuanto me quedaba—
la había agenciao a la taba
y ella me tapaba el bulto
yaguané que allí ganaba
no salía... ni con indulto.

Y pa mejor hasta el moro
se me jue dentre las manos—
no soy lerdo... pero hermano



vino el comendante un día
diciendo que lo quería
«pa enseñarle a comer grano».

Afigúrese cualquiera
la suerte de este su amigo
a pie y mostrando el umbligo,
estropiao, pobre y desnudo,
ni por castigo se pudo
hacerce más mal conmigo.

Así pasaron los meses
y vino el año siguiente,
y las cosas igualmente,
siguieron del mismo modo—
adrede parece todo
pa atormentar a la gente.

No teníamos más permiso,
ni otro alivio la gauchada,
que salir de madrugada
cuando no había indio ninguno,
campo ajuera a hacer boliadas
desocando los reyunos.

Y cáibamos al cantón
con los fletes aplastaos—
pero a veces medio aviaos
con plumas y algunos cueros—
que pronto con el pulpero
los teníamos negociaos.

Era un amigo del Gefe
que con un boliche estaba,
yerba y tabaco nos daba
por la pluma de avestruz,
y hasta le hacía ver la luz
al que un cuero le llevaba.

Sólo tenía cuatro frascos
y unas barricas vacías,
y a la gente le vendía
todo cuanto precisaba...
algunos creiban que estaba
allí la proveduría.

¡Ah! pulpero habilidoso
nada le solía faltar—

ay juna y para tragar
 tenía un buche de ñandú,
 la gente le dio en llamar
 «El boliche de virtud».

Aunque es justo que quien vende
 algún poquito muerda,
 tiraba tanto la cuerda
 que con sus cuatro limetas
 él cargaba las carretas
 de plumas, cueros y cerda.

Nos tenía apuntaos a todos
 con más cuentas que un rosario,
 cuando se anunció un salario
 que iban a dar, o un socorro—
 pero sabe Dios que zorro
 se lo comió al comisario.

Pues nunca lo vi llegar
 y al cabo de muchos días—
 en la misma pulpería
 dieron una *buena cuenta*—
 que la gente muy contenta



de tan pobre recibía.
 Sacaron unos sus prendas
 que las tenían empeñadas,
 por sus deudas atrasadas
 dieron otros el dinero,
 al fin de fiesta el pulpero
 se quedó con la mascada.

Yo me arrecosté a un horcón
 dando tiempo a que pagaran,
 y poniendo güena cara
 estuve haciéndome el poyo,
 a esperar que me llamaran
 para recibir mi boyo.

Pero hay me pude quedar
 pegao pa siempre al horcón—
 ya era casi la oración
 y ninguno me llamaba—
 la cosa se me ñublaba
 y me dentró comezón.

Pa sacarme el entripao
 vi al Mayor, y lo fi a hablar—
 Yo me le empezé a atracar



y como con poca gana
le dije: «Tal vez mañana
»acabarán de pagar».

«Qué mañana ni otro día»
al punto me contestó,
«la paga ya se acabó,
»siempre has de ser animal».
Me raí y le dije: «Yo...
»no he recibido ni un rial».

Se le pusieron los ojos
que se le querían salir,
y ay no más volvió a decir
comiéndome con la vista:
«¿Y qué querés recibir
»si no has dentrao en la lista?».

«Esto sí que es amolar»
dije yo pa mis adentros,
«Van dos años que me encuentro
»y hasta aura he visto ni un grullo,
»dentro en todos los barullos
»pero en las listas no dentro».



Vide el plaito mal parao
y no quise aguardar más...
es güeno vivir en paz
con quien nos ha de mandar—
y reculando pa trás
me le empezé a retirar.

Supo todo el Comendante
y me llamó al otro día,
diciéndome que quería
aviriguar bien las cosas—
que no era el tiempo de Rosas,
que aura a naides se debía.

Llamó al cabo y al sargento
y empezó la indagación,
si había venido al cantón
en tal tiempo o en tal otro...
y si había venido en potro
en reyuno o redomón.

Y todo era alborotar
al ñudo, y hacer papel,
conocí que era pastel



pa engordar con mi guayaca,
mas si voy al Coronel
me hacen bramar en la estaca.

¡Ah! hijos de una... la codicia
ojalá les ruempa el saco;
ni un pedazo de tabaco
le dan al pobre soldao,
y lo tienen de delgao
más lijero que un guanaco.

Pero qué iba a hacerles yo,
charabón en el desierto,
más bien me daba por muerto
pa no verme más fundido—
y me les hacía el dormido
aunque soy medio despierto

V

Yo andaba desesperao,
aguardando una ocasión
que los indios un malón
nos dieran y entre el estrago
hacérmeles cimarrón
y volverme pa mi pago.

Aquello no era servicio
ni defender la frontera—
aquello era ratonera
en que sólo gana el juerte—
era jugar a la suerte
con una taba culera.

Allí tuito va al revés:
los milicos son los piones,
y andan por las poblaciones
emprestaos pa trabajar—
los rejuntan pa peliar
cuando entran Indios ladrones.



Yo he visto en esa milonga
 muchos Gefes con estancia,
 y piones en abundancia,
 y majadas y rodeos;
 he visto negocios feos
 a pesar de mi inorancia.

Y colijo que no quieren
 la barunda componer
 para esto no ha de tener
 el Gefe, que esté de estable,
 más que su poncho, y su sable,
 su caballo y su deber.

Ansina, pues, conociendo
 que aquel mal no tiene cura,
 que tal vez mi sepultura,
 si me quedo iba a encontrar,
 pensé en mandarme mudar
 como cosa más sigura.

Y pa mejor, una noche
 que estaquiada me pegaron,
 casi me descoyuntaron



por motivo de una gresca—
 Ay juna, si me estiraron
 lo mesmo que guasca fresca.

Jamás me puedo olvidar
 lo que esa vez me pasó—:
 dentrando una noche yo
 al fortín, un enganchao
 que estaba medio mamao
 allí me desconoció.

Era un gringo tan bozal,
 que nada se le entendía—
 ¡quién sabe de ande sería!
 Tal vez no juera cristiano;
 pues lo único que decía
 es que era *pa—po—litano*.

Estaba de centinela
 y por causa del peludo
 verme más claro no pudo
 y esa fue la culpa toda—
 el bruto se asustó al ñudo
 y fi al pavo de la boda.



Cuando me vido acercar:
«*Quen vivore*»... preguntó
«*Qué vívoras*», dije yo.



«*Ha-garto*», me pegó el grito:
y yo dije despacito
«*Más lagarto serás vos*».
Ay no más— ¡Cristo me valga!
Martillar el jucil siento—
me agaché, y en el momento
el bruto me largó un chumbo—
mamao, me tiró sin rumbo
que si no, no cuento el cuento.



Por de conta, con el tiro
se alborotó el abispero—
los Oficiales salieron
y se empezó la junción—
quedó en su puesto el nación—
y yo fi al estaquiadero.

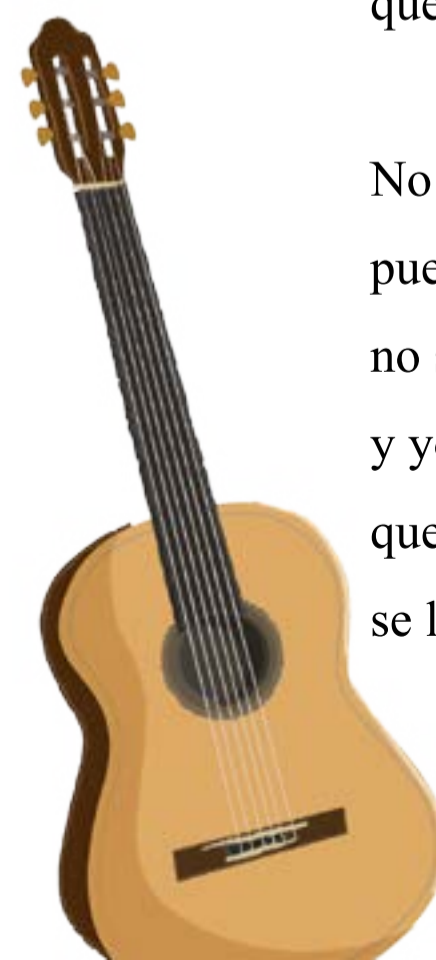
Entre cuatro bayonetas
me tendieron en el suelo—
vino el Mayor medio en pedo

y allí se puso a gritar
«Pícaro, te he de enseñar
»a andar declamando sueldos».

De las manos y las patas
me ataron cuatro sinchones—
les aguanté los tirones
sin que ni un ¡ay! se me oyera,
y al gringo la noche entera
lo harté con mis maldiciones.

Yo no sé por qué el Gobierno
nos manda aquí a la frontera,
gringada que ni siquiera
se sabe atracar a un pingo—
¡Si creerá al mandar un gringo
que nos manda alguna fiera!

No hacen más que dar trabajo
pues no saben ni ensillar,
no sirven ni pa carniar,
y yo he visto muchas veces,
que ni voltiadas las reses
se les querían arrimar.



Y lo pasan sus mercedes
 lengüetiando pico a pico—
 hasta que viene un milico
 a servirles el asao—
 y eso sí, en lo delicaos,
 parecen hijos de rico.

Si hay calor, ya no son gente,
 si yela, todos tiritan—
 si usté no les da, no pitan
 por no gastar en tabaco—,
 y cuando pescan un naco
 uno al otro se lo quitan.

Cuando llueve se acoquinan
 como el perro que oye truenos—
 ¡Qué diablos! sólo son güenos
 pa vivir entre maricas—
 y nunca se andan con chicas
 para alzar ponchos ajenos.

Pa vichar son como ciegos,
 ni hay ejemplo de que entiendan,
 ni hay uno solo que aprienda
 al ver un bulto que cruza,
 a saber si es avestruza,
 o si es ginete, o hacienda.

Si salen a perseguir
 después de mucho aparato,
 tuitos se pelan al rato
 y va quedando el tendal—
 esto es como en un nidal
 echarle güevos a un gato.

VI

Vamos dentrando recién
a la parte más sentida,
aunque es todita mi vida
de males una cadena—
a cada alma dolorida
le gusta cantar sus penas.

Se empezó en aquel entonces
a rejuntar caballada,
y riunir la milicada
teniéndole en el cantón,
para una despedición
a sorprender a la Indiada.

Nos anunciaban que iríamos
sin carretas ni bagajes,
a golpiar a los salvajes
en sus mismas tolderías—
que a la güelta pagarían
licenciándolo al gauchaje.



Que en esta despedición
tuviéramos la esperanza,
que iba a venir sin tardanza
sigún el Gefe contó,
un ministro o qué sé yo—
que le llamaban Don Ganza.

Que iba a riunir el Ejército
y tuitos los batallones—
y que traiba unos cañones
con más rayas que un cotín—
Pucha... las conversaciones
por allá no tenían fin.

Pero esas trampas no enriedan
a los zorros de mi laya,
que esa Ganza venga o vaya
poco le importa a un matrero—
yo también dejé las rayas...
en los libros del pulpero.

Nunca jui gaucho dormido,
siempre pronto, siempre listo—
yo soy un hombre, ¡qué Cristo!



que nada me ha acobardao,
y siempre salí parao
en los trances que me he visto—.

Dende chiquito gané
la vida con mi trabajo,
y aunque siempre estuve abajo
y no sé lo que es subir—
también el mucho sufrir
suele cansarnos— ¡barajo!

En medio de mi ignorancia
conozco que nada valgo—
soy la liebre o soy el galgo
a sigún los tiempos andan,
pero también los que mandan
debieran cuidarnos algo.

Una noche que riunidos
estaban en la carpeta
empinando una limeta
el Gefe y el Juez de Paz—
yo no quise aguardar más,
y me hice humo en un sotreta.



Me parece el campo orégano
dende que libre me veo—
donde me lleva el deseo
allí mis pasos dirijo—
y hasta en las sombras, de fijo
que donde quiera rumbeo.

Entro y salgo del peligro
sin que me espante el estrago,
no aflojo al primer amago
ni jamás fi gaucho lerdo—:
soy pa rumbiar como el cerdo
y pronto caí a mi pago.

Volví al cabo de tres años
de tanto sufrir al ñudo,
resertor, pobre y desnudo—
a procurar suerte nueva—
y lo mismo que el peludo
enderecé pa mi cueva.

No hallé ni rastro del rancho,
¡sólo estaba la tapera!
Por Cristo si aquello era



pa enlutar el corazón—
Yo juré en esa ocasión
ser más malo que una fiera.

¡Quién no sentirá lo mismo
cuando así padece tanto!
Puedo asigurar que el llanto
como una mujer largué—
¡Ay! mi Dios si me quedé
¡más triste que Jueves Santo!

Sólo se oiban los aullidos
de un gato que se salvó;
el pobre se guareció
cerca, en una viscachera—
venía como si supiera
que estaba de güelta yo.

Al dirme dejé la hacienda
que era todito mi haber—
pronto debíamos volver
sigún el Juez prometía,
y hasta entonces cuidaría
de los bienes la mujer.



[...]
[...]
[...]
[...]
[...]
[...]

Después me contó un vecino
que el campo se lo pidieron—
la hacienda se la vendieron
en pago de arrendamientos,
y qué sé yo cuántos cuentos,
pero todo lo fundieron.

Los pobrecitos muchachos
entre tantas afliciones,
se conchavaron de piones.
¡Mas qué iban a trabajar
si eran como los pichones
sin acabar de emplumar!

Por hay andarán sufriendo
de nuestra suerte el rigor:
me han contado que el mayor

nunca dejaba a su hermano—
puede ser que algún cristiano
los recoja por favor.

¡Y la pobre mi mujer,
Dios sabe cuánto sufrió!—
Me dicen que se voló
con no sé qué gavilán—
sin duda a buscar el pan
que no podía darle yo.

No es raro que a uno le falte
lo que algún otro le sobre—
si no le quedó ni un cobre,
sino de hijos un enjambre,
¡qué más iba a hacer la pobre
para no morir de hambre!

¡Tal vez no te vuelva a ver
prenda de mi corazón!
Dios te dé su protección
ya que no me la dio a mí—
y a mis hijos dende aquí
les echo mi bendición.

Como hijitos de la cuna
andarán por ay sin madre—
ya se quedaron sin padre
y así la suerte los deja,
sin naides que los proteja
y sin perro que los ladre.

Los pobrecitos tal vez
no tengan ande abrigarse,
ni ramada ande ganarse,
ni rincón ande meterse,
ni camisa que ponerse,
ni poncho con que taparse.

Tal vez los verán sufrir
sin tenerles compasión—
puede que alguna ocasión
aunque los vean tiritando,
los echen de algún jogón
pa que no estén estorbando.

Y al verse ansina espantaos
como se espantan a los perros
irán los hijos de Fierro

con la cola entre las piernas,
a buscar almas más tiernas
o esconderse en algún cerro.

Mas también en este juego,
voy a pedir mi bolada—
a naides le debo nada,
ni pido cuartel ni doy—
y ninguno dende hoy
ha de llevarme en la armada.

Yo he sido manso primero,
y seré gaucho matrero—
en mi triste circunstancia
aunque es mi mal tan profundo,
nací, y me he criaio en estancia,
pero ya conozco el mundo.

Ya le conozco sus mañas
le conozco sus cucañas,
sé cómo hacen la partida,
la enriendan y la manejan—.
Deshaceré la madeja
aunque me cueste la vida.



Y aguante el que no se anime
a meterse en tanto engorro,
o si no aprétese el gorro
o para otra tierra emigre—
pero yo ando como el tigre
que le roban los cachorros.

Aunque muchos cren que el gaucho
tiene un alma de reyuno—
no se encontrará ninguno
que no lo dueblen las penas—
mas no debe aflojar uno
mientras hay sangre en las venas.



VII

De carta de más me vía
sin saber a dónde dirme
mas dijeron que era vago
y entraron a perseguirme.

Nunca se achican los males—
van poco a poco creciendo,
y ansina me vide pronto
obligao a andar juyendo.

No tenía mujer ni rancho,
y a más era resertor;
no tenía una prenda güena
ni un peso en el tirador.

A mis hijos infelices
pensé volverlos a hallar—
y andaba de un lao al otro
sin tener ni qué pitar.



Supe una vez por desgracia
que había un baile por allí—
y medio desesperao
a ver la milonga fui.

Riunidos al pericón
tantos amigos hallé,
que alegre de verme entre ellos
esa noche me apedé.

Como nunca, en la ocasión
por peliar me dio la tranca,
y la emprendí con un negro
que trujo una negra en ancas.

Al ver llegar la morena
que no hacía caso de naidés
le dije con la mamúa:
«Va... ca... yendo gente al baile».

La negra entendió la cosa
y no tardó en contestarme
mirándome como a perro:
«Más vaca será su madre».



Y entró al baile muy tiesa
con más cola que una zorra,
haciendo blanquiar los dientes
lo mismo que mazamorra.

«Negra linda»... dije yo,
«¡Me gusta pa la carona!»
Y me puse a champurriar
esta coplita fregona:

«A los blancos hizo Dios,
a los mulatos San Pedro,
a los negros hizo el diablo
para tizón del infierno».

Había estao juntando rabia
el moreno dende ajuera—
en lo oscuro le brillaban
los ojos como linterna.

Lo conocí retobao,
me acerqué y le dije presto:
«Po... r... rudo que un hombre sea
nunca se enoja por esto».

Corcobió el de los tamangos
y creyéndose muy fijo:
«Más *porrudo* serás vos,
gaucho roto» me dijo.

Y ya se me vino al humo
como a buscarme la hebra—
y un golpe le acomodé
con el porrón de giñebra.

Ay no más pegó el de hollín
más gruñidos que un chanchito
y pelando el envenao
me atropelló dando gritos.

Pegué un brinco y abrí cancha
diciéndoles: «Caballeros,
»dejen venir a ese toro,
»solo nació... solo muero».

El negro después del golpe
se había el poncho refalao
y dijo: «Vas a saber
si es solo o acompañao».



Y mientras se arremangó
yo me saqué las espuelas,
pues malicié que aquel tío
no era de arriar con las riendas.

No hay cosa como el peligro
pa refrescar un mamao,
hasta la vista se aclara
por mucho que haiga chupao.

El negro me atropelló
como a quererme comer—
me hizo dos tiros seguidos
y los dos le abarajé.

Yo tenía un facón con S
que era de lima de acero,
le hize un tiro, lo quitó
y vino ciego el moreno.

Y en el medio de las aspas
un planazo le asenté
que le largué culebriando
lo mesmo que buscapié.

Le colorieron las motas
con la sangre de la herida
y volvió a venir furioso
como una tigre parida.

Y ya me hizo relumbrar
por los ojos el cuchillo,
alcanzando con la punta
a cortarme en un carrillo.

Me hirvió la sangre en las venas
y me le afirmé al moreno,
dándole de punta y hacha
pa dejar un diablo menos.

Por fin en una topada
en el cuchillo lo alcé,
y como un saco de güesos
contra un cerco lo largué.



Tiró unas cuantas patadas
y ya cantó para el carnero—
Nunca me puedo olvidar
de la agonía de aquel negro.

En esto la negra vino,
con los ojos como agí—
y empezó la pobre allí
a bramar como una loba—

Yo quise darle una soba
a ver si la hacía callar
mas, pude reflexionar
que era malo en aquel punto,
y por respeto al dijunto
no la quise castigar.

Limpié el facón en los pastos,
desaté mi redomón
monté despacio, y salí
al tranco pa el cañadón.

Después supe que al finao
ni siquiera lo velaron
y retobao en un cuero
sin resarle lo enterraron.

Y dicen que dende entonces
cuando es la noche serena
suele verse una luz mala
como de alma que anda en pena.

Yo tengo intención a veces
para que no pene tanto,
de sacar de allí los güesos
y echarlos al campo santo.

VIII

Otra vez en un boliche
estaba haciendo la tarde,
cayó un gaucho que hacía alarde
de guapo y de peliador—.

A la llegada metió
el pingo hasta la ramada—
y yo sin decirle nada
me quedé en el mostrador.
Era un terne de aquel pago
que naidés lo reprendía,
que sus enriedos tenía
con el Señor Comendante—:

Y como era protegido,
andaba muy entonao,
y a cualquiera desgraciao
lo llevaba por delante.

¡Ah! ¡pobre! si él mismo creiba,
que la vida le sobraba,
ninguno diría que andaba
aguitándolo la muerte—.

Pero así pasa en el mundo,
es así la triste vida—
pa todos está escondida,
la güena o la mala suerte.

Se tiró al suelo, al dentrar
le dio un empeyón a un vasco—
y me alargó un medio frasco
diciendo «Beba cuñao»
«Por su hermana» contesté,
«que por la mía no hay cuidao».

«¡Ah! gaucho, me respondió,
»¿de qué pago será criollo?—
»¿Lo andará buscando el hoyo?—
»¿deberá tener güen cuero?—
»pero ande bala este toro
»no bala ningún ternero».

Y ya salimos trensaos
 porque el hombre no era lerdo—
 mas como el tino no pierdo,
 y soy medio lijerón,
 le dejé mostrando el sebo
 de un revés con el facón.

Y como con la justicia
 no andaba bien por allí,
 cuando pataliar lo vi,
 y el pulpero pegó el grito,
 ya pa el palenque salí
 como haciéndome chiquito.

Monté y me encomendé a Dios
 rumbiando para otro pago—
 que el gaucho que llaman vago
 no puede tener querencia,
 y así de estrago en estrago
 vive llorando la ausencia.

Él anda siempre juyendo,
 siempre pobre y perseguido,
 no tiene cueva ni nido

como si fuera maldito—
 Porque el ser gaucho... barajo,
 el ser gaucho es un delito.

Es como el patrio de posta
 lo larga éste, aquél lo toma—,
 nunca se acaba la broma—
 dende chico se parece
 al arbolito que crece,
 desamparao en la loma.

Le echan la agua del bautismo
 aquel que nació en la selva,
 «Busca madre que te engüelva»
 le dice el flaire y lo larga,
 y dentra a cruzar el mundo
 como burro con la carga.

Y se cría viviendo al viento
 como oveja sin trasquila—
 mientras su padre en las filas
 anda sirviendo al Gobierno—
 Aunque tirite en invierno
 naide lo ampara ni asila.

Le llaman «gaucho mamao»
 si lo pillan divertido.
 Y que es mal entretenido
 si en un baile lo sorprenden;
 hase mal si se defiende
 y si no, se ve... fundido.

No tiene hijos, ni mujer
 ni amigos, ni protetores,
 pues todos son sus señores
 sin que ninguno lo ampare—.
 Tiene la suerte del güey—
 y dónde irá el güey que no are.

Su casa es el pajonal,
 su guarida es el desierto—;
 y si de hambre medio muerto
 le echa el lazo a algún mamón
 lo persiguen como a plaito
 porque es un gaucho ladrón.



Y si de un golpe por ay
 lo dan güelta panza arriba
 no hay un alma compasiva
 que le rece una oración—
 tal vez como cimarrón
 en una cueva lo tiran.

Él nada gana en la paz
 y es el primero en la guerra—
 no le perdonan si yerra
 que no saben perdonar—,
 porque el gaucho en esta tierra
 sólo sirve pa votar.

Para él son los calabozos,
 para él las duras prisiones—
 en su boca no hay razones
 aunque la razón le sobre,
 que son campanas de palo
 las razones de los pobres.



Si uno aguanta, es gaucho bruto—
 si no aguanta es gaucho malo—
 ¡Dele azote, dele palo!
 ¡porque es lo que él necesita!—.
 De todo el que nació gaucho—
 ésta es la suerte maldita.

Vamos suerte, vamos juntos
 dende que juntos nacimos—
 y ya que junto vivimos
 sin podernos dividir...
 yo abriré con mi cuchillo
 el camino pa seguir.



IX

Matreriando lo pasaba
 y las casas no venía—
 solía arrimarme de día
 mas lo mesmo que el carancho,
 siempre estaba sobre el rancho
 espiondo a la polecía.

Viva el gaucho que ande mal
 como zorro perseguido—
 hasta que al menor descuido
 se lo atarazquen los perros,
 pues nunca le falta un yerro
 al hombre más alvertido.

Y en esa hora de la tarde
 en que tuito se adormece,
 que el mundo dentrar parece
 a vivir en pura calma—
 con las tristezas de su alma
 al pajonal enderiese.
 Bala el tierno corderito
 al lao de la blanca oveja,



y a la vaca que se aleja
 llama el ternero amarrao—
 pero el gaucho desgraciao
 no tiene a quién dar su queja.

Así es que al venir la noche
 iba a buscar mi guarida—
 pues ande el tigre se anida
 también el hombre lo pasa—
 y no quería que en las casas
 me rodiara la partida.

Pues aunque vengan ellos
 cumpliendo con sus deberes,
 yo tengo otros pareceres
 y en esa conduta vivo—
 que no debe un gaucho altivo
 peliar entre las mujeres.

Y al campo me iba solito,
 más matrero que el venao—
 como perro abandonao
 a buscar una tapera,
 o en alguna viscachera
 pasar la noche tirao.

Sin punto ni rumbo fijo
 en aquella inmensidá
 entre tanta escuridá
 anda el gaucho como duende,
 allí jamás lo sorprende
 dormido la autoridad.

Su esperanza es el coraje,
 su guardia es la precaución,
 su pingo es la salvación,



y pasa uno en su desvelo,
sin más amparo que el cielo
ni otro amigo que el facón.

[...]

[...]

[...]

[...]

[...]

[...]

Ansí me hallaba una noche
contemplando las estrellas,
que le parecen más bellas
cuando uno es más desgraciao,
y que Dios las haiga criaio
para consolarse en ellas.

Les tiene el hombre cariño
y siempre con alegría
ve salir las tres marías
y si llueve, cuanto escampa,
las estrellas son la guía
que el gaucho tiene en la Pampa.

Aquí no valen Dotores,
sólo vale la esperencia,
aquí verían su inocencia
esos que todo lo saben—;
porque esto tiene otra llave
y el gaucho tiene su cencia.

Es triste en medio del campo
pasarse noches enteras
contemplando en sus carreras
las estrellas que Dios cría—,
sin tener más compañía
que su delito y las fieras.

Me encontraba como digo,
en aquella soledá
entre tanta escuridá
echando al viento mis quejas;
cuando el ruido del chajá
me hizo parar las orejas.

Como lumbriz me pegué
al suelo para escuchar,
pronto sentí retumbar
las pisadas de los fletes,
y que eran muchos ginetes
conocí sin vasilar.

Cuando el hombre está en peligro
no debe tener confianza,
ansí tendido de panza
puse toda mi atención,
y ya escuché sin tardanza
como el ruido de un latón.



Se venían tan calladitos
que yo me puse en cuidao,
tal vez me hubieran bombiao
y me venían a buscar,
mas no quise disparar
que eso es de gaucho morao.

Al punto me santigüé
y eché de giñebra un taco,
lo mesmito que el mataco



me arroyé con el porrón:
«Si han de darme pa tabaco»,
dije, «ésta es güena ocación».

Me refalé las espuelas
para no peliar con grillos,
me arremangué el calzoncillo,
y me ajusté bien la faja,
y en una mata de paja,
probé el filo del cuchillo.

Para tenerlo a la mano
el flete en el pasto até—
la cincha le acomodé,
y en un trance como aquel,
haciendo espaldas en él
quietito los aguardé.

Cuanto cerca los sentí
y que hay nomás se pararon,
los pelos se me erizaron
y aunque nada vían mis ojos,
«No se han de morir de antojo»,
les dije, cuanto llegaron.



Yo quise hacerles saber
 que allí se hallaba un varón,
 les conocí la intención
 y solamente por eso
 fue que les gané el tirón,
 sin aguardar voz de preso.

«Vos sos un gaucho matrero»
 dijo uno haciéndose güeno,
 «vos matastes un moreno
 »y otro en una pulpería,
 »y aquí está la polecía
 »que viene a justar tus cuentas,
 »te va a alzar por las cuarenta
 »si te resistís hoy día».

«No me vengan, contesté,
 »con relación de dijuntos;
 »esos son otros asuntos;
 »vean si me pueden llevar,
 »que yo no me he de entregar
 »aunque vengan todos juntos».

Pero no aguardaron más,
 y se apiaron en montón—
 como a perro cimarrón

me rodiaron entre tantos,
 yo me encomendé a los Santos,
 y eché mano a mi facón.

Y ya vide el fogonazo
 de un tiro de garabina,
 mas quiso la suerte indina
 de aquel maula, que me errase,
 y ay no más lo levantase
 lo mesmo que una sardina.

A otro que estaba apurao
 acomodando una bola,
 le hice una dentrada sola,
 y le hice sentir el fierro,
 y ya salió como el perro
 cuando le pisan la cola.

Era tanta la aflicción
 y la angurria que tenían,
 que tuitos se me venían
 donde yo los esperaba,
 uno al otro se estorbaba
 y con las ganas no vían.

Dos de ellos que traiban sables
 más garifos y resueltos,
 en las hilachas envueltos
 en frente se me pararon,
 y a un tiempo me atropellaron
 lo mismo que perros sueltos.

Me fui reculando en falso
 y el poncho adelante eché,
 y cuando le puse el pie
 uno medio chapetón,
 de pronto le di el tirón
 y de espaldas lo largué.

Al verse sin compañero
 el otro se sofrenó
 entonces le dentré yo,
 sin dejarlo resollar.

Pero ya empezó a aflojar,
 y a la pu... n... ta disparó.

Uno que en una tacuara
 había atao una tijera,
 se vino como si fuera



palenque de atar terneros,
 pero en dos tiros certeros
 salió aullando campo ajuera.

Por suerte en aquel momento
 venía coloriendo el alba
 y yo dije: «Si me salva
 »la Virgen en este apuro,
 »en adelante le juro
 »ser más güeno que una malva».

Pegué un brinco y entre todos
 sin miedo me entreveré—
 echo ovillo me quedé
 y ya me cargó una yunta,
 y por el suelo la punta
 de mi facón les jugué.

El más engolocinao
 se me apió con un hachazo,
 se lo quité con el brazo
 de no me mata los piojos;
 y antes de que diera un paso
 le eché tierra en los dos ojos.



Y mientras se sacudía
refregándose la vista,
yo me le fui como lista
y ay no más me le afirmé
diciéndole: «Dios te asista»
y de un revez lo voltié.

Pero en ese punto mismo
sentí que por las costillas
un sable me hacia cosquillas
y la sangre se me heló—
dende ese momento yo,
me salí de mis casillas.

Di para atrás unos pasos
hasta que pude hacer pie,
por delante me lo eché
de punta y tajo a un criollo,
metió la pata en un hoyo,
y yo al hoyo lo mandé.

Tal vez en el corazón
lo tocó un San Bendito
a un gaucho que pegó el grito,

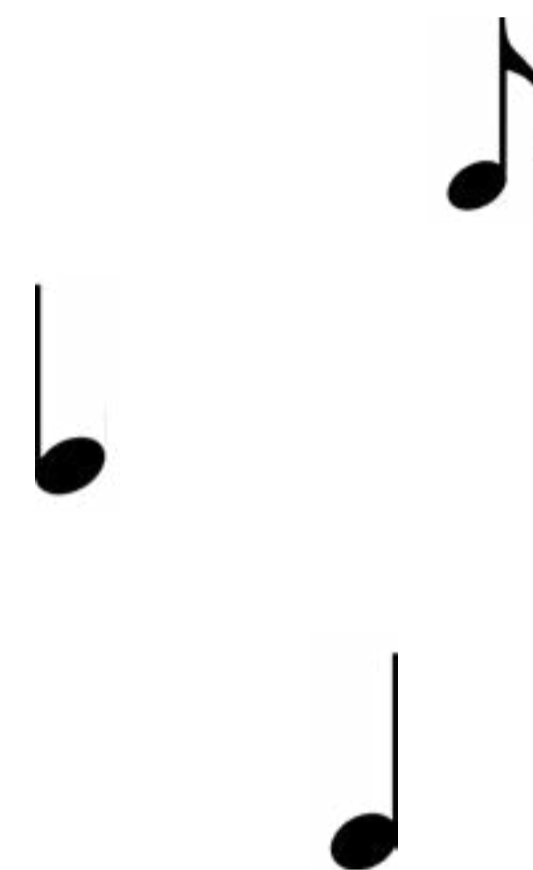


y dijo: «¡Cruz no consiente
que se cometa el delito
de matar así un valiente!».

Y ay no más se me apareó
dentrándole a la partida,
yo les hice otra investida
pues entre dos era robo;
y el Cruz era como lobo
que defiende su guarida.

Uno despachó al infierno
de dos que lo atropellaron,
los demás remolinarion,
pues íbamos a la fija,
y a poco andar dispararon
lo mismo que sabandija.

Ay quedaban largo a largo
los que estiraron la geta,
otro iba como maleta,
y Cruz de atrás les decía:
«Que venga otra polecía
a llevarlos en carreta».

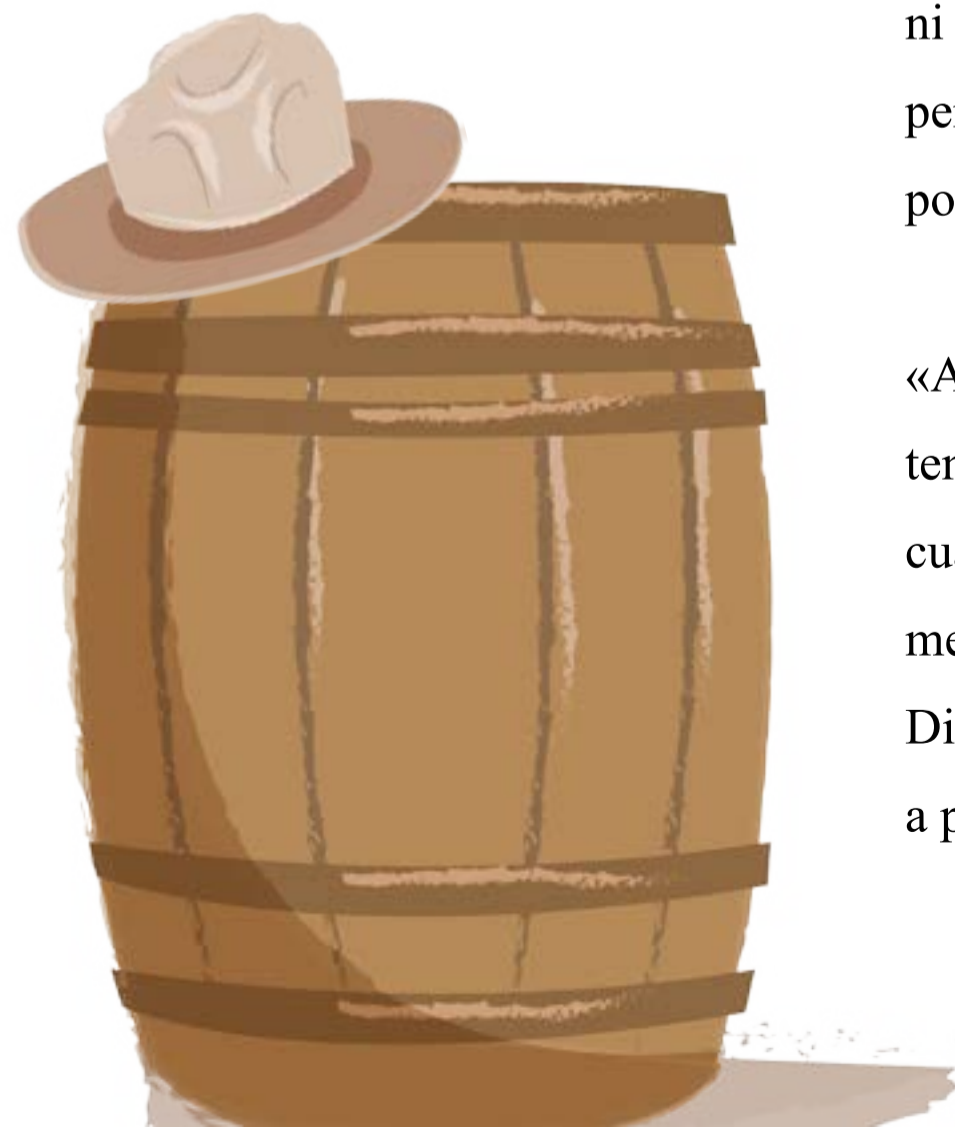


Yo junté las osamentas,
me hiqué y les recé un bendito,
hice una cruz de un palito
y pedí a mi Dios clemente,
me perdonara el delito
de haber muerto tanta gente.

Dejamos amontonaos
a los pobres que murieron,
no sé si los recogieron
porque nos fuimos a un rancho,
o si tal vez los caranchos
ay no más se los comieron.

Lo agarramos mano a mano
entre los dos al porrón,
en semejante ocasión
un trago a cualquiera encanta,
y Cruz no era remolón
ni pijotiaba garganta.

Calentamos los gargueros
y nos largamos muy tiesos,
siguiendo siempre los besos



al pichel, y por más señas
íbamos como sigüeñas
estirando los pescuesos.

«Yo me voy», le dije, «amigo,
donde la suerte me lleve,
y si es que alguno se atreve
a ponerse en mi camino
yo seguiré mi destino
que el hombre hace lo que debe».

«Soy un gaucho desgraciado
no tengo donde ampararme,
ni un palo donde rascarme,
ni un árbol que me cubije,
pero ni aun esto me aflije
porque yo sé manejar».

«Antes de cair al servicio
tenía familia y hacienda,
cuando volví, ni la prenda
me la habían dejado ya—.
Dios sabe en lo que vendrá
a parar esta contienda».

X Cruz

—Amigazo, pa sufrir
han nacido los varones—
éestas son las ocasiones
de mostrarse el hombre juerte,
hasta que venga la muerte
y lo agarre a coscorrones.

El andar tan despilchao
ningún mérito me quita,
sin sea una alma bendita
me duelo del mal ageno:
soy un pastel con relleno
que parece torta frita.

Tampoco me faltan males
y desgracias le prevengo,
también mis desdichas tengo
aunque esto poco me aflije—
yo sé hacerme el chancho rengo
cuando la cosa lo esige.

Y con algunos ardiles
voy viviendo, aunque roto,
a veces me hago el sarnoso
y no tengo ni un granito,
pero al chifle voy ganoso
como panzón al maíz frito.

A mí no me matan penas
mientras tenga cuero sano,
venga el sol en el verano
y la escarcha en el invierno—
si este mundo es un infierno
¿por qué aflijirse el cristiano?

Hagámosle cara fiera
a los males, compañero,
porque el zorro más matrero
suele cair como un chorlito;
viene por un corderito
y en la estaca deja el cuero.

Hoy tenemos que sufrir
males que no tienen nombre
pero esto a naides lo asombre

porque ansina es el pastel;
y tiene que dar el hombre
más vuelta que un carretel.

Yo nunca me he de entregar
a los brazos de la muerte
arrastro mi triste suerte
paso a paso y como pueda—
que donde el débil se queda,
se suele escapar el juerte.

Y ricuerde cada cual
lo que cada cual sufrió:
que lo que es, amigo, yo,
hago así la cuenta mía
ya lo pasado pasó—
mañana será otro día.

Yo también tuve una pilcha
que me enllenó el corazón
y si en aquella ocasión
alguien me hubiera buscao—
siguro que me había hallao
más prendido que un botón.

En la güella del querer
no hay animal que se pierda—
las mujeres no son lerdas—
y todo gaucho es dotor
si pa cantarle el amor
tiene que templar las cuerdas.

¡Quién es de una alma tan dura
que no quiera a una mujer!
Lo alivia en su padecer:
si no sale calavera
es la mejor compañera
que el hombre puede tener.

Si es güena, no lo abandona
cuando lo ve desgraciao,
lo asiste con su cuidao
y con afán cariñoso
y usté tal vez ni un rebozo
ni una pollera le ha dao.

Grandemente lo pasaba
con aquella prenda mía—
viviendo con alegría

como la mosca en la miel—
 ¡Amigo, qué tiempo aquel!
 ¡La pucha— que la quería!

Era la águila que a un árbol
 dende las nubes bajó,
 era más linda que el alba
 cuando va rayando el sol—
 era la flor deliciosa
 que entre el trebolar creció.

Pero, amigo, el comendante
 que mandaba la milicia,
 como que no desperdicia
 se fue refalando a casa—,
 yo le conocí en la traza
 que el hombre traiba malicia.

Él me daba voz de amigo
 pero no le tenía fe—
 era el gefe, y ya se ve
 no podía competir yo—
 en mi rancho se pegó
 lo mesmo que sagaipé.

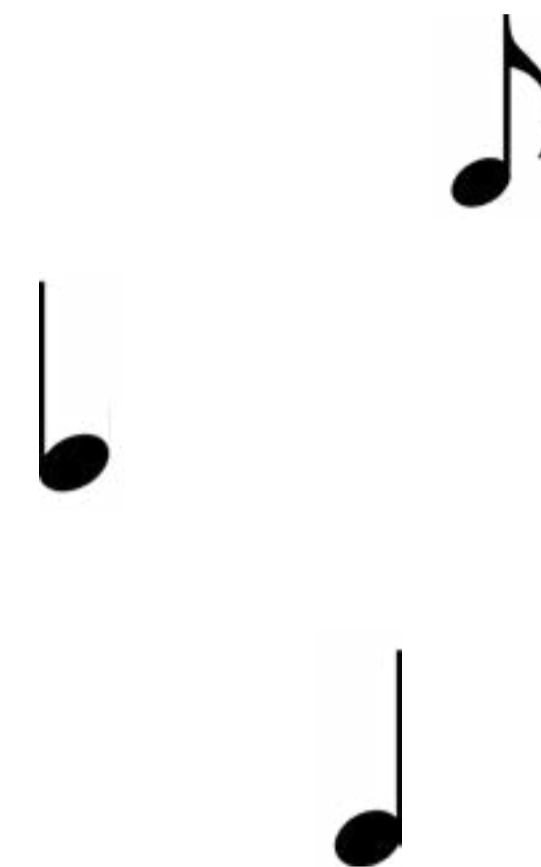


A poco andar conocí—
 que ya me había desbancao,
 y él siempre muy entonao
 aunque sin darme ni un cobre,
 me tenía de lao a lao
 como encomienda de pobre.

A cada rato de chasque
 me hacía dar a gran distancia,
 ya me mandaba a una estancia,
 ya al pueblo, ya a la frontera—
 pero él en la comendencia
 no ponía los pies siquiera.

Es triste a no poder más
 el hombre en su padecer,
 si no tiene una mujer
 que lo ampare y lo consuele;
 mas pa que otro se la pele
 lo mejor es no tener.

No me gusta que otro gallo
 le cacaree a mi gallina—
 yo andaba ya con la espina,



hasta que en una ocasión
lo pillé junto al jogón
abrazándome a la china.

Tenía el viejito una cara
de ternero mal lamido,
y al verlo tan atrevido
le dije: «Que le aproveche
»que había sido pa el amor
»como guacho pala la leche».

Peló la espada y se vino
como a quererme ensartar,
pero yo sin tutubiar
le volví al punto a decir:
«Cuidao no te vas a pér... tigo,
poné cuarta pa salir».

Un puntazo me largó
pero el cuerpo le saqué,
y en cuanto se lo quité
para no matar un viejo,
con cuidao, medio de lejos
un planazo le asenté.



Y como nunca al que manda
le falta algún adulón,
uno que en esa ocasión
se encontraba allí presente
vino apretando los dientes
como perrito mamón.

Me hizo un tiro de revuélver
que el hombre creyó seguro,
era confiao y le juro
que cerquita se arrimaba—
pero siempre en un apuro
se desentumen mis tabas.

Él me siguió menudiando
mas sin poderme acertar,
y yo, dele culebriar,
hasta que al fin le dentré
y hay no más lo despaché
sin dejarlo resollar.

Dentré a campiar en seguida
al viejito enamoraó;
el pobre se había ganao



en un noque de lejía—.
 ¡Quién sabe cómo estaría
 del susto que había llevao!

¡Es sonso el cristiano macho
 cuando el amor lo domina!—
 él la miraba a la indina,
 y una cosa tan jedionda
 sentí yo, que ni en la fonda
 he visto tal jedentina.

Y le dije: «Pa su agüela
 han de ser esas perdices».
 Yo me tapé las narices
 y me salí estornudando,
 y el viejo quedó olfatiando
 como chico con lumbrices.

Cuando la mula recula
 señal que quiere cosiar—
 así se suele portar
 aunque ella lo disimula,
 recula como la mula



Tabla de recursos

la mujer, para olvidar.
 Alcé mi poncho y mis prendas
 y me largué a padecer
 por culpa de una mujer
 que quiso engañar a dos—
 al rancho le dije *adiós*
 para nunca más volver.

Las mujeres, dende entonces,
 conocí a todas en una
 ya no he de probar fortuna
 con carta tan conocida:
 ¡mujer y perra parida,
 no se me atraca ninguna!

XI

A otros les brotan las coplas
como agua de manantial:
pues a mí me pasa igual
aunque las mías nada valen,
de la boca se me salen
como ovejas del corral.

Que en puertiando la primera
ya la siguen las demás,
y en montones las de atrás,
contra los palos se estrellan,
y saltan y se atropellan
sin que se corten jamás.

Y aunque yo por mi inorancia
con gran trabajo me esplico,
cuando llego a abrir el pico,
téngalo por cosa cierta,
sale un verso y en la puerta
ya asoma el otro el hocico.



Y emprésteme su atención
me oirá relatar las penas
de que traigo la alma llena—
porque en toda circunstancia
paga el gaucho su inorancia
con la sangre de sus venas.

Después de aquella desgracia
me refugié en los pajales,
anduve entre los cardales
como bicho sin guarida—
pero, amigo, es esa vida
como vida de animales.

Y son tantas las miserias
en que me he sabido ver
que con tanto padecer
y sufrir tanta aflicción,
malicio que he de tener
un callo en el corazón.

Así andaba como guacho
cuando pasa el temporal—
supe una vez pa mi mal





de una milonga que había,
y ya pa la pulpería
enderecé mi bagual.



Era la casa del baile
un rancho de mala muerte,
y se enllenó de tal suerte
que andábamos a empujones—;
nunca faltan encontrones
cuando el pobre se divierte.



Yo tenía unas medias botas
con tamaños verdugones—
me pusieron los talones
con cresta como los gallos
si viera mis afliciones
pensando yo que eran callos.

Con gato y con fandanguillo
había empezao el changango
y para ver el fandango
me colé haciéndome bola—
mas, metió el diablo la cola,
y todo se volvió pango.

Los americanismos



Había sido el guitarrero
 un gaucho duro de boca—
 yo tengo pacencia poca
 pa aguantar cuando no debo,
 a ninguno me le atrevo
 pero me halla el que me toca.

A bailar un pericón
 con una moza salí,
 y cuanto me vido allí
 sin duda me conoció—
 y estas coplitas cantó
 como pa reírse de mí:

«Las mujeres son todas
 como las mulas—
 yo no digo que todas
 pero hay algunas
 que a las aves que vuelan
 les sacan plumas».

«Hay gauchos que presumen
 de tener damas
 no digo que presumen

pero se alaban
 y a lo mejor los dejan
 tocando tablas».

Se secretiaron las hembras—
 y yo ya me encocoré—
 volié la anca y le grité
 «Deja de cantar... chicharra».
 Y de un tajo a la guitarra
 tuitas las cuerdas corté.

Al punto salió de adentro
 un gringo con un jusil—
 pero nunca he sido vil,
 poco el peligro me espanta
 yo me refalé la manta
 y la eché sobre el candil.

Gané en seguida la puerta
 gritando: «Naides me ataje»
 y alborotao el hembraje
 lo que todo quedó oscuro,
 empezó a verse en apuro
 mesturao con el gauchage.

El primero que salió
 fue el cantor y se me vino—
 pero yo no pierdo el tino
 aunque haiga tomao un trago
 y hay algunos por mi pago
 que me tienen por ladino—.

No ha de haber achocao otro—
 le salió cara la broma;
 a su amigo cuando toma
 se le despeja el sentido,
 y el pobrecito había sido
 como carne de paloma.

Para prestar un socorro
 las mujeres no son lerdas—
 antes que la sangre pierdan
 lo arrimaron a unas pipas—
 ay lo dejé con las tripas
 como pa que hiciera cuerdas.

Monté y me largué a los campos
 más libre que el pensamiento,
 como las nubes al viento



a vivir sin paradero.
 Que no tiene el que es matrero
 nido, ni rancho, ni asiento.

No hay fuerza contra el destino
 que le ha señalado el cielo—
 y aunque no tenga consuelo
 aguante el que está en trabajo
 ¡naides se rasca pa abajo!
 ¡ni se lonjea contra el pelo!

Con el gaucho desgraciao
 no hay uno que no se entone—
 ¡la menor falta lo espone
 a andar con las avestruces!
 Faltan otros con más luz
 y siempre hay quien los perdone.

XII

Yo no sé qué tantos meses
esta vida me duró,
a veces nos obligó
la miseria a comer potro—
me había acompañado con otros
tan desgraciaos como yo—.

Mas ¿para qué platicar
sobre esos males, —¿canejo?
Nace el gaucho y se hace viejo,
sin que mejore su suerte,
hasta que por hay la muerte
sale a cobrarle el pellejo.

Pero como no hay desgracia
que no acabe alguna vez,
me aconteció que después
de sufrir tanto rigor,
un amigo por favor
me compuso con el juez.

Le advertiré que en mi pago
ya no va quedando un criollo,
se los ha tragao el hoyo,



o juido o muerto en la guerra
porque, amigo, en esta tierra
nunca se acaba el embroyo—.

Colijo que jue por eso
que me llamó el juez un día
y me dijo que quería
hacerme a su lao venir,
y que dentrase a servir
de soldao de Polecía—.

Y me largó una ploclama
tratándome de valiente,
que yo era un hombre decente,
y que dende aquel momento
me nombraba de sargento
pa que mandara la gente.

Ansí estuve en la partida
pero, ¿qué había de mandar?
Anoche al irlo a tomar
vide güena coyuntura
y a mí no me gusta andar
con la lata a la cintura.



[...]
[...]
[...]
[...]
[...]
[...]

Ya conoce pues, quien soy,
tenga confianza conmigo,
Cruz le dio mano de amigo
y no lo ha de abandonar—
juntos podremos buscar
pa los dos un mismo abrigo.



Andaremos de matreros
si es preciso pa salvar—
nunca no ha de faltar
ni un buen pingo para juir,
ni un pajal ande dormir,
ni un matambre que ensartar.

Y cuando sin trapo alguno
nos haiga el tiempo dejao—
yo le pediré emprestao



el cuero a cualquiera lobo
y hago un poncho, si lo sobo,
mejor que poncho engomao.

Para mí la cola es pecho
y el espinazo cadera
hago mi nido ande quiera
y de lo que encuentre como—
me echo tierra sobre el lomo
y me apeo en cualquier tranquera.

Y dejo correr la bala
que algún día se ha de parar—
tiene el gaucho que aguantar
hasta que lo trague el hoyo—
o hasta que venga algún criollo
en esta tierra a mandar.

Lo miran al pobre gaucho
como carne de cogote:
lo tratan al estricote—
y si ansí las cosas andan,
porque quieren los que mandan
aguantemos los azotes.



Pucha— si usted los oyera
como yo en una ocasión,
tuita la conversación
que con otro tuvo el juez—
le aseguro que esa vez
se me achicó el corazón.



Hablaban de hacerse ricos
con campos en las fronteras—
de sacarlas más afueras
donde había campos baldidos
y llevar de los partidos
gente que la defendiera.



Todo se güelven proyectos
de colonia y carriles—
y tirar la plata a miles
en los gringos enganchaos
mientras el pobre soldao
le pelan la chaucha —¡ah! ¡viles!—.

Pero si siguen las cosas
como van hasta el presente
puede ser que de repente
veamos el campo desierto,

y blanqueando solamente
los güesos de los que han muerto.
Hace mucho que sufrimos
la suerte reclusiva—
trabaja el gaucho y no arriba,
porque a lo mejor del caso,
lo levantan de un sogazo
sin dejarle ni saliva.

De los males que sufrimos
hablan mucho los puebleros,
pero hacen como los teros
para esconder sus niditos:
en un lao pegan los gritos
y en otros tienen los güevos.

Y se hacen los que no aciertan
a dar con la coyuntura—
mientras el gaucho lo apura
con rigor la autoridá,
ellos a la enfermedá,
le están errando la cura.



XIII Martín Fierro

Ya veo que somos los dos
astilla del mismo palo—
yo paso por gaucho malo
y usted anda del mismo modo
y yo pa acabarlo todo
a los indios me resfalo.

Pido perdón a mi Dios
que tantos bienes me hizo—
pero dende que es preciso
que viva entre los infieles—
yo seré cruel con los crueles—
así mi suerte lo quiso.

Dios formó lindas las flores,
delicadas como son—
les dio toda perfección
y cuanto él era capaz—
pero al hombre le dio más
cuando le dio el corazón.

Le dio claridá a la luz,
juerza en su carrera al viento,
le dio vida y movimiento
dende el águila al gusano—
pero más le dio al cristiano
al darle el entendimiento.

Y aunque a las aves les dio
con otras cosas que inoro
esos piquitos como oro
y un plumaje como tabla—
le dio al hombre más tesoro
al darle una lengua que habla.

Y dende que dio a las fieras
esa juria tan inmensa,
que no hay poder que las vensa
ni nada que las asombre
¿qué menos le daría al hombre
que el valor pa su defensa?

Pero tantos bienes juntos
 al darle, malicio yo
 que en sus adentros pensó
 que el hombre los precisaba
 que los bienes igualaba
 con las penas que le dio.

Y yo empujao por las mías
 quiero salir de este infierno—:
 ya no soy pichón muy tierno
 y sé manejar la lanza—
 y hasta los indios no alcanza
 la facultá del Gobierno.

Yo sé que allá los casiques
 amparan a los cristianos,
 y que los tratan de «Hermanos»
 cuando se van por su gusto—
 A qué andar pasando sustos...
 alcemos el poncho y vamos.

En la cruzada hay peligros
 pero ni aun esto me aterra—
 yo ruedo sobre la tierra

arrastrao por mi destino—
 y si erramos el camino...
 no es el primero que lo erra.
 Si hemos de salvar o no—
 de esto naides nos responde,
 derecho ande el sol se esconde
 tierra adentro hay que tirar,
 algún día hemos de llegar
 después sabremos a dónde.

No hemos de perder el rumbo
 los dos somos güena yunta—
 el que es gaucho va ande apunta
 aunque inore ande se encuentra;
 pa el lao en que el sol se dentra
 dueblan los pastos la punta.

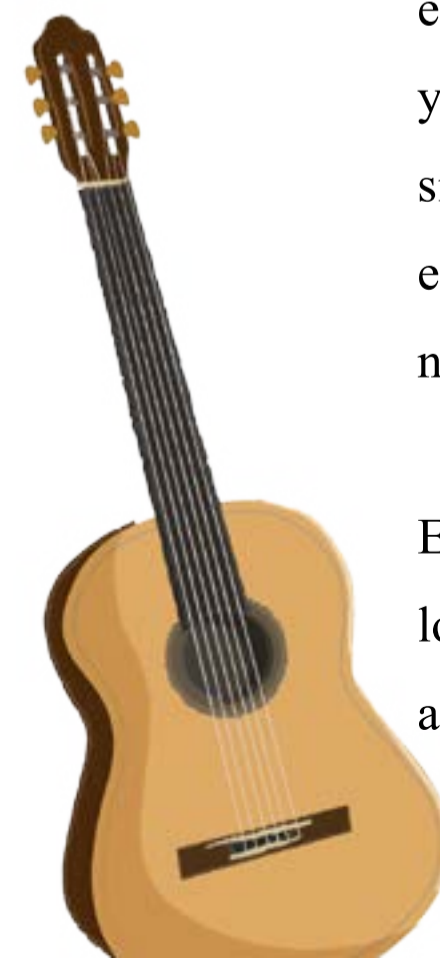
De hambre no perecemos
 pues según otros me han dicho
 en los campos se hallan bichos
 de lo que uno necesita...
 gamas, maticos, mulitas,
 avestruces y quirquinchos.

Cuando se anda en el desierto
se come uno hasta las colas—
lo han cruzao mujeres solas
llegando al fin con salú,
y ha de ser gaucho el ñandú
que se escape de mis colas.

Tampoco a la sé le temo,
yo la aguanto muy contento,
busco agua olfatiando al viento
y dende que no soy manco,
ande hay duraznillo blanco
cavo, y la saco al momento.

Allá habrá siguridá
ya que aquí no la tenemos,
menos males pasaremos
y ha de haber grande alegría
el día que nos delcolguemos
en alguna toldería.

Fabricaremos un toldo
como lo hacen tantos otros
con unos cueros de potro,
que sea sala y sea cocina,



¡tal vez no falte una china
que se apiade de nosotros!
Allá no hay que trabajar,
vive uno como un señor—
de cuando en cuando un malón—
y si de él sale con vida,
lo pasa echao panza arriba
mirando dar güelta el sol.

Y ya que a juerza de golpes
la suerte nos dejó a flus,
puede que allá veamos luz
y se acaben nuestras penas;
todas las tierras son güenas...
vámosnos amigo Cruz.

El que maneja las bolas,
el que sabe echar un pial;
y sentársele a un bagual
sin miedo de que lo baje,
entre los mismos salvajes
no puede pasarlo mal.

El amor como la guerra
lo hace el criollo con canciones
a más de eso en los malones



podemos aviarnos de algo;
 en fin amigo, yo salgo
 de estas pelegrinaciones.

[...]

[...]

[...]

[...]

[...]

[...]

En este punto el cantor
 buscó un porrón pa consuelo,
 echó un trago como un cielo
 dando fin a su argumento;
 y de un golpe al instrumento
 lo hizo astillas contra el suelo.

«Ruempo», dijo, «la guitarra
 »pa no volverla a tentar;
 »ninguno la ha de tocar,
 »por seguro tenganoló;
 »pues naidés ha de cantar
 »cuando este gaucho cantó».



Y daré fin a mis coplas
 con aire de relación,
 nunca falta un preguntón
 más curioso que mujer,
 y tal vez quiera saber
 cómo jue la conclusión:

Cruz y Fierro de una estancia
 una tropilla se arriaron—
 por delante se la echaron
 como criollos entendidos,
 y pronto sin ser sentidos
 por la frontera cruzaron.

Y cuando la habían pasao,
 una madrugada clara
 le dijo Cruz que miraralas últimas poblaciones;
 y a Fierro dos lagrimones
 le rodaron por la cara.

Y siguiendo el fiel del rumbo
 se entraron en el desierto—
 no sé si los habrán muerto

en alguna correría,
pero espero que algún día
sabré de ellos algo cierto.

Y ya con estas noticias
mi relación acabé,
por ser ciertas les conté
todas las desgracias dichas—
es un telar de desdichas
cada gaucho que usted ve.

Pero ponga su esperanza
en el Dios que lo formó,
y que me despido yo
que he relatao a mi modo,
males que conocen todos
pero que naides cantó.



La vuelta de Martín Fierro



Cuatro palabras de conversación con los lectores

Entrego a la benevolencia pública, con el título LA VUELTA DE MARTIN FIERRO, la segunda parte de una obra que ha tenido una acogida tan generosa, que en seis años se han repetido once ediciones con un total de cuarenta y ocho mil ejemplares.

Esto no es vanidad de autor, porque no rindo tributo a esa falsa diosa; ni bombo de editor, porque no lo he sido nunca de mis humildes producciones.

Es un recuerdo oportuno para explicar por qué el primer tiraje del presente libro consta de 20.000 ejemplares, divididos en cinco secciones o ediciones de 4.000 números cada una; y agregaré que confío en que el acreditado Establecimiento Tipográfico del señor Coni hará una impresión esmerada, como las que tienen todos los libros que salen de sus talleres.

Lleva también diez ilustraciones incorporadas en el texto, y creo que en los dominios de la literatura es la primera vez que una obra sale de las prensas nacionales con esta mejora.

Así se empieza.

Las láminas han sido dibujadas y calcadas en la piedra por don Carlos Clerice, artista compatriota que llegará a ser notable en su ramo, porque es joven, tiene escuela, sentimiento artístico y amor al trabajo.

El grabado ha sido ejecutado por el señor Supot, que posee el arte, nuevo y poco generalizado todavía entre nosotros, de fijar en láminas metálicas lo que la habilidad del litógrafo ha calcado en la piedra, creando o imaginando posiciones que interpretan con claridad y sentimiento la escena descrita en el verso.

No se ha omitido, pues, ningún sacrificio a fin de hacer una publicación con las mas aventajadas condiciones artísticas.

En cuanto a su parte literaria, sólo diré que no se debe perder de vista al juzgar los defectos del libro, que es copia fiel de un original que los tiene, y repetiré que muchos defectos están allí con el objeto de hacer mas evidente y clara la imitación de los que lo son en realidad.

Un libro destinado a despertar la inteligencia y el amor a la lectura en una población casi primitiva, a servir de provechoso recreo, después de las fatigosas tareas, a millares de personas que jamás han leído, debe ajustarse estrictamente a los usos y costumbres de esos mismos lectores, rendir sus ideas e interpretar sus sentimientos en su mismo lenguaje, en sus frases más usuales, en su forma más general, aunque sea incorrecta; con sus imágenes de mayor relieve, y con sus giros más característicos, a fin de que el libro se identifique con ellos de una manera tan estrecha e íntima, que su lectura no sea sino una continuación natural de su existencia.

Solo así pasan sin violencia del trabajo al libro; y solo así, esa lectura puede serles amena, interesante y útil.

!Ojalá hubiera un libro que gozara del dichoso privilegio de circular de mano en mano en esa inmensa población diseminada en nuestras vastas campañas, y que bajo una forma que lo hiciera agradable, que asegurara su popularidad, sirviera de ameno pasatiempo a sus lectores, pero: Enseñando que el trabajo honrado es la fuente principal de toda mejora y bienestar!

Enalteciendo las virtudes morales que nacen de la ley natural y que sirven de base a todas las virtudes sociales.

Inculcando en los hombres el sentimiento de veneración hacia su Creador, incli-nándolos a obrar bien.

Afeando las supersticiones ridículas y generalizadas que nacen de una deplorable ignorancia.

Tendiendo a regularizar y dulcificar las costumbres, enseñando por medios hábilmente escondidos, la moderación y el aprecio de sí mismo; el respeto a los demás; estimulando la fortaleza por el espectáculo del infortunio acerbo, aconsejando la perseverancia en el bien y la resignación en los trabajos.

Recordando a los padres los deberes que la naturaleza les impone para con sus hijos, poniendo ante sus ojos los males que produce su olvido, induciéndolos por ese medio a que mediten y calculen por sí mismos todos los beneficios de su cumplimiento.

Enseñando a los hijos como deben respetar y honrar a los autores de sus días.

Fomentando en el esposo el amor a su esposa, recordando a ésta los santos deberes de su estado; encareciendo la felicidad del hogar, enseñando a todos a tratarse con respeto recíproco, robusteciendo por todos estos medios los vínculos de la familia y de la sociabilidad. Afirmando en los ciudadanos el amor a la libertad, sin apartarse del respeto que es debido a los superiores y magistrados.

Enseñando a los hombres con escasas nociones morales, que deben ser humanos y clementes, caritativos con el huérfano y con el desvalido; fieles a la amistad; gratos a los favores recibidos; enemigos de la holgazanería y del vicio; conformes con los cambios de fortuna; amantes de la verdad, tolerantes, justos y prudentes siempre.

Un libro que todo esto, más que esto, o parte de esto enseñara sin decirlo, sin revelar su pretensión, sin dejarla conocer siquiera, sería indudablemente un buen libro, y por cierto que levantaría el nivel moral e intelectual de sus lectores aunque dijera «naides» por «nadie», «resertor» por «desertor», «mesmo» por «mismo», u otros barbarismos semejantes, cuya enmienda le está reservada a la escuela, llamada a llenar un vacío que el poema debe respetar, y a corregir vicios y defectos de fraseología que son también elementos de que se debe apoderar el arte para combatir y extirpar males morales más fundamentales y trascendentes, examinándolos bajo el punto de vista de una filosofía más elevada y pura.

El progreso de la locución no es la base del progreso social, y un libro que se propusiera tan elevados fines debería prescindir por completo de las delicadas formas de la cultura de la frase, subordinándose a las imperiosas exigencias de sus propósitos moralizadores, que serían en tal caso, el éxito buscado.

Los personajes colocados en escena deberían hablar en su lenguaje peculiar y propio, con su originalidad, su gracia y sus defectos naturales, porque despojados de ese ropaje, lo serían igualmente de su carácter típico, que es lo único que los hace simpático, conservando la imitación y la verosimilitud en el fondo y en la forma.

Entra también en esta parte la elección del prisma a través del cual le es permitido a cada uno estudiar tiempos. Y aceptando esos defectos como un elemento, se idealiza también, se piensa, se inclina a los demás a que piensen igualmente y se agrupan, se preparan y conservan pequeños monumentos de arte, para los que han de estudiarlo mañana y levantar el grande monumento de la historia de nuestra civilización.

El gaucho no conoce ni siquiera los elementos de su propio idioma, y sería una impropiedad cuando menos, y una falta de verdad muy censurable, que quien no ha abierto jamás un libro, siga las reglas de arte de Blair, Herosilla o la Academia.

El gaucho no aprende a cantar. Su único maestro es la espléndida naturaleza que en variados y majestuosos panoramas se extiende delante de sus ojos.

Canta porque hay en él cierto impulso moral, algo de métrico, de rítmico que domina en su organización, y que lo lleva hasta el extraordinario extremo de que todos sus refranes, sus dichos agudos, sus proverbios comunes, son expresados en dos versos octosílabos perfectamente medidos, acentuados con inflexible regularidad, llenos de armonía, de sentimiento y de profunda intención.

Eso mismo hace muy difícil, si no de todo punto imposible, distinguir y separar cuáles son los pensamientos originales del autor, y cuáles los que son recogidos de las fuentes populares.

No tengo noticia que exista ni que haya existido una raza de hombre aproximado a la naturaleza, cuya sabiduría proverbial llene todas las condiciones rítmicas de nuestros proverbios gauchos.

Qué singular es, y qué digno de observación, el oír a nuestros paisanos más incultos expresar en dos versos claros y sencillos, máximas y pensamientos morales que las naciones más antiguas, la India y la Persia, conservaban como el tesoro inestimable de su sabiduría proverbial; que los griegos escuchaban con veneración de boca de sus sabios más profundos, de Sócrates, fundador de la moral, de Platón y de Aristóteles; que entre los latinos difundió gloriosamente el afamado Séneca; que los hombres del Norte les dieron lugar preferente en su robusta y enérgica literatura, que la civilización moderna repite por medio de sus moralistas más esclarecidos, y que se hallan consagrados fundamentalmente en los códigos religiosos de todos los grandes reformadores de la humanidad.

Indudablemente, que hay cierta semejanza íntima, cierta identidad misteriosa entre todas las razas del globo que sólo estudian en el gran libro de la naturaleza; pues de él deducen, y vienen deduciendo desde hace más de tres mil años, la misma enseñanza, las mismas virtudes naturales, expresadas en prosa por todos los hombres del globo, y en versos por los gauchos que habitan las vastas y fértiles comarcas que se extienden a las dos márgenes del Plata.

El corazón humano y la moral son los mismos en todos los siglos.

Las civilizaciones difieren esencialmente. «Jamás se hará, dice el doctor don V. López en su prólogo a Las Neurosis, un profesor o un catedrático europeo, de un bracma»; así debe ser: pero no ofrecería la misma dificultad el hacer de un gaucho un bracma lleno de sabiduría; si es que los bracmas hacen consistir toda su ciencia en su sabiduría proverbial, según los pinta el sabio conservador de la Biblioteca Nacional de París, en «La sabiduría popular de todas las naciones», que difundió en el nuevo mundo el americano Pazos Kanki.

Saturados de ese espíritu gaucho, hay entre nosotros algunos poetas de formas muy cultas y correctas, y no ha de escasear el género, porque es una producción legítima y espontánea del país, y que, en verdad, no se manifiesta únicamente en el terreno florido de la literatura.

Concluyo aquí, dejando a la consideración de los benévolos lectores lo que yo no puedo decir sin extender demasiado este prefacio, poco necesario en las humildes coplas de un hijo del desierto.

!Sea el público indulgente con él! Y acepte esta humilde producción que le dedicamos, como que es nuestro mejor y más antiguo amigo.

La originalidad de un libro debe empezar en el prólogo.

Nadie se sorprenda, por lo tanto, ni de la forma ni de los objetos que éste abraza; y debemos terminarlo haciendo público nuestro agradecimiento hacia los distinguidos escritores que acaban de honrarnos con su fallo, como el señor D. José Tomás Guido, en una bellísima carta que acogieron deferentes «La Tribuna» y «La Prensa», y que reprodujeron en sus columnas varios periódicos de la República. El Dr. D. Miguel Navarro Viola, en la última entrega de la «Biblioteca Popular», estimulándonos, con honrosos términos, a continuar en la tarea emprendida.

Diversos periódicos de la ciudad y campaña, como «EL Herald», del Azul, «La Patria», de Dolores, «El Oeste», de Mercedes, y otros, han adquirido también justos títulos a nuestra gratitud, que conservamos como una deuda sagrada.

Terminamos esta breve reseña con «La Capital», del Rosario, que ha anunciado la VUELTA DE MARTIN FIERRO, haciendo concebir esperanzas que Dios sabe si van ha ser satisfechas.

Ciérrese este prólogo diciendo que se llama este libro LA VUELTA DE MARTIN FIERRO, porque este título le dio el público, antes, mucho antes de haber yo pensado en escribirlo; y allá va a correr tierras con mi bendición paternal.

José Hernández





Atención pido al silencio
Y silencio a la atención,
Que voy en esta ocasión,
Si me ayuda la memoria,
A mostrarles que a mi historia
Le faltaba lo mejor.

Viene uno como dormido
Cuando vuelve del desierto;
Veré si a explicarme acierto
Entre gente tan bizzarra
Y si al sentir la guitarra
De mi sueño me despierto.

Siento que mi pecho tiembla,
Que se turba mi razón,
Y de la vigüela al son
Imploro a la alma de un sabio
Que venga a mover mi labio
Y alentar mi corazón

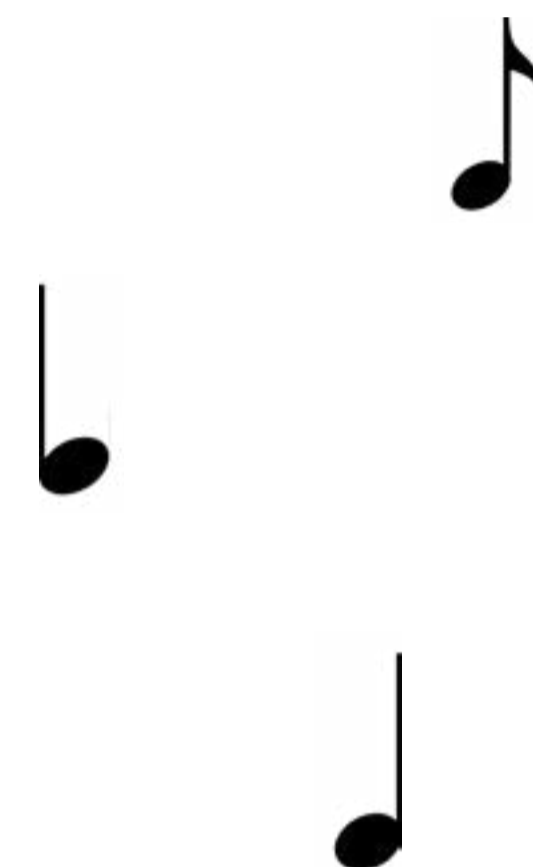


Si no llego a treinta y una
De fijo en treinta me planto,
Y esta confianza adelanto
Porque recibí en mi mismo,
Con el agua del bautismo,
La facultá para el canto.

Tanto el pobre como el rico
La razón me la han de dar;
Y si llegan a escuchar
Lo que explicaré a mi modo,
Digo que no han de rair todos:
Algunos han de llorar.

Mucho tiene que contar
El que tuvo que sufrir,
Y empezaré por pedir
No duden de cuanto digo;
Pues debe creerse al testigo
Si no pagan por mentir.

Gracias le doy a la virgen,
Gracias le doy al señor,
Porque entre tanto rigor



Y habiendo perdido tanto,
No perdí mi amor al canto
Ni mi voz como cantor.

Que cante todo viviente
Otorgó el Eterno Padre;
Cante todo el que le cuadre
Como lo hacemos los dos
Pues sólo no tiene voz
El ser que no tiene sangre.

Canta el pueblero... y es pueta;
Canta el gaucho... y, ¡ay Jesús!,
Lo miran como avestruz,
Su inorancia los asombra;
Mas siempre sirven las sombras
Para distinguir la luz.

El campo es del inorante,
El pueblo del hombre estruido;
Yo que en el campo he nacido
Digo que mis cantos son
Para los unos... sonidos,
Y para otros... intención.

Yo he conocido cantores
Que era un gusto el escuchar;
Mas no quieren opinar
Y se divierten cantando;
Pero yo canto opinando,
Que es mi modo de cantar.

El que va por esta senda
Cuanto sabe desembucha,
Y aunque mi cencia no es mucha,
Esto en mi favor previene;
Yo se el corazón que tiene
El que con gusto me escucha.

Lo que pinta este pincel
Ni el tiempo lo ha de borrar;
Ninguno se ha de animar
A corregirme la plana;
No pinta quien tiene gana
Sino quien sabe pintar.

Y no piensen los oyentes
Que del saber hago alarde;
He conocido aunque tarde,

Sin haberme arrepentido,
Que es pecado cometido
El decir ciertas verdades.

Pero voy en mi camino
Y nada me ladiará;
He de decir la verdá;
De naides soy adulón;
Aqui no hay imitación;
Esta es pura realidá.

Y el que me quiera enmendar
Mucho tiene que saber;
Tiene mucho que aprender
El que me sepa escuchar;
Tiene mucho que rumiar
El que me quiera entender.

Más que yo y cuantos me oigan,
Más que las cosas que tratan,
Más que los que ellos relatan,
Mis cantos han de durar;
Mucho ha habido que mascar
Para echar esta bravata.



Brotan quejas de mi pecho,
Brotá un lamento sentido;
Y es tanto lo que he sufrido
Y males de tal tamaño
Que reto a todos los años
A que traigan el olvido.

Ya verán si me despierto
Cómo se compone el baile;
Y no se sorprenda naides
Si mayor fuego me anima;
Porque quiero alzar la prima
Como pa tocar al aire.

Y con la cuerda tirante
Dende que ese tono elija,
Yo no he de aflojar manija
Mientras que la voz no pierda,
Si no se corta la cuerda
O no cede la clavija.

Aunque rompí el instrumento
Por no volverme a tentar,
Tengo tanto que contar



Y cosas de tal calibre,
 Que Dios quiera que se libre
 El que me enseñó a templar
 De naidas sigo el ejemplo,
 Naides a dirigirme viene;
 Yo digo cuanto conviene,
 Y el que en tal güeya se planta,
 debe cantar, cuando canta,
 Con toda la voz que tiene

He visto rodar la bola
 Y no se quiere parar;
 Al fin de tanto rodar
 Me he decidido a venir
 A ver si puedo vivir
 Y me dejan trabajar.

Sé dirigir la mansera
 Y tambien echar un pial;
 Sé correr en un rodeo,
 Trabajar en un corral;
 Me se sentar en un pértigo
 Lo mesmo que en un bagual

Y enpriéstenmé su atención
 Si así me quieren honrar
 De no, tendré que callar,
 Pues el pájaro cantor
 Jamás se para de cantar
 En árbol que no da flor

Hay trapitos que golpiar
 Y de aquí no me levanto;
 Si quieren que desembuche:
 Tengo que decirles tanto
 Que les mando que me escuchen.

Déjenmé tomar un trago:
 Estas son otras cuarenta
 Mi garganta esta sedienta,
 Y de esto no me abochorno,
 Pues el viejo, como el horno,
 Por la boca se calienta.



Triste suena mi guitarra
 Y el sunto lo requiere;
 Ninguno alegrías espere
 Sino sentidos lamentos
 De aquel que en duros tormentos
 Nace, crece, vive y muere.

Es triste dejar sus pagos
 Y largarse a tierra ajena
 Llevándose la alma llena
 De tormentos y dolores;
 Mas nos llevan los rigores
 Como el pampero a la arena;

Irse a cruzar el desierto
 Lo mismo que un forajido,
 Dejando aquí en el olvido,
 Como dejamos nosotros,
 Su mujer en brazos de otro
 Y sus hijitos perdidos

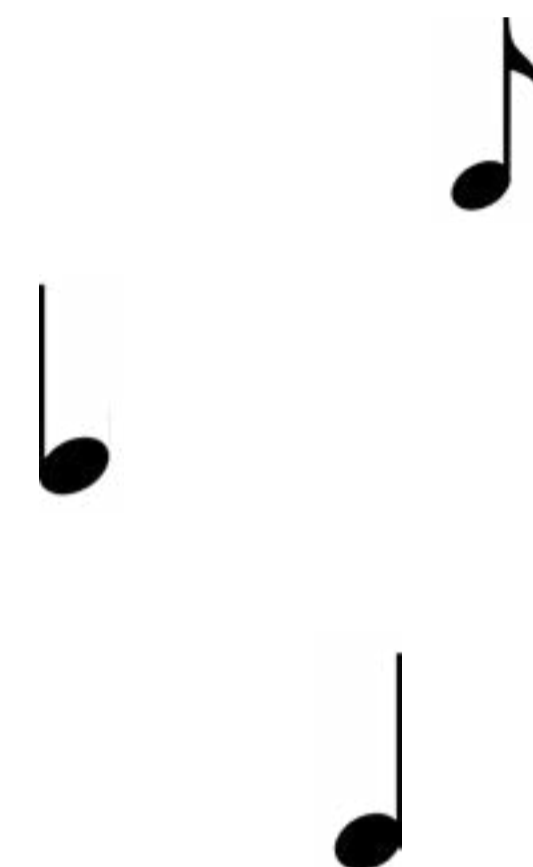


¡Cuantas veces al cruzar
 En esa inmensa llanura,
 Al verse en tal desventura
 Y tan lejos de los suyos,
 Se tira uno entre los yuyos
 A llorar con amargura!

En la orilla de un arroyo
 Solitario lo pasaba,
 En mil cosas cavilaba
 Y, a una güelta repentina,
 Se me hacía ver a mi china
 O escuchar que me llamaba.

Y las aguas serenitas
 Bebe el pingo trago a trago,
 Mientras sin ningún halago
 Pasa uno hasta sin comer,
 Por pensar en su mujer,
 En sus hijos y en su pago.

Recordarán que con Cruz
 Para el desierto tiramos
 En la pampa nos entramos,



Cayendo, por fin del viaje,
A unos toldos de salvajes,
Los primeros que encontramos.

La desgracia nos seguía:
Llegamos en mal momento;
Estaban de parlamento
Tratando de una invasión
Y el indio en tal ocasión
Recela hasta de su aliento.

Se armó un tremendo alboroto
Cuando nos vieron llegar;
No podíamos aplacar
Tan peligroso hervidero;
Nos tomaron por bomberos
Y nos quisieron lanzar.



Nos quitaron los caballos
A los muy pocos minutos;
Estaban irresolutos;
!Quién sabe qué pretendían!
Por los ojos nos metían
Las lanzas aquellos brutos.



Y déle en su lengüeteo
Hacer gestos y cabriolas;
Uno desató las bolas
Y se nos vino enseguida;
Ya no créiamos con vida
Salvar ni por carambola.

Allá no hay misericordia
Ni esperanza que tener;
El indio es de parecer
Que siempre matar se debe,
Pues la sangre que no bebe
Le gusta verla correr

Cruz se dispuso a morir
Peliando y me convidó.
«Aguantemos», dije yo,
«El fuego hasta que nos quemé».
Menos los peligros teme
Quien más veces lo venció.

Se debe ser mas prudente
Cuando el peligro es mayor;
Siempre se salva mejor



Andando con alvertencia
 Porque no está la prudencia
 Reñida con el valor.

Vino al fin el lenguaraz
 Como a trairnos el perdón;
 Nos dijo:«La salvación
 Se la deben a un cacique;
 Me manda que les explique
 Que se trata de un malón.

«Les ha dicho a los demás
 Que ustedes quedan cautivos
 Por si cain algunos vivos
 En poder de los cristianos,
 Rescatar a sus hermanos
 Con estos dos fugitivos.»

Volvieron al parlamento
 A tratar de sus alianzas,
 O tal vez de las matanzas,

Y, conforme les detallo,
 Hicieron cerco a caballo
 recostándose en las lanzas.
 Dentra al centro un indio viejo
 Y allí a lengüetiar se larga;
 !Quién sabe qué les encarga!
 Pero toda la riunión
 Lo escuchó con atención
 Lo menos tres horas largas.

Pegó al fin tres alaridos
 Y ya principiaba otra danza;
 Para mostrar su pujanza
 Y dar pruebas de jinete,
 Dio riendas rayando el flete
 Y revoliando la lanza.

Recorre luego la fila,
 Frente a cada indio se para,
 Lo amenaza cara a cara

Y, en su juria, aquel maldito
Acompaña con su grito
El cimbrar de la tacuara.

Se vuelve aquello un incendio
Mas feo que la misma guerra:
Entre una nube de tierra
Se hizo allí una mezclanza
De potros, indios y lanzas,
Con alaridos que aterran.

Parece un baile de fieras
Sigún yo me lo imagino;
Era inmenso el remolino,
Las voces aterradoras;
Hasta que al fin de dos horas
Se aplacó aquel torbellino.

De noche formaban cerco
Y en el centro nos ponían;
Para mostrar que querían

Quitarnos toda esperanza,
Ocho o diez filas de lanzas
Alrededor nos hacían.

Allí estaban vigilante
Cuidandonos a porfía;
Cuando roncar parecían
«Huincá», gritaba cualquiera,
Y toda la fila entera
«Huincá», «huincá», repetía.

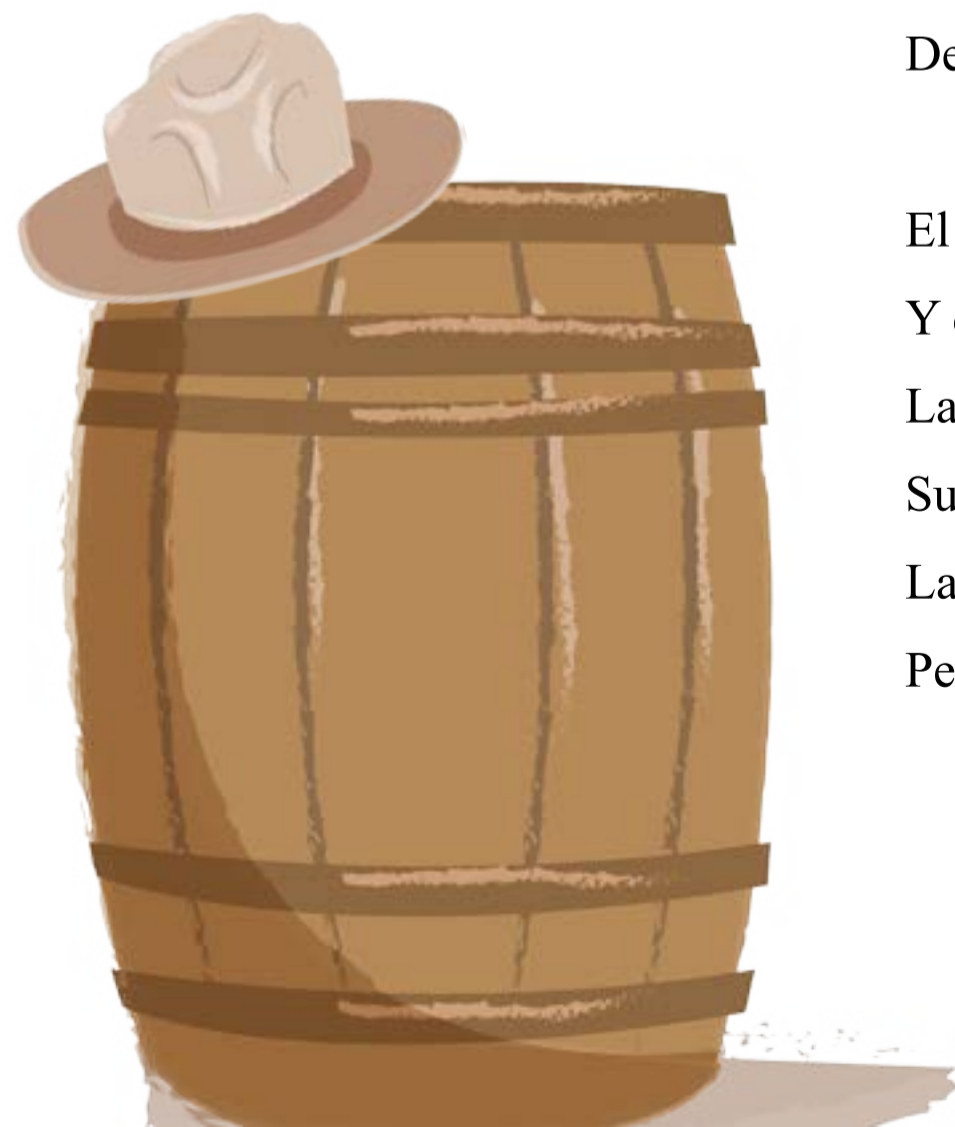
Pero el indio es dormilón
Y tiene un sueño projundo;
Es roncador sin segundo
Y en tal confianza es su vida,
Que ronca a pata tendida
Aunque se de güelta el mundo.

Nos aviriguaban todo
Como aquel que se previene,
Porque siempre les conviene

Saber las juerzas que andan,
 Donde estan, quienes las mandan,
 Que caballos y armas tienen.

A cada respuesta nuestra
 Uno hace una exclamación,
 Y luego en continuación
 Aquellos indios feroces,
 Cientos y cientos de voces
 Repiten al mismo son.

Y aquella voz de un solo,
 Que empieza por un gruñido,
 Lega hasta ser alarido
 De toda la muchedumbre,
 Y así adquieren la costumbre
 De pegar esos bramidos.



De ese modo nos hallamos
 Empeñaos en la partida;
 No hay que darla por perdida
 Por dura que sea la suerte,
 Ni que pensar en la muerte,
 Sino en soportar la vida.

Se endurece el corazón,
 No teme peligro alguno;
 Por encontrarlo oportuno
 Allí juramos los dos:
 Respetar tan sólo a Dios;
 De Dios abajo, a ninguno.

El mal es árbol que crece
 Y que cortado retoña;
 La gente esperta o bisoña
 Sufre de infinitos modos;
 La tierra es madre de todos,
 Pero también da ponzoña.

Mas todo varón prudente
 Sufre tranquilo sus males;
 Yo siempre los hallo iguales
 En cualquier senda que elijo;
 La desgracia tiene hijos,
 Aunque ella no tiene madre.



Y al que le toca la herencia,
 Donde quiera halla su ruina:
 Lo que la suerte destina
 No puede el hombre evitar,
 Porque el cardo ha de pinchar
 Es que nace con espinas.



Es el destino del pobre
 Un continuo zafarrancho
 Y pasa como el carancho,
 Porque el mal nunca se sacia,
 Si el viento de la desgracia
 Vuela las pajas del rancho.

Mas quien manda los pesares
 Manda también el consuelo:
 La luz que baja del cielo

Alumbra al más encumbrao,
 Y hasta el pelo mas delgao
 Hace su sombra en el suelo.

Pero por más que uno sufra
 Un rigor que lo atormente,
 No debe bajar la frente
 Nunca, por ningún motivo:
 El álamo es mas altivo
 Y gime constantemente.

El indio pasa la vida
 Robando o echao de panza;
 La única ley es la lanza
 A que se ha de someter:
 Lo que le falta en saber
 Lo suple con descondianza.

Fuera cosa de engarzarlo
 A un indio caritativo:
 Es duro con el cautivo,
 Le dan un trato horroroso;
 Es astuto y receloso,
 es audaz y vengativo.



No hay que pedirle favor
 Ni que aguardar tolerancia;
 Movidos por su inorancia
 y de puro desconfiaos,
 Nos pusieron separaos
 Bajo sutil vigilancia.



No pude tener con Cruz
 Ninguna conversación:
 No nos daban ocasión,
 Nos trataban como ajenos
 Como dos años, lo menos,
 Duro esta separación.



Relatar nuestras penurias
 Fuera alargar el asunto.
 Les diré sobre este punto
 Que a los dos años recién
 Nos hizo el cacique el bien
 De dejarnos vivir juntos.

Nos retiramos con Cruz
 A la orilla de un pajal;
 Por no pasarlo tan mal

Hicimos como un bendito
 En el desierto infinito,
 Con dos cueros de bagual.

Fuimos a esconder allí
 Nuestra pobre situación,
 Aliviando con la unión
 Aquel duro cautiverio,
 Tristes como un cementerio
 Al toque de la oración.

Debe el hombre ser valiente
 Si ha rodar se determina,
 Primero, cuando camina;
 Segundo, cuando descansa;
 Pues en aquellas andanzas
 Perece el que se acoquina

Cuando es manso el ternero
 En cualquier vaca se priende;
 El que es gaucho esto lo entiende
 Y ha de entender si le digo
 Que andábamos con mi amigo
 Como pan que no se vende.



Guarecidos en el toldo
 Charlábamos mano a mano:
 Eramos dos veteranos
 Mansos pa las sabandijas,
 Arrumbaos como cubijas
 Cuando calienta el verano.

El alimento no abunda
 Por mas empeño que se haga;
 Lo pasa uno como plaga,
 Ejercitando la industria,
 Y siempre como la nutria
 Viviendo a la orilla del agua.



En semejante ejercicio
 Se hace diestro el cazador:
 Cai el piche engordador,
 Cai el pájaro que trina;
 Todo bicho que camina
 Va parar al asador.

Pues allí a los cuatro vientos
 La persecución se lleva;
 Nadie escapa de la leva



Y dende que el alba asoma
 Ya recorre uno la loma,
 El bajo, el nido y la cueva.

El que vive de la caza
 A cualquier bicho se atreve,
 Que pluma o cáscara lleve,
 Pues, cuando la hambre se siente,
 El hombre le clava el diente
 A todo lo que se mueve.

En las sagradas alturas
 Esta el maistro principal
 Que enseña a cada animal
 A procurarse el sustento,
 Y le brinda el alimento
 A todo ser racional.

Y aves y bichos y pejes
 Se mantienen de mil modos:
 Pero el hombre en su acomodo
 Es curioso de oserverar:
 Es el que sabe llorar
 Y es el que los come a todos.



IV

Antes de aclarar el día
 Empieza el indio a aturdir
 La pampa con su rugir,
 Y en alguna madrugada,
 Sin que sintiéramos nada,
 Se largaban a invadir.

Primero entierran las prendas
 En cuevas como peludos;
 Y aquellos indios cerdudos,
 Siempre llenos de recelos,
 En los caballos en pelos
 Se vienen medio desnudos.

Para pegar el malón
 El mejor flete procuran;
 Y como es su arma segura
 Vienen con la lanza sola,
 Y varios pares de bolas
 Atados a la cintura.

De ese modo anda liviano
 No fatiga al mancarrón;
 Es su espuela en el malón,
 Después de bien aflao,
 Un cuernito de venao
 Que se amarra en el garrón.

El indio que tiene un pingo
 Que se llega a distinguir,
 Lo cuida hasta pa dormir;
 De ese cudao es esclavo.
 Se lo alquila a otro indio bravo
 Cuando vienen a invadir

Por vigilarlo no come
 Y ni aun el sueño concilia:
 Sólo en eso no hay desidia;
 De noche les asiguro,
 Para tenerlo siguro
 Le hace cerco la familia.

Por eso habrán visto ustedes,
 Si en el caso se han hallao,
 Y si no lo han observao,

Tenganlo dende hoy presente,
Que todo pampa valiente
Anda siempre bien montao.

Marcha el indio a trote largo,
Paso que rinde y que dura;
Viene en dirección sigura
Y jamas a su capricho;
No se les escapa bicho
En la noche mas oscura.

Caminan entre nieblas
Con un cerco bien formao;
Lo estrechan con gran cuidao
Y agarran, al aclarar,
Ñanduces, gamas, venaos,
Cuanto a podido dentrar.

Su señal es un humito
Que se eleva muy arriba,
Y no hay quien no lo aperciba
Con esa vista que tienen;
De todas partes se vienen
A engrosar la comitiva.



Ansina se van juntando,
Hasta hacer esas riuniones
Que cain en las invasiones
En número tan crecido;
Para formarla han salido
De los últimos rincones.

Es guerra cruel la del indio
Porque viene como fiera;
Atropella donde quiera
Y de asolar no se cansa;
De su pingo y de su lanza
Toda salvación espera.

Debe atarse bien la faja
Quien a aguardarlo se atreva;
Siempre mala intención lleva,
Y, como tiene alma grande,
No hay plegaria que lo ablande
Ni dolor que lo conmueva.

Odia de muerte al cristiano,
Hace guerra sin cuartel;
Para matar es sin yel,



Es fiero de condición;
No golpia la compasión
En el pecho del infiel.

Tiene la vista del águila,
Del leon la temeridá;
En el desierto no habrá
Animal que él no lo entienda,
Ni fiera de que no aprienda
Un instinto de crueldá.

Es tenaz en su barbarie:
No esperen verlo cambiar;
El deseo de mejorar
En su rudeza no cabe;
El bárbaro solo sabe
Emborracharse y peliar.

El indio nunca ríe,
Y el pretenderlo es en vano,
Ni cuando festeja ufano
El triunfo en sus correrías;
La risa en sus alegrías
Le pertenece al cristiano.

Se cruzan en el desierto
Como un animal feroz;
Dan cada alarido atroz
Que hace erizar los cabellos;
Parece que a todos ellos
Los ha maldecido Dios.

Todo el peso del trabajo
Lo dejan a las mujeres:
El indio es indio y no quiere
Apiar de su condición
Ha nacido indio ladrón
Y como indio ladrón muere.

El que envenenan sus armas
Les mandan sus hechiceras;
Y como ni a Dios veneran,
Nada a los pampa contiene:
Hasta los nombres que tienen
Son de animales y fieras.

Y son, ¡por Cristo bendito!,
Los más desasiaos del mundo:
Esos indios vagabundos,

Con repunancia me acuerdo,
Viven lo mesmo que el cerdo
En esos toldos inmundos.

Nades puede imaginar
Una miseria mayor;
Su pobreza causa horror;
No sabe aquel indio bruto
Que la tiera no da fruto
Si no la riega el sudor.

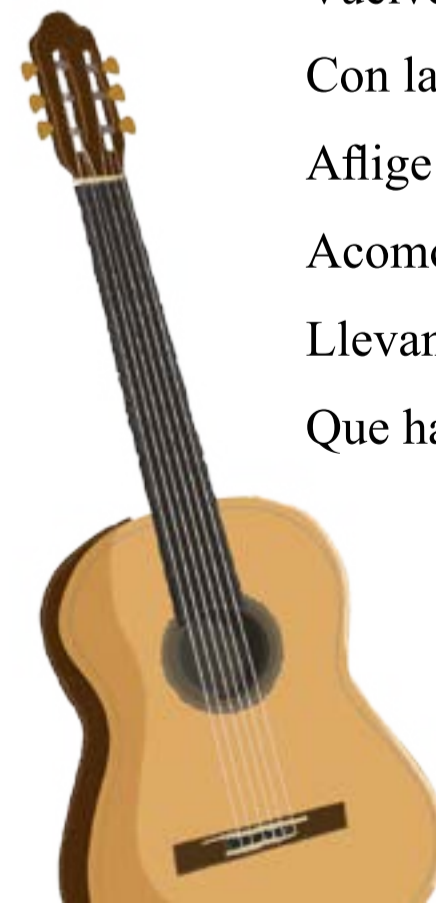


V

Aquel desierto se agita
Cuando la invasión regresa;
Llevan miles de cabezas
De vacuno y yeguarizo;
Pa no afligirse es preciso
Tener bastante firmeza.

Aquello es un hervidero
De pampas —un celemín—.
Cuando riunen el botín
Juntando toda la hacienda,
Es cantidá tan tremenda
Que no alcanza a verse el fin.

Vuelven las chinas cargadas
Con las prendas en montón;
Aflige esa destrucción:
Acomodaos en cargueros
Llevan negocios enteros
Que han saquiao en la invasión.



Su pretensión es robar,
 No quedar en el pantano;
 Viene a tierra de cristianos
 Como juria del infierno;
 No se llevan al Gobierno
 Porque no lo hallan a mano.

Vuelven locos de contento
 Cuando han venido a la fija;
 Antes que ninguno elija
 Empiezan con todo empeño,
 Como dijo un santiagueño,
 A hacerse la repartija.

Se reparten el botín
 Con igualdad, sin malicia;
 No muestra el indio codicia,
 Ninguna falta comete:
 Solo en eso se somete
 A una regla de justicia.

Y cada cual con lo suyo
 A sus toldos enderieza;
 Luego la matanza empieza



Tan sin razón ni motivo,
 Que no queda animal vivo
 De esos miles de cabezas.

Y satisfecho el salvaje
 De que su oficio ha cumplido,
 Lo pasa por ahí tendido
 Volviendo a su haraganiar,
 Y entra la china a cueriar
 Con un afán desmedido.

A veces a tierra adentro
 Algunas puntas se llevan;
 Pero hay pocos que se atrevan
 A hacer esas incursiones,
 Porque otros indios ladrones
 Les suelen pelar la breva.

Pero pienso que los pampas
 Deben de ser los más rudos;
 Aunque andan medio desnudos
 Ni su conveniencia entienden:
 Por una vaca que venden
 Quinientas matan al ñudo.

Estas cosas y otras piores
 Las he visto muchos años;
 Pero si yo no me engaño
 Concluyó ese vandalaje,
 Y esos bárbaros salvajes
 No podran hacer mas daño.

Las tribus están deshechas;
 Los caciques más altivos
 Estan muertos o cautivos,
 Privaos de toda esperanza,
 Y de la chusma y de la lanza,
 Ya muy pocos quedan vivos.

Son salvajes por completo
 Hasta pa su diversión,
 Pues hacen una junción
 Que naides se la imagina;
 Recien le toca a la china
 El hacer su papelón.

Cuando el hombre es mas salvaje
 Trata pior a la mujer:
 Yo no sé que pueda haber

Sin ella dicha ni goce.
 ¡Feliz el que la conoce
 Y logra hacerse querer!

Todo el que entiende la vida
 Busca a su lao los placeres;
 Justo es que las considere
 El hombre de corazón;
 Sólo los cobardes son
 Valientes con sus mujeres.

Pa servir a un desgraciao
 Pronta la mujer está;
 Cuando en su camino va
 No hay peligro que le asuste;
 Ni hay una a quien no le guste
 Una obra de caridá.

No se hallará una mujer
 A la que esto no le cuadre;
 Yo alabo al Eterno Padre,
 No porque las hizo bellas,
 Sino porque a todas ellas
 Les dio corazón de madre.

Es piadosa y diligente
 Y sufrida en los trabajos;
 Tal vez su valor rebajo
 Aunque la estimo bastante;
 Mas los indios inorantes
 La trata al estropajo.

Echan la alma trabajando
 Bajo el mas duro rigor;
 El marido es su señor,
 Como tirano la manda,
 Porque el indio no se ablanda
 Ni siquiera en el amor.

No tiene cariño a naides
 Ni sabe lo que es amar.
 ¿Ni que se puede esperar
 De aquellos pechos de bronce?
 Yo los conocí al llegar
 Y los calé dende entonces.

Mientras tiene qué comer
 Permanece sosegao;
 Yo que en sus toldos he estao

Y sus costumbres oservo,
 Digo que es como aquel cuervo
 Que no volvio del mandao.

Es para él como un juguete
 Escupir un crucifijo;
 Pienso que Dios los maldijo
 Y ansina al ñudo desato:
 El indio, el cerdo y el gato
 Redaman sangre del hijo.

Mas ya con cuentos de pampas
 No ocuparé su atención;
 Debo pedirles perdón,
 Pues sin querer me distraje;
 Por hablar de esos salvajes
 Me olvidé de la junción.

.....

Hacen un cerco de lanzas,
 Los indios quedan ajuera;
 Dentra la china ligera

Como yeguada en la trilla,
Y empieza allí la cuadrilla
A dar güeltas en la era.

A un lao están los caciques,
Capitanejos y el trompa
Tocando con toda pompa
Como un toque de fajina;
Adentro muere la china,
Sin que aquel circulo rompa.



Muchas veces se les oyen
A las pobres los quejidos;
Mas son lamentos perdidos:
Al rededor del cercao,
En el suelo están mamaos
Los indios dando alaridos.



Su canto es una palabra
Y de ahí no salen jamás;
Llevan todas el compás
«Ioká—ioká» repitiendo;
Me parece estarlas viendo
Mas fieras que Satanás.

Al trote dentro del cerco,
Sudando, hambrientas, juriosas,
Desgreñadas y rotosas,
De sol a sol se lo llevan:
Bailan aunque truene o llueva,
Cantando la misma cosa.



VI

El tiempo sigue su giro
Y nosotros, solitarios;
De los indios sanguinarios
No teníamos qué esperar;
El que nos salvó al llegar
Era el más hospitalario.

Mostró noble corazón,
Cristiano anhelaba ser;
La justicia es un deber,
Y sus méritos no callo:
Nos regaló unos caballos
Y a veces nos vino a ver.

A la voluntad de Dios
Ni con la intención resisto:
El nos salvó...!ah, Cristo!,
Muchas veces he deseado
No nos hubiera salvado
Ni jamás haberlo visto.



Quien recibe beneficios
Jamás los debe olvidar;
Y al que tiene que rodar
En su vida trabajosa,
Le pasan a veces cosas
Que son duras de pelar.

Voy dentrando poco a poco
En lo triste del pasaje;
Cuando es amargo el brebaje
El corazón no se alegra;
Dentró una virgüela negra
Que los diezmó

Al sentir tal mortandá
Los indios, desesperaos,
Gritaban alborotados:
«!Cristiano echando gualicho!»
No quedó en los toldos bicho
Que no salió redotao.

Sus remedios son secretos,
Los tienen las adivinan;
No los conocen las chinas

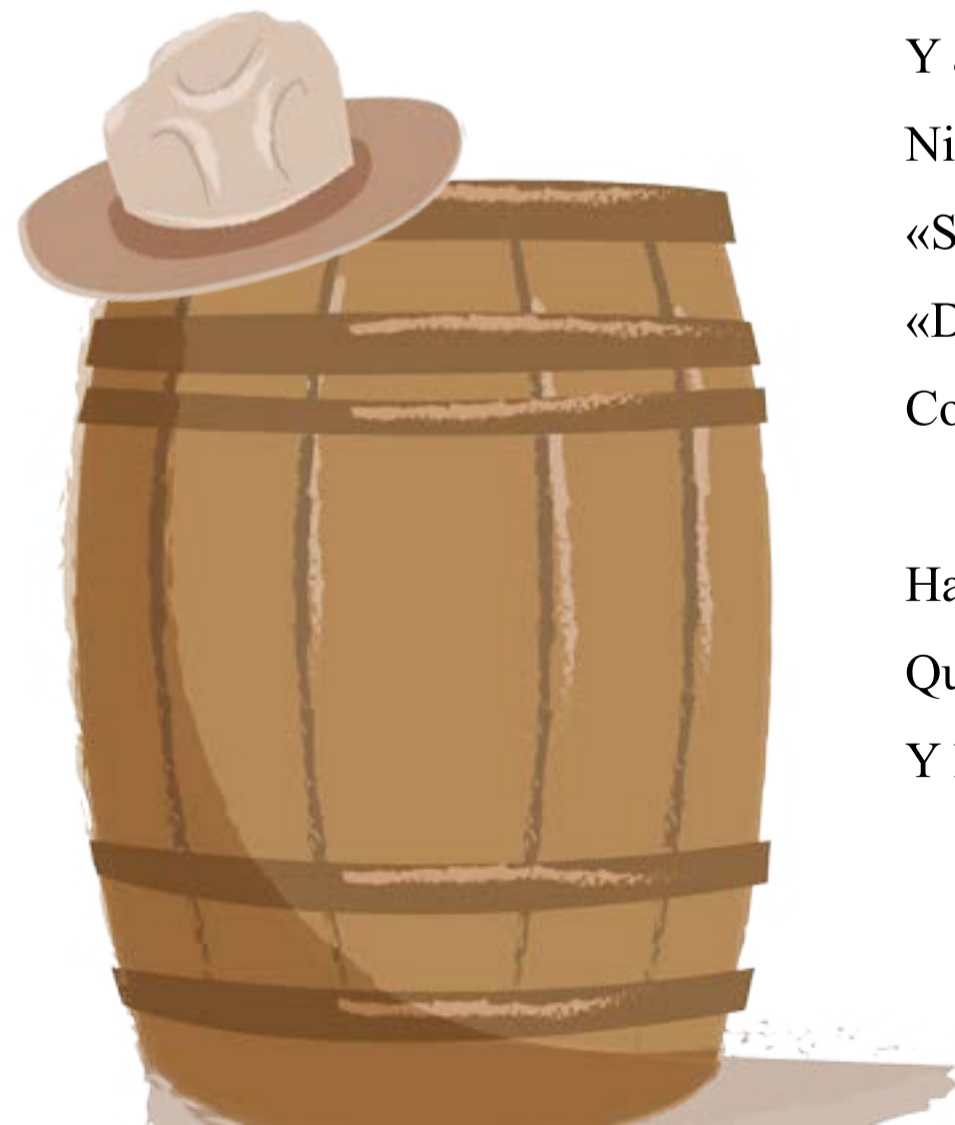


Sino alguna ya muy vieja,
Y es la que lo aconseja
Con mil embustes, la indina.

Allí soporta el paciente
Las terribles curaciones,
Pues a golpes y estrujones
Son los remedios aquellos:
Los agarran de los cabellos
Y le arrancan los mechones.

Les hacen mil herejías
Que el presenciarlas da horror;
Brama el indio de dolor
Por los tormentos que pasa,
Y untandolo todo de grasa
Lo ponen a hervir al sol.

Y puesto allí boca arriba,
Alrededor le hacen fuego;
Una china viene luego
Y al oído le da de gritos;
Hay algunos tan malditos
Que sanan con este juego.



A otros les cuecen la boca
Aunque de dolores cruja;
Lo agarran allí y lo estrujan,
Labios le quemán y diente
Con un güevo bien caliente
De alguna gallina bruja.

Conoce el indio el peligro
Y pierde toda esperanza;
Si a escapárseles alcanza
Dispara como la liebre;
Le da delirios la fiebre,
Y ya le caen con la lanza.

Esas fiebres son terribles,
Y aunque de esto no disputo
Ni de saber me reputo,
«Será», decíamos nosotros,
«De tanta carne de potro
Como comen esos brutos».

Había un gringuito cautivo
Que siempre hablaba del barco,
Y lo augaron en un charco

Por causante de la peste;
Tenía los ojos celestes
Como potrillo zarco.

Que le dieran esa muerte
Dispuso una china vieja,
Y aunque se aflige y se queja,
Es inútil que resista:
Ponía el infeliz la vista
Como la pone la oveja.

Nosotros nos alejamos
Para no ver tanto estrago;
Cruz sentía los amagos
De la peste que reinaba,
Y la idea nos acosaba
De volver a nuestros pagos.

Pero contra el plan mejor
El destino se rebela.
¡La sangre se me congela!
El que nos había salvado
Cayó también atacado
De la fiebre y la virgüela.

No podíamos dudar,
Al verlo en tal padecer,
El fin que había de tener,
Y Cruz que era tan humano:
«Vamos», me dijo, «paisano
A cumplir con un deber».

Fuimos a estar a su lado
Para ayudarlo a curar;
Lo vinieron a buscar
Y hacerle como a los otros;
Lo defendimos nosotros,
No lo dejamos lanzar.

Iba creciendo la plaga
Y la mortandá seguía.
A su lado nos tenía
Cuiandolo con pacencia,
Pero acabó su existencia
Al fin de unos pocos días.

El recuerdo me atormenta;
Se renueva mi pesar;
Me dan ganas de llorar;

Nada a mis penas igualo;
Cruz también cayó muy malo
Ya para no levantar.

Todos pueden figurarse
Cuánto tuve que sufrir;
Yo no hacía sino gemir,
Y aumentaba mi aflicción
No saber una oración
Pa ayudarlo a bien morir.

Se le pasmó la virgüela,
Y el pobre estaba en un grito;
Me recomendó un hijito
Que en su pago había dejado:
«Ha quedado abandonado».
Me dijo, «aquel pobrecito».
«Si vuelve, búsquemeló»,
Me repetía a media voz;
«En el mundo eramos dos,
Pues él ya no tiene madre;
Que sepa el fin de su padre
Y encomiende mi alma a Dios».

Lo apretaba contra el pecho,
Dominao por el dolor;
Era su pena mayor
El morir allá entre infieles
Sufriendo dolores crueles
Entrego su alma al Criador.

De rodillas a su lado
Yo lo encomendé a Jesús.
Faltó a mis ojos la luz,
Tuve un terrible desmayo;
Cai como herido del rayo
Cuando lo vi muerto a Cruz.

VII

Aquel bravo compañero
 En mis brazos espiró;
 Hombre que tanto sirvió,
 Varón que fue tan prudente,
 Por humano y por valiente
 En el desierto murió.

Y yo, con mis propias manos,
 Yo mismo lo sepulté;
 A Dios por su alma rogué
 De dolor el pecho lleno,
 Y humedeció aquel terreno
 El llanto que redamé.

Cumplí con mi obligación;
 No hay falta de que me acuse,
 Ni deber de que se escuse,
 Aunque de dolor sucumba:
 Allá señala su tumba
 Una cruz que yo le puse.



Andaba de toldo en toldo
 Y todo me fastidiaba;
 El pesar me dominaba,
 Y entregao al sentimiento
 Se me hacía cada momento
 Oír a Cruz que me llamaba.

Cual más, cual menos, los criollos
 Saben lo que es amargura;
 En mi triste desventura
 No encontraba otro consuelo
 Que ir a tirarme en el suelo,
 Al lao de su sepultura.

Allí pasaba las horas
 Sin haber naides conmigo
 Teniendo a Dios por testigo,
 Y mis pensamientos fijos
 En mi mujer y mis hijos,
 En mi pago y en mi amigo.

Privado de tantos bienes
 Y perdido en tierra ajena,
 Parece que se encadena
 El tiempo y que no pasara,
 Como si el sol se parara
 A contemplar tanta pena.



Sin saber qué hacer de mí
Y entregao a mi aflicción,
Estando allí una ocasión,
Del lao que venía el viento
Oí unos tristes lamentos
Que llamaron mi atención.

No son raros los quejidos
En los toldos del salvaje,
Pues aquél es vandalaje
Donde no se arregla nada
Sino a lanza y puñalada,
A bolazos y coraje.

No preciso juramento,
Deben creerle a Martín Fierro;
He visto en este destierro
A un salvaje que se irrita,
Degollar a una chinita
Y tirarsela a los perros.

He presenciado martirios,
He visto muchas crueldades,
Crímenes y atrocidades



Que el cristiano no imagina,
Pues ni el indio ni la china
Sabe lo que son piedades.

Quise curiosiar los llantos
Que llegaban hasta mí;
Al punto me dirigí
Al lugar de ande venían:
¡Me horroriza todavía
El cuadro que descubrí!

Era una infeliz mujer
Que estaba de sangre llena,
Y como una madalena
Lloraba con toda gana;
Conocí que era cristiana
Y esto me dio mayor pena.

Cauteloso me acerqué
A un indio que estaba al lao,
Porque el pampa es desconfiao
Siempre de todo cristiano,
Y vi que tenía en la mano
El rebenque ensangrentao.



VIII

Mas tarde supe por ella,
De manera positiva,
Que dentró una comitiva
De pampas a su partido,
Mataron a su marido
Y la llevaron cautiva.

En tan dura servidumbre
Hacían dos años que estaba;
Un hijito que llevaba
A su lado lo tenía.
La china la aborrecía
Tratandola como esclava.

Deseaba para escaparse
hacer una tentativa,
Pues a la infeliz cautiva
Naidés la va a redimir,
Y allí tiene que sufrir
El tormento mientras viva.



Aquella china perversa,
Dende el punto que llegó,
Crueldá y orgullo mostró
Porque el indio era valiente:
Usaba un collar de dientes
De cristianos que él mató.

La mandaba a trabajar,
Poniendo cerca a su hijito
Tiritando y dando gritos,
Por la mañana temprano,
Atado de pies y manos
Lo mesmo que un corderito.

Ansí le imponía tarea
De juntar leña y sembrar
Viendo a su hijito llorar,
Y hasta que no terminaba,
La china no la dejaba
Que le diera de mamar.

Cuando no tenían trabajo
La emprestaban a otra china,
«Naidés», decía, «se imagina,

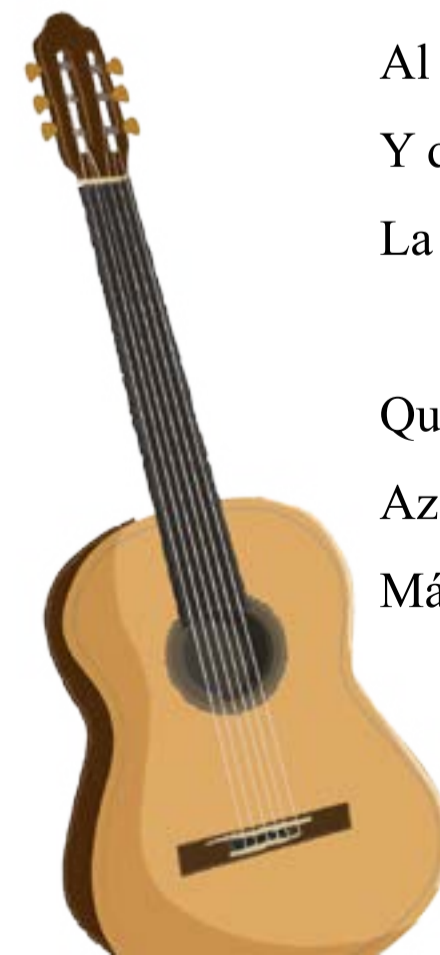


Ni es capaz de presumir
Cuanto tiene que sufrir
La infeliz que esta cautiva.

Si ven crecido a su hijito,
Como de piedá no entienden
Y a suplicas nunca atienden,
Cuando no es éste es el otro,
Se lo quitan y lo venden
O lo cambian por un potro.

En la crianza de los suyos
Son bárbaros por demás.
No lo había visto jamás:
En una tabla los atan,
Los crían así, y les achatan
La cabeza por detrás.

Aunque esto parezca extraño,
Ninguno lo ponga en duda:
Entre aquella gente ruda,
En su bárbara tropeza,
Es gala que la cabeza
Se les forme puntiaguda.



Aquella china malvada,
Que tanto la aborrecía,
Empezó a decir un día,
Porque falleció una hermana,
Que sin duda la cristiana
Le había echado brujería

El indio la sacó al campo
Y la empezó a amenazar
Que le había de confesar
Si la brujería era cierta;
O que la iba a castigar
Hasta que quedara muerta.

Llora la pobre afligida,
Pero el indio, en su rigor,
Le arrebató con juror
Al hijo de entre sus brazos,
Y del primer rebencazo
La hizo crujir de dolor.

Que aquel salvaje tan cruel
Azotándola seguía;
Más y más se enfurecía



Cuanto mas la castigaba
Y la infeliz se atajaba
Los golpes como podía.

Que le gritó muy furioso
«Confechando no querés;»
La dio vuelta de un revés
Y, por colmar su amargura,
A su tierna criatura
Se la desgolló a los pies.

«Es increíble» me decía,
«Que tanta fiereza esista;
No habrá madre que resista;
Aquel salvaje inclemente
Cometió tranquilamente
Aquel crimen a mi vista.»

Esos horrores tremendos
No los inventa el cristiano:
«Es bárbaro inhumano»
—Sollozando me lo dijo—
«Me amarró luego las manos
Con las tripitas de mi hijo.»

IX

De ella fueron los lamentos
Que en mi soledá escuché:
En cuanto al punto llegué,
Quedé enterado de todo:
Al mirarla de aquel modo
Ni un instante tutubié.

Toda cubierta de sangre
Aquella infeliz cautiva,
Tenía dende abajo arriba
Las marcas de los lazazos:
Sus trapos echos pedazos
Mostraban la carne viva.

Alzó los ojos al cielo
En sus lágrimas bañada;
Tenía las manos atadas;
Su tormento estaba claro;
Y me clavó una mirada
Como pidiéndome amparo.

Yo no sé lo que pasó
 En mi pecho en ese instante;
 Estaba el indio arrognte
 Con una cara feroz:
 Para entendernos los dos
 La mirada fue bastante.



Pegó un brinco como gato
 Y me ganó la distancia,
 Aprovechó esa distancia
 Como fiera cazadora:
 Desató las boliadoras
 Y aguardó con vigilancia.



Aunque yo iba de curioso
 Y no por buscar contienda,
 Al pingo le até la rienda,
 Eché mano dende luego
 A éste que no yerra juego,
 Y ya se armó la tremenda.

El peligro en que me hallaba
 Al momento conocí;
 Nos mantuvimos así,

Me miraba y lo miraba:
 Yo al indio le desconfiaba,
 Y él me descofiaba a mí.

Se debe ser precavido
 Cuando el indio se agazape:
 En esa postura el tape
 Vale por cuatro o por cinco;
 Como el tigre es para el brinco
 Y fácil que a uno lo atrape.

Peligro era atropellar
 Y era peligro el juir,
 Y más peligro seguir
 Esperando de ese modo,
 Pues otros podían venir
 Y carniarme allí entre todos.

A juerza de precaución
 Muchas veces he salvado,
 Pues es un trance apurado
 Es mortal cualquier descuido;
 Si Cruz hubiera vivido
 No habría tenido cuidado.



Un hombre junto con otro
 En valor y en juerza crece;
 El temor desaparece;
 Escapa de cualquier trampa;
 Entre dos, no digo a un pampa,
 A la tribu, si se ofrece.



En tamaña incertidumbre,
 En trance tan apurado,
 No podía por de contado
 Escarparme de otra suerte,
 Sino dando al indio muerte
 O quedando allí estirado.

Y como el tiempo pasaba
 Y aquel asunto me urgía,
 Viendo que él no se movía
 Me juí medio de soslayo
 Como a agarrarle el caballo,
 A ver si se me venía.

Así jué, no aguardó más
 Y me atropelló el salvaje;
 Es preciso que se ataje



Quien con el indio pelee;
 El miedo de verse a pie
 Aumentaba su coraje.

En la dentrada no más
 Me largó un par de bolazos;
 Uno me tocó en un brazo;
 Si me da bien, me lo quiebra,
 Pues las bolas son de piedra
 Y vienen como balazo.

A la primer puñalada
 El pampa se hizo un ovillo;
 Era el salvaje mas pillo
 Que he visto en mis correrías,
 Y, a más de las picardías,
 Arisco para el cuchillo.

Las bolas las manejaba
 Aquel bruto con destreza;
 Las recogía con presteza
 Y me las volvía a largar,
 Haciéndomelas silbar
 Arriba de la cabeza.



Aquel indio, como todos,
 Era cauteloso... ¡ahijuna!
 Ahí me valió la fortuna
 De que peliando se apotra
 Me amenazaba con una
 Y me largaba con otra.

Me sucedió una desgracia
 En aquel percance amargo;
 En momento que lo cargo
 Y que él reculando va,
 Me enredé en el chiripá
 Y caí tirao largo a largo.

Ni pa encomendarme a Dios
 Tiempo el salvaje me dio;
 Cuanto en el suelo me vio
 Me saltó con ligereza:
 Juntito de la cabeza
 El bolazo retumbó.

Ni por respeto al cuchillo
 Dejó el indio de apretarme;
 Allí pretende ultimarme

Sin dejarme levantar,
 Y no me daba lugar
 Ni siquiera a enderezarme.

De balde quiero moverme:
 Aquel indio no me suelta.
 Como persona resuelta
 Toda mi juerza ejecuto,
 Pero abajo de aquel bruto
 No podía ni darme güelta.

¡Bendito, Dios poderoso,
 Quien te puede comprender!
 Cuando a una débil mujer
 Le diste en esa ocasión
 La juerza que en un varón
 Tal vez no pudiera haber.

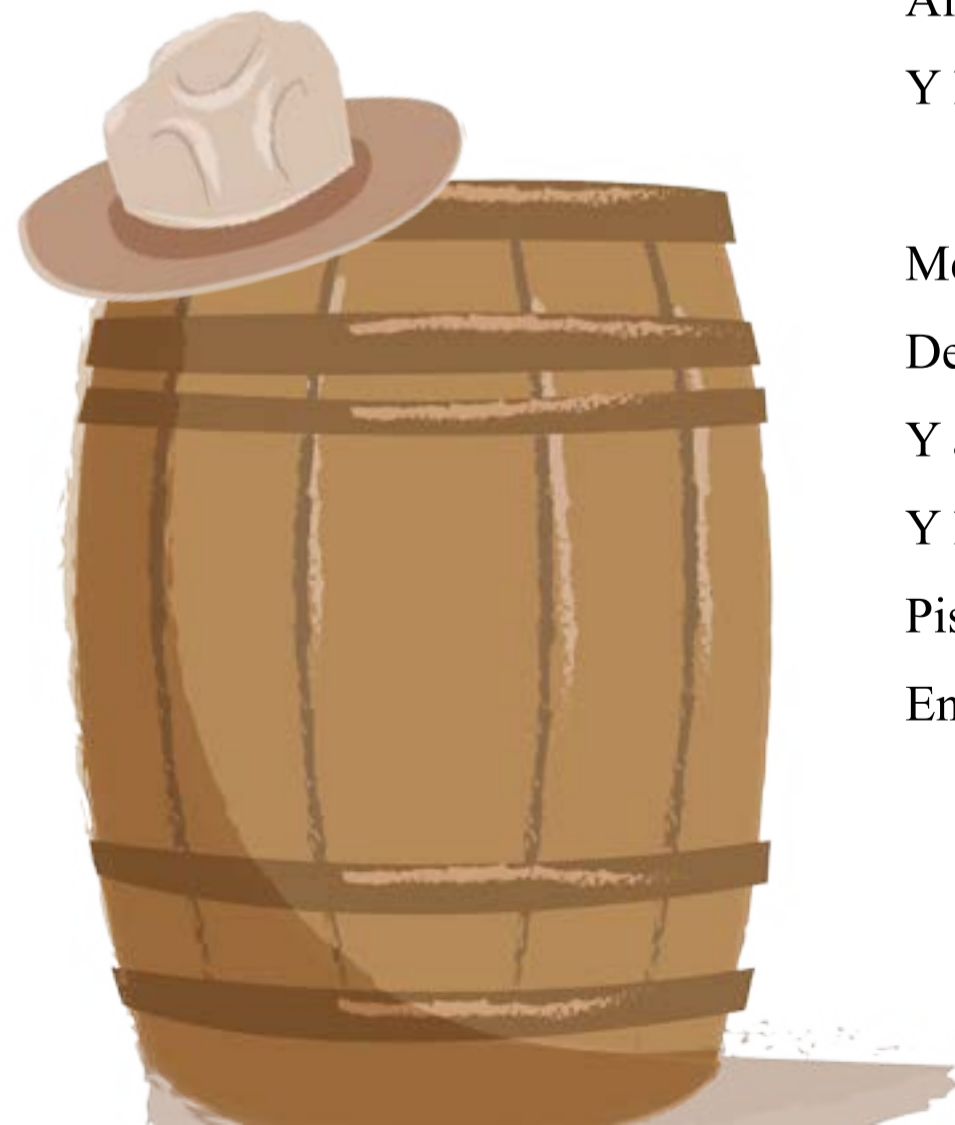
Esa infeliz tan llorosa,
 Viendo el peligro se anima;
 Como una flecha se arrima
 Y olvidando su aflicción,
 Le pegó al indio un tirón
 Que me lo sacó de encima.

Ausilio tan generoso
 Me libertó del apuro;
 Si no es ella, de seguro
 Que el indio me sacrifica;
 Y mi valor se duplica
 Con un ejemplo tan puro.

En cuanto me enderecé
 Nos volvimos a topar,
 No se podía descansar
 Y me chorriaba el sudor:
 En un apuro mayor
 Jamás me he vuelto a encontrar.

Tampoco yo le daba alce
 Como deben suponer;
 Se había aumentao mi quehacer
 Para impedir que el brutazo
 Le pegar algún bolazo
 De rabia a aquella mujer.

La bola en manos del indio
 Es terrible y muy ligera;
 Hace de ella lo que quiera



Saltando como una cabra.
 Mudos, sin decir palabra,
 Peliábamos como fieras.

Aquel duelo en el desierto
 Nunca jamás se me olvida;
 Iba jugando la vida
 Con tan terrible enemigo,
 Teniendo allí de testigo
 A una mujer afligida.

Cuanto él más se enfurecía
 Yo más me empiezo a calmar;
 Mientras no logra matar
 El indio no se desfoga;
 Al fin le corté una soga
 Y lo empecé a aventajar.

Me hizo sonar las costillas
 De un bolazo aquel maldito;
 Y al tiempo que le di un grito
 Y le dentro como bala,
 Pisa el indio, y se refala
 En el cuerpo del chiquito.

Para explicar el misterio
 Es muy escasa mi cencia:
 Lo castigó, en mi conciencia,
 Su Divina Majestá;
 Donde no hay casualidá
 Suele estar la Providencia.

En cuanto trastabilló
 Más de firme lo cargué,
 Y aunque de nuevo hizo pie
 Lo perdió aquella pisada;
 Pues en esa atropellada
 En dos partes lo corté.

Al sentirse lastimao
 Se puso medio afligido,
 Pero era indio decidido,
 Su valor no se aquebranta;
 Le salían de la garganta
 Como una especie de aullidos.

Lastimao en la cabeza,
 La sangre lo enceguecía;
 De otra herida le salía

Haciendo un charco ande estaba,
 Con los pies chapaliaba
 Sin aflojar todavía.

Tres figuras imponentes
 Formábamos aquel terno:
 Ella en su dolor materno,
 Yo con la lengua dejuera,
 Y el salvaje como fiera
 Disparada del infierno.

Iba conociendo el indio
 Que tocaban a degüello:
 Se le erizaba el cabello
 Y los ojos revolvía;
 Los labios se le perdían
 Cuando iba a tomar resuello.

En una nueva dentrada
 Le pegué un golpe sentido,
 Y al verse ya malherido,
 Aquel indio furibundo
 Lanzó un terrible alrido
 Que retumbó como un ruido
 Si se sacudiera el mundo.

Al fin de tanto lidiar,
 En el cuchillo lo alcé,
 En peso lo levanté
 Aquel hijo del desierto;
 Ensartado lo llevé,
 Y allá recién lo largué
 Cuando ya lo sentí muerto.



Me persiné dando gracias
 De haber salvado la vida;
 Aquella pobre afligida,
 De rodillas en el suelo,
 Alzó sus ojos al cielo
 Sollozando dolorida.



Me hiqué también a su lado
 A dar gracias a mi santo;
 En su dolor y quebranto
 Ella, a la Madre de Dios,
 Le pide en su triste llanto
 Que nos ampare a los dos.

Se alzó con pausa de leona
 Cuando acabó de implorar,
 Y, sin dejar de llorar,
 Envolvió en uno trapitos
 Los pedazos de su hijito,
 Que yo le ayudé a juntar.

X

Dende ese punto era juerza
 Abandonar el desierto,
 Pues me hubieran descubierta,
 Y aunque lo maté en pelea,
 De fijo que me lancean
 Por vengar al indio muerto.



A la afligida cautiva
 Mi caballo le ofrecí:
 Era un pingo que adquiriré,
 Y, donde quiera que estaba,
 En cuanto yo lo silbaba
 Venía a refregarse en mí.



Yo me lo senté al del pampa;
 Era un oscuro tapao
 (Cuando me hallo bien montao
 De mis casillas me salgo),
 Y era un pingo como galgo
 Que sabía correr boliao.



Para correr en el campo
 No hallaba ningun tropiezo;
 Los ejercitan en eso,
 Y los ponen como luz,
 De dentrarle a un aveztruz
 Y boliar bajo el pescuezo.

El pampa educa al caballo
 Como pa un etrevero:
 Como rayo es de ligero
 En cuando el indio lo toca,
 Y como trompo en la boca
 Da gueltas sobre un cuero.



Lo varea en la madrugada
 (Jamás falta a este deber),
 Luego lo enseña a correr
 Entre fangos y guadales:
 Asina esos animales
 Es cuanto se puede ver.

En el caballo de un pampa
 No hay peligro de rodar,
 ¡Jue pucha!, y pa disparar



Es pingo que no se cansa;
 Con prolijidad lo amansa
 Sin dejarlo corcoviar.

Pa quitarle las cosquillas
 Con cuidao lo manosea;
 Horas enteras emplea,
 Y, por fin, sólo lo deja
 Cuando agacha las orejas
 Y ya el potro ni cocea.

Jamás le sacude un golpe,
 Porque lo trata al bagual
 Con paciencia sin igual
 —Al domarlo no le pega—,
 Hasta que al fin se le entrega
 Ya dócil el animal.

Y aunque yo sobre los bastos
 Me sé sacudir el polvo,
 A esa costumbre me amoldo:
 Con pacencia lo manejan
 Y al día siguiente lo dejan
 Rienda arriba junto al toldo.



Ansí todo el que procure
 Tener un pingo modelo,
 Lo ha de cuidar con desvelo
 Y debe impedir también
 El que de golpes le den
 O tireen en el suelo.

Muchos quieren dominarlo
 Con el rigor y el azote,
 Y, si ven al chafalote
 Que tiene trazas de malo,
 Lo embraman en algún palo
 Hasta que se descogote.

Todos se vuelven pretestos
 Y güeltas para ensillarlo;
 Dicen que es por quebrantarlo,
 Mas compriende cualquier bobo
 Que es de miedo del corcovo,
 Y no quieren confesarlo.

El animal yeguarizo
 —Perdónenme esta alvertencia—
 Es de mucha conciencia



Y tiene mucho sentido;
 Es animal consentido:
 Lo cautiva la pacencia.

Aventaja a los demás
 El que estas cosas entienda;
 Es bueno que el hombre aprienda,
 Pues hay pocos domadores
 Y muchos frangoyadores
 Que andan de bozal y, rienda.

.....

Me vine, como les digo,
 Trayendo esa compañera;
 Marchamos la noche entera,
 Haciendo nuestro camino,
 Sin más rumbo que el destino
 Que nos llevara ande quiera.

Al muerto, en un pajonal
 Había tratao de enterrarlo,
 Y después de maniobrarlo
 Lo tapé bien con las pajas,
 Para llevar de ventaja
 Lo que emplearan en hallarlo.

En notando nuestra ausiencia
 Nos habían de perseguir,
 Y, al decidirme a venir,
 Con todo mi corazón
 Hice la resolución
 De peliar hasta morir.

Es un peligro muy serio
 Cruzar juyendo el desierto:
 Muchísimos de hambre han muerto,
 Pues en tal desasosiego
 No se puede ni hacer juego,
 Para no ser descubierto.

Sólo el albitrio del hombre
 Puede ayudarlo a salvar:
 No hay auxilio que esperar,
 Sólo de Dios hay amparo;
 En el desierto es muy raro
 Que uno se pueda escapar.

¡Todo es cielo y horizonte
 En inmenso campo verde!
 ¡Pobre de aquel que se pierde

O que su rumbo estravea!
 Si alguien cruzarlo desea,
 Este consejo recuerde:

Marque su rumbo de día
 Con toda fidelidá;
 Marche con puntualidá,
 Sigiéndoló con fijeza,
 Y, si duerme, la cabeza
 Ponga para el lao que va.

Oserve con todo esmero
 Adonde el sol aparece;
 Si hay ñeblina y le entorpece
 Y no lo puede oserver,
 Guárdese de caminar,
 Pues quien se pierde perece.

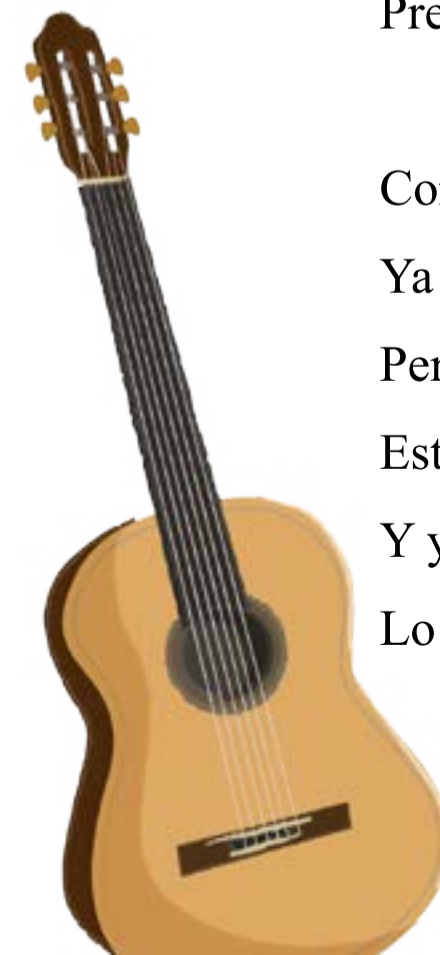
Dios le dio istintos sutiles
 A toditos los mortales;
 El hombre es uno de tales,
 Y en las llanuras aquellas,
 Lo guían el sol, las estrellas,
 El viento y los animales.

Para ocultarnos de día
 A la vista del salvaje,
 Ganábamos un paraje
 En que algún abrigo hubiera,
 A esperar que anoheciera
 Para seguir nuestro viaje.

Penurias de toda clase
 Y miserias padecemos:
 Varias veces no comimos
 O comimos carne cruda,
 Y en otras, no tengan duda,
 Con raíces nos mantuvimos.

Después de mucho sufrir
 Tan peligrosa inquietú,
 Alcanzamos con salú
 A divisar una sierra,
 Y al fin pisamos la tierra
 En donde crece el ombú.

Nueva pena sintió el pecho
 Por Cruz, en aquel paraje,
 Y en humilde vasallaje



A la Majestá infinita,
 Besé esta tierra bendita,
 Que ya no pisa el salvaje.

Al fin la misericordia
 De Dios nos quiso amparar;
 Es preciso soportar
 Los trabajos con constancia:
 Alcanzamos a una estancia
 Después de tanto penar.

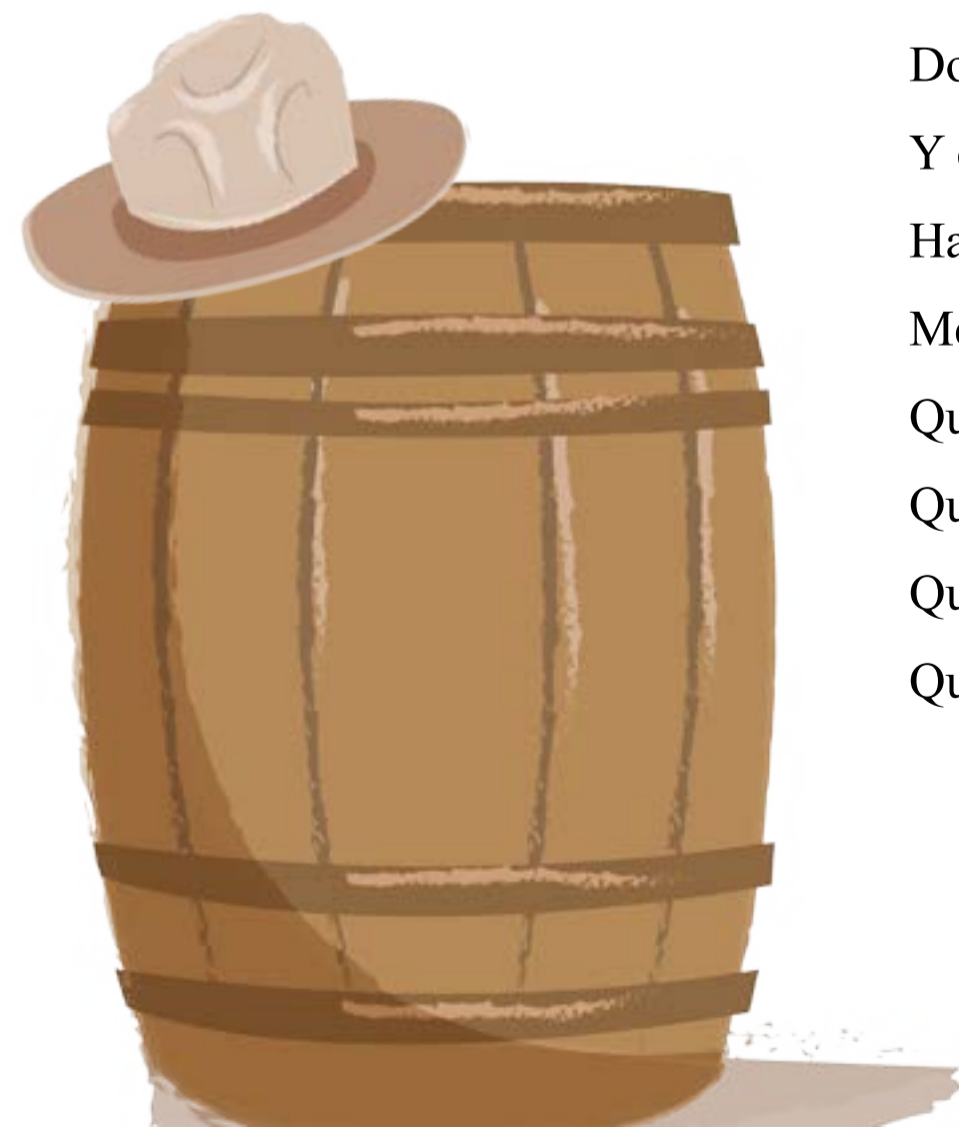
Ah¡ mesmo me despedí
 De mi infeliz compañera:
 «Me voy», le dije, «ande quiera,
 Aunque me agarre el Gobierno,
 Pues, infierno por infierno
 Prefiero el de la frontera.»

Concluyo esta relación,
 Ya no puedo continuar;
 Permítanmé descansar:
 Estan mis hijos presentes,
 Y yo ansioso porque cuenten
 Lo que tengan que contar.



XI

Y mientras que tomo un trago
 Pa refrescar el garguero,
 Y mientras tiempla el muchacho
 Y prepara su instrumento,
 Les contaré de qué modo
 Tuvo lugar el encuentro.
 Me acerqué a algunas estancias
 Por saber algo de cierto,
 Creyendo que en tantos años
 Esto se hubiera compuesto;
 Pero cuanto saqué en limpio
 Jué que estábamos lo mesmo.
 Así, me dejaba andar
 Haciéndome el chanco rengo,
 Porque no me convenía
 Revolver el avispero;
 Pues no inorarán ustedes
 Que en cuentas con el Gobierno
 Tarde o temprano lo llaman



Al pobre a hacer el arreglo.
 Pero al fin tuve la suerte
 De hallar un amigo viejo
 que de todo me informó,
 Y por él supe al momento
 Que el Juez que me perseguía
 Hacía tiempo que era muerto:
 Por culpa suya he pasado
 Diez años de sufrimiento
 Y no son pocos diez años
 Para quien ya llega a viejo.
 Y los he pasado así,
 Si en mi cuenta no me yerro:
 Tres años en la frontera,
 Dos como gaucho matrero,
 Y cinco allá entre los indios
 Hacen los diez como yo cuento.
 Me dijo, a más, ese amigo
 Que anduviera sin recelo,
 Que todo estaba tranquilo,
 Que no perseguía el Gobierno,
 Que ya naidés se acordaba

De la muerte del moreno,
 Aunque si yo lo maté
 Mucha culpa tuvo el negro.
 Estuve un poco imprudente,
 Puede ser, yo lo confieso,
 Pero el me precipitó,
 Porque me cortó primero,
 Y a más me cortó la cara,
 Que es un asunto muy serio.
 Me aseguró el mismo amigo
 Que ya no había ni el recuerdo
 De aquel que en la pulpería
 Lo dejé mostrando el sebo.
 El de engreído, me buscó:
 Yo ninguna culpa tengo;
 El mismo vino a peliarme,
 Y tal vez me hubiera muerto
 Si le tengo más confianza
 O soy un poco más lerdo.
 Fue suya toda la culpa
 Porque ocasionó el suceso.
 Que ya no hablaban tampoco,
 Me lo dijo muy de cierto,
 De cuando con la partida
 Llegué a tener el encuentro.

Esa vez me defendí
 Como estaba en mi derecho,
 Porque fueron a prenderme
 De noche y en campo abierto:
 Se me acercaron con armas,
 Y, sin darme voz de preso,
 Me amenazaron a gritos
 De un modo que daba miedo,
 Que iban a arreglar mis cuentas,
 Tratándome de matrero:
 Y no era el jefe el que hablaba
 Sino un cualquiera de entre ellos,
 Y ése, me parece a mí
 No es modo de hacer arreglos,
 Ni con el que es inocente,
 Ni con el culpable menos.
 Con semejantes noticias
 Yo me puse muy contento
 Y me presenté ande quiera
 Como otros pueden hacerlo.
 De mis hijos he encontrado
 Sólo a dos hasta el momento,
 Y de ese encuentro feliz
 Le doy las gracias al Cielo.
 A todos cuantos hablaba

Les preguntaba por ellos,
 Mas no me da ninguno
 Razón de su paradero.
 Casualmente, el otro día
 Llegó a mi conocimiento
 De una carrera muy grande
 Entre varios estancieros,
 Y juí como uno de tantos,
 Aunque no llevaba un medio.
 No faltaban, ya se entiende,
 En aquel gauchaje inmenso,
 Muchos que ya conocían
 La historia de Martín Fierro;
 Y allí estaban los muchachos
 Cuidando unos parejeros.
 Cuando me oyeron nombrar
 Se vinieron al momento,
 Diciéndome quiénes eran
 Aunque no me conocieron,
 Porque venía muy aindiao
 Y me encontraban muy viejo.
 La junción de los abrazos
 De los llantos y los besos



Se deja pa las mujeres,
 Como que entienden el juego.
 Pero el hombre, que comprende
 Que todos hacen lo mismo,
 En público canta y baila,
 Abraza y llora en secreto.
 Lo único que me han contado
 Es que mi mujer a muerto;
 Que en procuras de un muchacho
 Se jue la infeliz al pueblo,
 Donde infinitas miserias
 Habrá sufrido, por cierto;
 Que, por fin, a un hospital
 Jué a parar medio muriendo,
 Y en ese abismo de males
 Falleció al muy poco tiempo.
 Les juro que de esa pérdida
 Jamás he de hallar consuelo,
 Muchas lágrimas me cuesta
 Dende que supe el suceso.
 Mas dejemos cosas tristes
 Aunque alegrías no tengo;
 Me parece que el muchacho



Ha templao y está dispuesto
Vamos a ver qué tal lo hace
Y a juzgar su desempeño.
Ustedes no lo conocen
Yo tengo confianza en ellos,
No porque lleven mi sangre
—Eso juera de lo menos—,
Sino porque dende chicos
Han vivido padeciendo.
Los dos son aficionados;
Les gusta jugar con juego,
Vamos a verlos correr:
Son cojos... hijos de rengo.



El hijo mayor de Martín Fierro



XII La penitenciaría

Aunque el gajo se parece
Al árbol de donde sale,
Solía decirlo mi madre,
Y en su razón estoy fijo:
«Jamás puede hablar el hijo
Con la autoridad del padre».

Recordarán que quedamos
Sin tener donde abrigarnos,
Ni ramada ande ganarnos,
Ni rincón ande meternos,
Ni camisa que ponernos.
Ni poncho con que taparnos.

Dichoso aquel que no sabe
Lo que es vivir sin amparo;
Yo con verdá les declaro,
Aunque es por demás sabido,
Dende chiquito he vivido
En el mayor desamparo.

No le mermam el rigor
Los mismos que le socorren;
tal vez porque no se borren
Los decretos del destino,
De todas parten lo corren
Como ternero dañino.

Y vive como los bichos
Buscando alguna rendija;
El güerfano es sabandija
Que no encuentra compasión,
Y el que anda sin dirección
Es guitarra sin clavija.

Sentiré que cuanto digo
A algún oyente le cuadre.
Ni casa tenía, ni madre,
Ni parentela, ni hermanos;
Y todos limpian sus manos
En el que vive sin padre.

Lo cruza éste de un lazazo
Lo abomba aquél de un moquete,
Otro le busca el cachete,

Y, entre tanto soportar,
Suele a veces no encontrar
Ni quien le arroje un zoquete

Si lo recogen, lo tratan
Con la mayor rigidez;
Piensan que es mucho tal vez,
Cuando ya muestra el pellejo,
Si le dan un trapo viejo
Pa cubrir su desnudez.

Me crié, pues, como les digo,
Desnudo a veces y hambriento;
Me ganaba mi sustento,
Y así los años pasaban;
Al ser hombre me esperaban
Otra clase de tormentos.

Pido a todos que no olviden
Lo que les voy a decir;
En la escuela del sufrir
He tomado mis lecciones,
Y hecho muchas reflexiones
Dende que empecé a vivir.

Si alguna falta cometo
La motiva mi inorancia;
No vengo con arrogancia
Y les diré, en conclusión,
Que trabajando de pión
Me encontraba en una estancia.

El que manda siempre puede
Hacerle al pobre un calvario;
A un vecino propietario
Un boyero le mataron,
Y aunque a mí me lo achacaron
Salió cierto en el sumario.

Piensen los hombres honrados
En la vergüenza y la pena
De que tendría el alma llena
Al verme, ya tan temprano,
Igual a los que sus manos
Con el crimen envenenan.

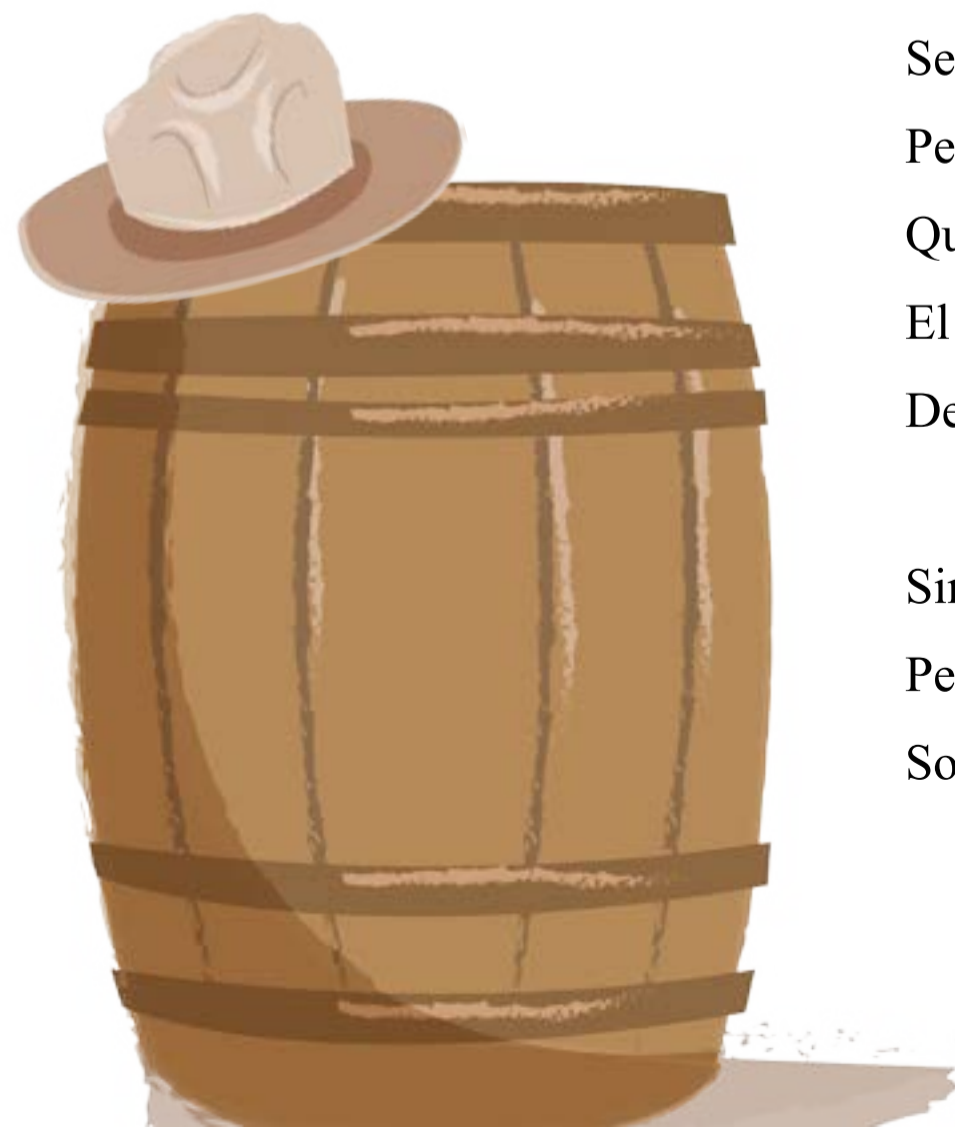
Declararon otros dos
Sobre el caso del dijunto,
Mas no se aclaró el asunto,

Y el Juez, por darlas de listo,
«Amarrados como un Cristo»,
Nos dijo, «irán todos juntos».

«A la justicia ordinaria
Voy a mandar a los tres.»
Tenía razón aquel Juez,
Y cuantos así amenacen;
Ordinaria... es como la hacen:
Lo he conocido después.

Nos remitió, como digo,
A esa Justicia Ordinaria,
Y juimos con la sumaria
A esa cárcel de malevos
Que, por un bautismo nuevo,
Le llaman Penitenciaria.

El porqué tiene ese nombre
Naides me lo dijo a mí,
Mas yo me lo esplico así:
Le diran Penitenciaria
Por la penitencia diaria,
Que se sufre estando allí.



Criollo que cai en desgracia
Tiene que sufrir un poco;
Naides lo ampara tampoco
Si no cuenta con recursos.
El gringo es de más discurso:
Cuando mata, se hace el loco.

No sé el tiempo que corrió
En aquella sepultura;
Si de ajuera no lo apuran,
El asunto va con pausa;
Tienen la presa sigura
Y dejan dormir la causa.

Inora el preso a que lado
Se inclinará la balanza,
Pero es tanta la tardanza
Que yo les digo por mí:
El hombre que dentre allí
Deje ajuera la esperanza.

Sin perfeccionar las leyes
Perfeccionan el rigor;
Sospecho que el inventor

Habrá sido algún maldito:
Por grande que sea un delito,
Aquella pena es mayor.

Eso es para quebrantar
El corazón mas altivo;
Los llaveros son pasivos,
Pero más secos y duros
Tal vez que los mismos muros
En que uno gime cautivo.

No es en grillo ni en cadenas
En lo que usted penará,
Sino en una soledá
Y un silencio tan profundo,
Que parece que en el mundo
Es el único que está.

El más altivo varón
Y de cormillo gastao
Allí se verá agobiao
Y su corazón marchito,
Al encontrarse encerrao
A solas con su delito.



En esa cárcel no hay toros,
Allí todos son corderos;
No puede el más altanero,
Al verse entre aquellas rejas,
Sino amujar las orejas
Y sufrir callao su encierro.

Y digo a cuantos inoran
El rigor de aquellas penas,
Yo, que sufrí las cadenas
Del destino y su inclemencia:
Que aprovechen la esperencia
Del mal en cabeza ajena.

¡Ay! madres, las que dirigen
Al hijo de sus entrañas,
No piensen que las engaña,
Ni que les habla un falsario
Lo que es el ser presidiario
No lo sabe la campaña.

Hijas, esposas, hermanas,
Cuantas quieren a un varón,
Díganles que esa prisión



Es un infierno temido,
 Donde no se oye más ruido
 Que el latir del corazón.

Allá el día no tiene sol,
 La noche no tiene estrellas;
 Sin que le valgan querellas
 Encerrao lo purifican,
 Y sus lágrimas salpican
 En las paredes aquellas.

En soledá tan terrible
 De su pecho oye el latido;
 Lo sé, porque lo he sufrido,
 Y, creameló el aulitorio,
 Tal vez en el purgatorio
 Las almas hagan más ruido.

Cuentan esas horas eternas
 Para más atormentarse;
 Su lágrima al redamarse
 Calcula, en sus afliciones,
 Contando sus pulsaciones,
 Lo que dilata en secarse.

Allí se amansa el más bravo,
 Allí se duebla el más juerte;
 El silencio es de tal suerte
 Que, cuando llegue a venir,
 Hasta se le han de sentir
 Las pisadas a la muerte.

Adentro mesmo del hombre
 Se hace una revolución:
 Metido en esa prisión,
 De tanto no mirar nada,
 Le nace y queda grabada
 La idea de la perfección.

En mi madre, en mis hermanos,
 En todos pensaba yo;
 Al hombre que allí dentró
 De memoria más ingrata,
 Fielmente se le retrata
 Todo cuanto ajuera vio.

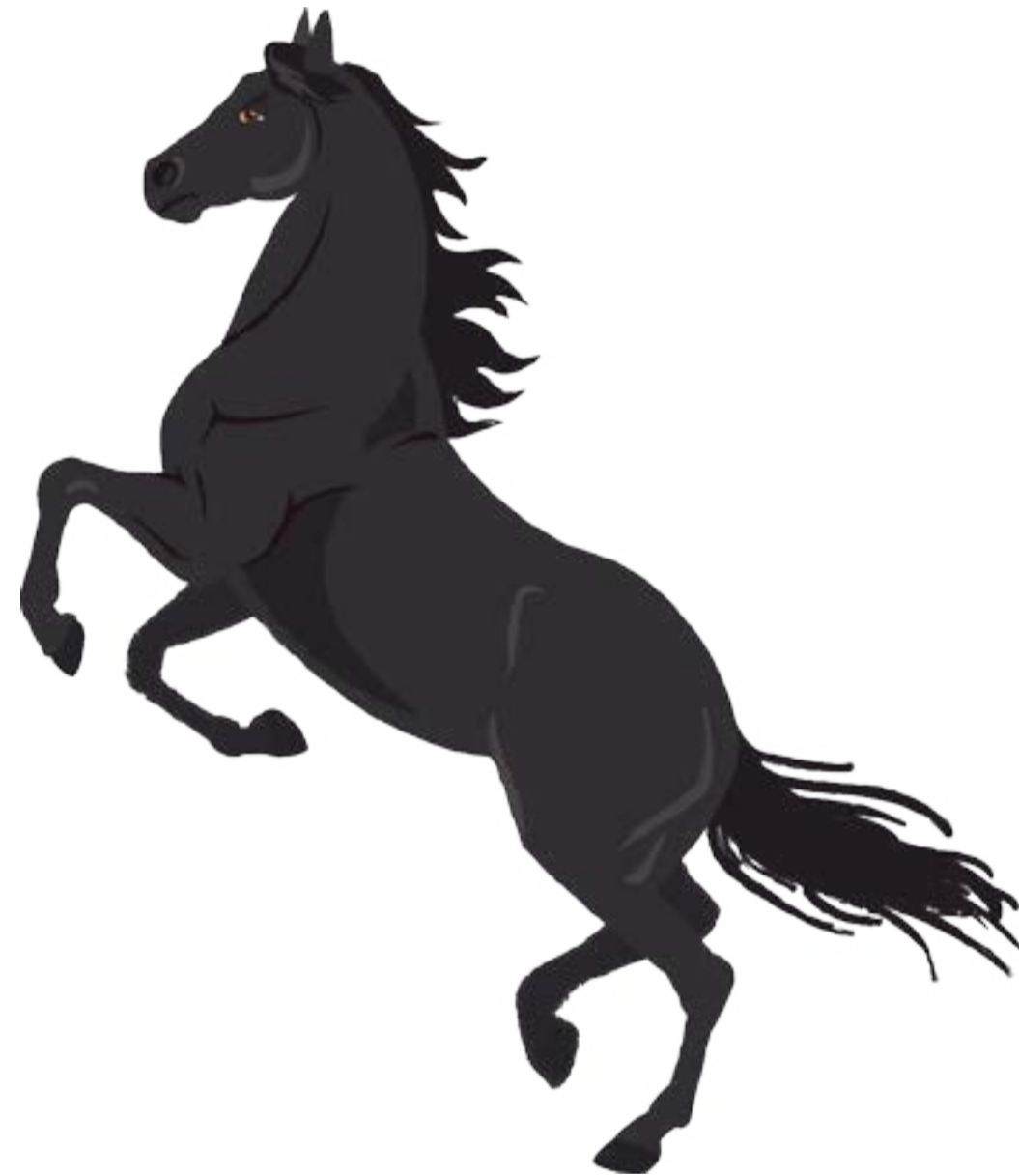
Aquel que ha vivido libre
 De cruzar por donde quiera,
 Se aflige y se desespera

De encontrarse allí cautivo:
Es un tormento muy vivo
Que abate la alma más fiera.

En esa estrecha prisión,
Sin poderme conformar,
No cesaba de esclamar:
¡Qué diera yo por tener
Un caballo en que montar
Y una pampa en que correr!

En un lamento constante
Se encuentra siempre embretao;
El castigo han inventao
De encerrarlo en las tinieblas,
Y allí esta como amarrao
A un fierro que no se duebla.

No hay un pensamiento triste
Que al preso no lo atormente;
Baja un dolor permanente
Agacha al fin la cabeza,
Porque siempre es la tristeza
Hermana de un mal presente.



Vierten lágrimas sus ojos,
Pero su pena no alivia;
En esa constante lidia
Sin un momento de calma,
Contempla con los del alma
Felicidades que envidia.

Ningún consuelo penetra
Detrás de aquellas murallas;
El varón de mas agallas,
Aunque más duro que un perno,
Metido en aquel infierno
Sufre, gime, llora y calla.

De juror el corazón
Se le quiere reventar,
Pero no hay sino aguantar
Aunque sosiego no alcance.
¡Dichoso, en tan duro trance,
Aquel que sabe rezar!

¡Dirige a Dios su plegaria
El que sabe una oración!
En esa tribulación



Gime olvidado del mundo,
Y el dolor es más profundo
Cuando no halla compasión.

En tan crueles pesadumbres,
En tan duro padecer,
Empezaba a encanecer
Después de muy pocos meses;
Allí lamenté mil veces
No haber aprendido a leer.

Viene primero el juror,
Después la melancolía;
En mi angustia no tenía
Otro alivio ni consuelo,
Sino regar aquel suelo
Con lágrimas noche y día.

¡A visitar otros presos
Sus familias solían ir!
Naidés me visitó a mí
Mientras estuve encerrado.
¡Quien iba a costarse allí
A ver a un desamparado!

¡Bendito sea el carcelero
Que tiene buen corazón!
Yo sé que esta bendición
Pocos pueden alcanzarla,
Pues si tienen compasión
Su deber es ocultarla.

Jamás mi lengua podrá
Espresar cuanto he sufrido;
En ese encierro metido,
Llaves, paredes, cerrojos
Se graban tanto en los ojos
Que uno los ve hasta dormido.

.....

El mate no se permite;
No le permiten hablar;
No le permiten cantar
Para aliviar su dolor,
Y hasta el terrible rigor
De no dejarlo fumar.

La justicia es muy severa;
Suele rayar en crueldá:
Sufre el pobre que allí está

Calenturas y delirios,
Pues no existe pior martirio
Que esa eterna soledá.

Conversamos con las rejas
Por solo el gusto de hablar,
Pero nos mandan callar
Y es preciso conformarnos;
Pues no se debe irritar
A quien puede castigarnos.

Sin poder decir palabra
Sufre en silencio sus males,
Y uno en condiciones tales,
Se convierte en animal,
Privao del don principal
Que Dios hizo a los mortales.

Yo no alcanzo a comprender
Por que motivo será
Que el preso privado está
De los dones más preciosos
Que el justo Dios bondadoso
Otorgó a la humanidad.



Pues que de todos los bienes,
En mi inorancia lo infiero,
Que le dio al hombre altanero
Su Divina Majestá,
La palabra es el primero,
El segundo es la amistá.

Y es muy severa la ley
Que, por un crimen o un vicio,
Somete al hombre a un suplicio
El más tremendo y atroz,
Privado de un beneficio
Que ha recibido de Dios

La soledá causa espanto;
El silencio causa horror;
Ese continuo terror
Es el tormento más duro,
Y en un presidio siguro
Está demás tal rigor.

Inora uno si de allí
Saldrá pa la sepultura;
El que se halla en desventura



Busca a su lao otro ser,
Pues siempre es güeno tener
Companeros de amargura.

Otro más sabio podrá
Encontrar razón mejor;
Yo no soy rebuscador,
Y ésta me sirve de luz:
Se los dieron al Señor
Al clavarlo en una cruz.

Y en las projundas tinieblas
En que mi razón esiste,
Mi corazón se resiste
A ese tormento sin nombre,
Pues el hombre alegra al hombre
Y el hablar consuela al triste.



.....

Grábenlo como en la piedra
Cuanto he dicho en este canto,
Y, aunque yo he sufrido tanto,
Debo confesarlo aquí:
El hombre que manda allí
Es poco menos que un santo.



Y son güenos los demás
(A su ejemplo se manejan),
Pero por eso no dejan
Las cosas de ser tremendas;
Piensen todos y compriendan
El sentido de mis quejas.

Y guarden en su memoria
Con toda puntualidá
Lo que con tal claridá
Les acabo de decir:
Mucho tendran que sufrir
Si no creen en mi verdá

Y si atienden mis palabras
No habrá calabozos llenos;
Manejense como güenos;
No olviden esto jamás;
Aqui no hay razón de más;
Mas bien las puse de menos.

Y con esto me despido
(Todos han de perdonar):
Ninguna debe olvidar
La historia de un desgraciado.
Quien ha vivido encerrado
Poco tiene que contar.



El hijo segundo de Martín Fierro



XIII

Lo que les voy a decir
Ninguno lo ponga en duda:
Y aunque la cosa es peluda,
Hare la resolución;
Es ladino el corazón,
Pero la lengua no ayuda.



El rigor de las desdichas
Hemos soportado diez años,
Pelegrinando entre estraños,
Sin tener donde vivir,
Y obligados a sufrir
Una máquina de daños.



El que vive de ese modo
De todos es tributario;
Falta la cabeza primario
Y los hijos que él sustenta
Se dispersan como cuentas
Cuando se corta el rasario.

Yo anduve así como todos,
 Hasta que al fin de sus días
 Supo mi suerte una tía
 Y me recogió a su lado;
 Allí viví sosegado
 Y de nada carecía.

No tenía cuidado alguno
 Ni que trabajar tampoco,
 Y como muchacho loco
 Lo pasaba de holgazán;
 Con razón dice el refrán
 Que lo güeno dura poco.

En mí todo su cuidado
 Y su cariño ponía;
 Como a un hijo me quería
 Con cariño verdadero,
 Y me nombró de heredero
 De los bienes que tenía.

El juez vino sin tardanza
 Cuanto falleció la vieja.
 «De los bienes que te deja»,

Me dijo, «yo he de cuidar:
 Es un rodeo regular
 Y dos majadas de ovejas».

Era hombre de mucha labia,
 Con mas leyes que un dotor,
 Me dijo: «Vos sos menor,
 Y por los años que tienes
 No podés manejar bienes;
 Voy a nombrarte un tutor.»

Tomó un recuento de todo,
 Porque entendía su papel,
 Y después que aquel pastel
 Lo tuvo bien amasao,
 Puso al frente un encargao,
 Y a mí me llevó con el.

Muy pronto estuvo mi poncho
 Lo mismo que cernidor;
 El chiripá estaba pior,
 Y aunque para el frío soy guapo
 Ya no me quedaba un trapo
 Ni pa el frío, ni pa el calor.



En tan triste desabrigo
 Tras de un mes, iba otro mes;
 Guardaba silencio el Juez,
 La miseria me invadía,
 Me acordaba de mi tía
 Al verme en tal desnudez.

No se decir con fijeza
 El tiempo que pasé allí;
 Y después de andar así
 Como moro sin señor,
 Pasé a poder del tutor
 Que debía cuidar de mí.

XIV

Me llevó consigo un viejo
 Que pronto mostró la hilacha,
 Dejaba ver por la facha
 Que era medio cimarrón,
 Muy renegao, muy ladrón,
 Y le llamaban Vizcacha.

Lo que el Juez iba buscando
 Sospecho, y no me equivoco;
 Pero este punto no toco
 Ni su secreto aviriguo;
 Mi tutor era un antiguo
 De los que ya quedan pocos;

Viejo lleno de camándulas,
 Con un empaque a lo toro,
 Andaba siempre en un moro
 Metido no sé en qué enriedos,
 Con las patas como loro
 De estribar entre los dedos.



Andaba rodiao de perros
 Que eran todo su placer,
 Jamas dejó de tener
 Menos de media docena,
 Mataba vacas ajenas
 Para darles de comer.

Carniábamos noche a noche
 Alguna res en el pago,
 Y dejando allí el rezago
 Alzaba en ancas el cuero,
 Que se lo vendía a un pulpero
 Por yerba, tabaco y trago.

¡Ah!, viejo más comerciante
 En mi vida lo he encontrado.
 Con ese cuero robao
 El arreglaba el pastel,
 Y allí entre el pulpero y él,
 Se estendía el certificaó.

La echaba de comedido;
 En las tranquilas, lo viera,
 Se ponía como una fiera

Si cortaban una oveja;
 Pero de alzarse no deja
 Un vellón o unas tijeras.

Una vez me dio una soba
 Que me hizo pedir socorro,
 Porque lastimé a un cachorro
 En el rancho de unas vascas;
 Y al irse se alzó unas guascas:
 Para eso era como zorro,

«¡Ahijuna!», dije entre mí,
 «Me has dao esta pesadumbre;
 Ya verás; cuanto vislumbre
 Una ocasión medio güena,
 Te he quitar la costumbre
 De cerdiar yeguas ajenas.»

Porque maté una vizcacha
 Otra vez me reprendió;
 Se lo vine a contar yo,
 Y no bien se lo hube dicho:
 «Ni me nuembres ese bicho»,
 Me dijo, y se me enojó.

Al verlo tan irritao
Hallé prudente callar.
«Este me va a castigar»,
Dije entre mí, «si se agravia.»
Ya vi que les tenía rabia,
Y no las volví a nombrar.

Una tarde halló una punta
De yeguas medio bichocas;
Después que voltió unas pocas,
Las cerdiaba con empeño:
Yo vide venir al dueño,
Pero me callé la boca.

El hombre venía jurioso
Y nos cayó como un rayo;
Se descolgó del caballo
Revoliendo el arriador,
Y lo cruzó de un lazazo
Ahí no más a mi tutor.

No atinaba don Vizcacha
A qué lado disparar,
Hasta que logró montar,



Y, de miedo del chicote,
Se lo apretó hasta el cogote,
Sin pararse a contestar.

Ustedes creerán tal vez
Que el viejo se curaría...
No, señores, lo que hacía,
Con mas cuidao dende entonces,
Era maniarlas de día
Para cerdiar a la noche.

Ese jué el hombre que estuvo
Encargao de mi destino;
Siempre anduvo en mal camino,
Y todo aquel vecindario
Decía que era un perdulario,
Insufrible de dañino.

Cuando el juez me lo nombró,
Al dármelo de tutor,
Me dijo que era un señor
El que me debía cuidar,
Enseñarme a trabajar
Y darme la educación.

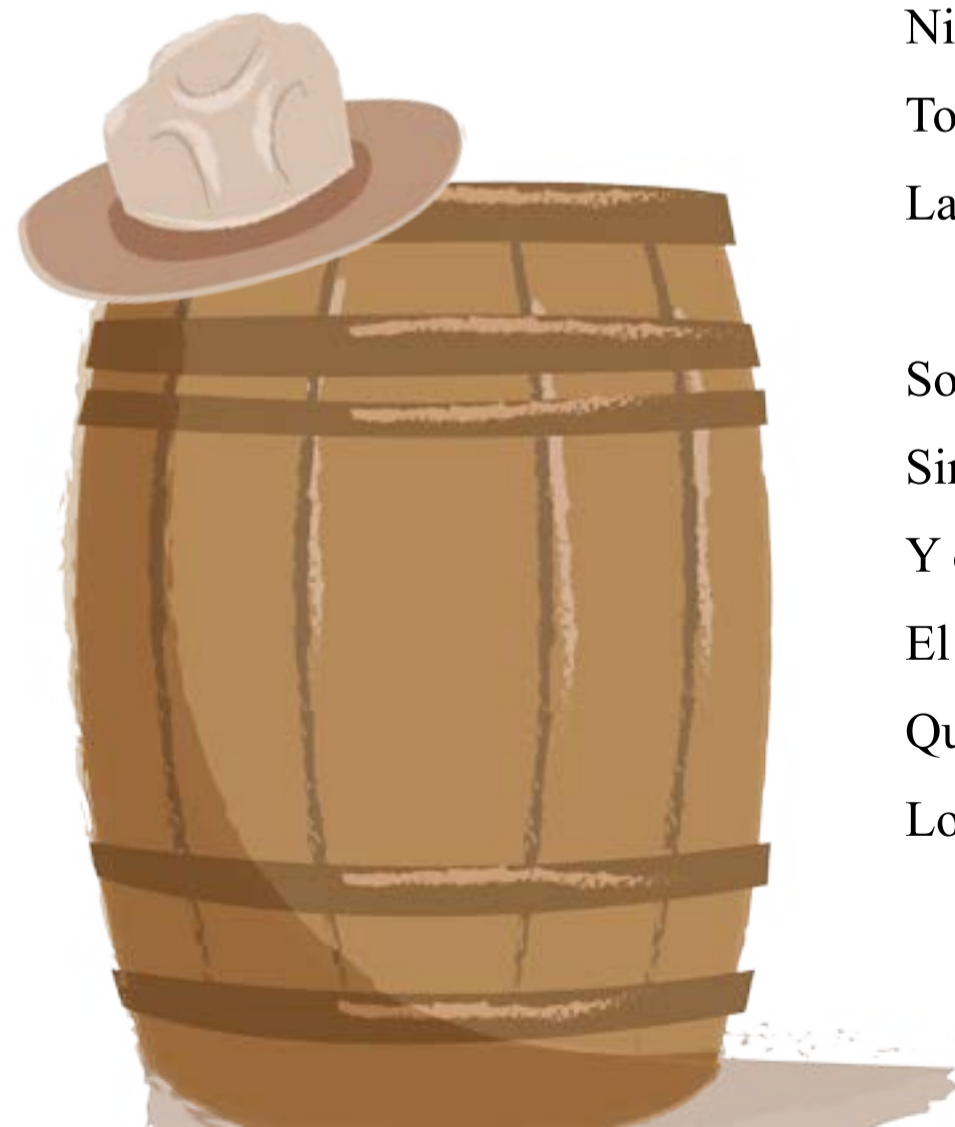


¡Pero que había de aprender
Al lao de ese viejo paco;
Que vivía como un chuncaco
En los baños, como el tero;
Un haragán, un ratero,
Y más chillón que un varraco.

Tampoco tenía más bienes
Ni propiedad conocida
Que una carreta podrida,
Y las paredes sin techo
De un rancho medio deshecho
Que le servía de guarida.

Después de las tranochadas
Allí venía a descansar;
Yo desiaba aviriguar
Lo que tuviera escondido,
Pero nunca había podido,
Pues no me dejaba entrar.

Yo tenía unas jergas viejas,
Que habían sido mas peludas;
Y con mis carnes desnudas,



El viejo, que era una fiera,
Me hechaba a dormir ajuera
Con unas heladas crudas.

Cuando mozo jué casao,
Aunque yo lo desconfío,
Y decía un amigo mío
Que, de arrebatoo y malo,
Mató a su mujer de un palo
Porque le dio un mate frío.

Y viudo por tal motivo
Nunca se volvió a casar;
No era fácil encontrar
Ninguna que lo quisiera:
Todas temerían llevar
La suerte de la primera.

Soñaba siempre con ella,
Sin duda por su delito,
Y decía el viejo maldito,
El tiempo que estuvo enfermo,
Que ella dende el mismo infierno
Lo estaba llamando a gritos.

XV

Siempre andaba retobao:
 Con ninguno solía hablar;
 Se divertía en escarbar
 Y hacer marcas con el dedo,
 Y en cuanto se ponía en pedo
 Me empezaba a aconsejar.

Me parece que lo veo
 Con su poncho calamaco,
 Después de echar un güen taco,
 Así principiaba a hablar:
 «Jamás llegues a parar
 Ande veas perros flacos.»

«El primer cuidao del hombre
 Es defender el pellejo.
 Lleváte de mi consejo,
 Fijáte bien en lo que hablo:
 El diablo sabe por diablo,
 Pero más sabe por viejo.»



«Hacéte amigo del juez;
 No le des de que quejarse;
 Y cuando quiera enojarse
 Vos te debés encoger,
 Pues siempre es güeno tener
 Palenque ande ir a rascarse.»

«Nunca le llevés la contra,
 Porque él manda la gavilla:
 Allí sentao en su silla,
 Ningún güey le sale bravo;
 A uno le da con el clavo
 Y a otro con la cantramilla.»

«El hombre, hasta el más soberbio,
 Con más espinas que un tala,
 Aflueja andando en la mala
 Y es blando como manteca:
 Hasta la hacienda baguala
 Cai al jagüel con la seca.»

«No andés cambiando de cueva;
 Hacé las que hace el ratón.
 Conserváte en el rincón



En que empezó tu existencia:
Vaca que cambia querencia
Se atrasa en la parición.»

Y menudiando los tragos
Aquel viejo, como cerro,
No «olvidés», me decía, «Fierro,
Que el hombre no debe crer
En lágrimas de mujer
Ni en la renguera del perro.»

«No te debes afligir
Aunque el mundo se desplome.
Lo que más precisa el hombre
Tener, según yo discurro,
Es la memoria del burro,
Que nunca olvida ande come.

«Deja que caliente el horno
El dueño del amasijo;
Lo que es yo, nunca me aflijo
Y a todito me hago el sordo:
El cerdo vive tan gordo,
Y se come hasta los hijos.»

«El zorro que ya es corrido
Dende lejos la olfatea;
No se apure quien desea
Hacer lo que le aproveche
La vaca que más rumea
Es la que da mejor leche.»

«El que gana su comida
Güeno es que en silencio coma;
Ansina, vos, ni por broma
Querás llamar la atención:
Nunca escapa el cimarrón
Si dispara por la loma.»

«Yo voy donde me conviene
Y jamás me descarrío;
Lleváte el ejemplo mío,
Y llenarás la barriga:
Aprendé de las hormigas:
No van a un noque vacío.»

«A naides tengás envidia:
Es muy triste el envidiar;
Cuando veás a otro ganar,

A estorbarlo no te metas:
Cada lechón en su teta
Es el modo de mamar.»

«Ansí se alimentan muchos
Mientras los pobres lo pagan;
Como el cordero hay quien lo haga
En la puntita, no niego;
Pero otros, como el borrego,
Todo entera se la tragan.»



«Si buscás vivir tranquilo
Dedicate a solteriar
Más si te querés casar,
Con esta alvertencia sea:
Que es muy difícil guardar
Prenda que otros codicean.»



«Es un bicho la mujer
Que yo aquí no lo destapo,
Siempre quiere al hombre guapo;
Mas fijate en la elección,
Porque tiene el corazón
Como barriga de sapo.»

Y gangoso con la tranca,
Me solía decir: «Potrillo,
Recién te apunta el cormillo,
Mas te lo dice un toruno:
No dejés que hombre ninguno
Te gane el lao del cuchillo.»

«Las armas son necesarias,
Pero naidés sabe cuándo;
Ansina, si andás pasiando,
Y de noche sobre todo,
Debés llevarlo de modo
Que al salir, salga cortando.»

«Los que no saben guardar
Son pobres aunque trabajen;
Nunca, por más que se atajen,
Se librarán del cimbrón:
Al que nace barrigón
Es al ñudo que lo fajen.»

«Donde los vientos me llevan
Allí estoy como en mi centro;
Cuando una tristeza encuentro



Tomo un trago pa alegrarme:
A mí me gusta mojarme
Por ajuera y por adentro.»

«Vos sos pollo, y te convienen
Toditas estas razones;
Mis consejos y lecciones
No echés nunca en el olvido:
En las riñas he aprendido
A no peliar sin puyones.»

Con estos consejos y otros
Que yo en mi memoria encierro,
Y que aquí no desentierro,
Educándome seguía,
Hasta que al fin se dormía
Mesturao entre los perros.

XVI

Cuando el viejo cayó enfermo,
Viendo yo que se emporaba
Y que esperanza no daba
De mejorarse siquiera,
Le truje una culandrerera
A ver si lo mejoraba.

En cuanto lo vio, me dijo:
«Este no aguanta el sogazo:
Muy poco le doy de plazo;
Nos van ha dar un epetáculo,
Porque debajo del brazo
Le ha salido un tabernáculo.»

Dice el refrán que en la tropa
Nunca falta un güey corneta:
Uno que estaba en la puerta
Le pegó el grito ahí no más:
«Tabernáculo,... ¡que bruto!
Un tubérculo dirás.»

Al verse así interrumpido,
Al punto dijo el cantor:
«No me parece ocasión
De meterse los de ajuera;
Tabernáculo, señor,
Le decía la culandrera.»



El de ajuera repitió,
Dándole otro chaguarazo:
«Allá va un nuevo bolazo
Copo y se la gano en puerta
A las mujeres que curan
Se las llama curanderas.»



No es güeno —dijo el cantor—
Muchas manos en un plato
Y diré al que ese barato
Ha tomao de entrometido,
Que no creía haber venido
A hablar entre literatos.

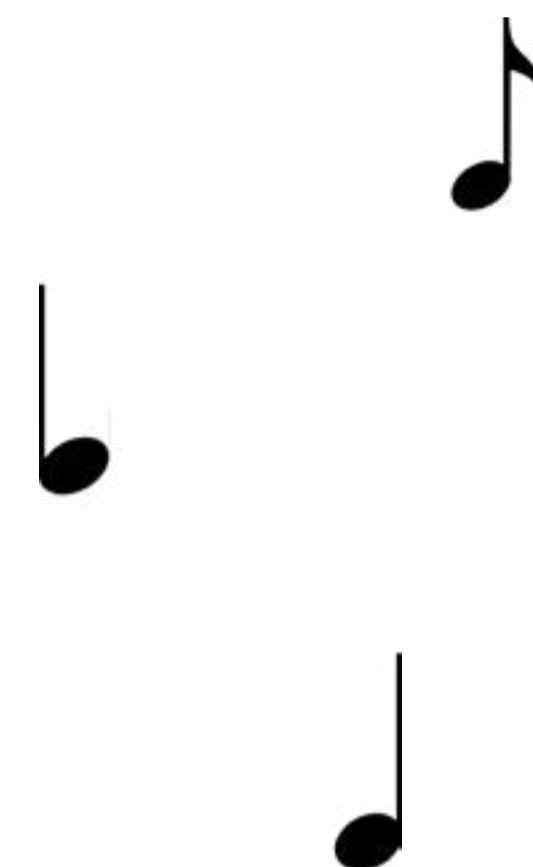
Y para seguir contando
La historia de mi tutor,
Le pediré a ese dotor

Que en mi inorancia me deje,
Pues siempre encuentra el que teje
Otro mejor tejedor.

Seguía enfermo, como digo,
Cada vez más emperrao;
Yo estaba ya acobardao
Y lo espiaba dende lejos;
Era la boca del viejo
La boca de un condenao.

Allá pasamos los dos
Noches terribles de invierno:
El maldecía al Padre Eterno
Como a los Santos benditos,
Pidiendolé al diablo a gritos
Que lo llevara al infierno.

Debe ser grande la culpa
Que a tal punto mortifica;
Cuando vía una reliquia
Se ponía como azogado,
Como si a un endemoniado
Le echaran agua bendita.



Nunca me le puse a tiro,
 Pues era de mala entraña;
 Y viendo herejía tamaña,
 Si alguna cosa le daba,
 De lejos se la alcanzaba
 En la punta de una caña.

«Será mejor», decía yo,
 «Que abandonado lo deje,
 Que blasfeme y que se queje,
 Y que siga de esta suerte,
 Hasta que venga la muerte
 Y cargue con este hereje.»

Cuando ya no pudo hablar
 Le ató en la mano un cencerro,
 Y al ver cercano su entierro,
 Arañando las paredes,
 espiró allí entre los perros
 Y este servidor de ustedes.



XVII

Le cobré un miedo terrible
 Después que lo vi dijunto;
 Llamé al alcalde, y al punto
 Acompañado se vino
 De tres o cuatro vecinos
 A arreglar aquel asunto.

«Anima bendita», dijo
 Un viejo medio ladio
 «Que Dios lo haiga perdonao,
 Es todo cuanto deseo,
 Le conocí un pastoreo
 De terneros robaos.»

«Ansina es», dijo el Alcalde;
 «Con eso empezó a poblar;
 Yo nunca podré olvidar
 Las travesuras que hizo;
 Hasta que al fin fue preciso
 Que le privasen carniar.



«De mozo fue muy jinete:
No lo bajaba un bagual;
Pa ensillar un animal
Sin necesitar de otro,
Se encerraba en el corral,
Y allí golpiaba el potro.»

«Se llevaba mal con todos:
Era su costumbre vieja
El mesturar las ovejas,
Pues al hacer el aparte
Sacaba la mejor parte,
Y después venía con quejas.»

«Dios lo ampare al pobrecito»,
Dijo en seguida un tercero.
«Siempre robaba carneros;
En eso tenía destreza:
Enterraba las cabezas
Y después vendía los cueros

«¡Y qué costumbre tenía
Cuando en el jogón estaba!
Con el mate se agarraba

estando los piones juntos.
—Yo tallo —decía—y apunto—
Y a ninguno convidaba.»

«Si ensartaba algún asao
—!Pobre! !como si lo viese!—,
Poco antes de que estuviese
primero lo maldecía,
Luego después lo escupía
Para que naides comiese.»

«Quien le quitó esa costumbre
De escupir el asador
Fue un mulato resertor
Que andaba de amigo suyo:
Un diablo muy peliador
Que le llamaban barullo.»

«Una noche que les hizo
Como estaba acostumbrao,
Se alzó el mulato enojao
Y le gritó: —¡viejo indino,
Yo te he de enseñar, cochino,
A echar saliva al asao!—»

«Lo saltó por sobre el juego
Con el cuchillo en la mano;
¡La pucha el pardo liviano!
En la misma atropellada
Le largó una puñalada
que la quitó otro paisano.»



«Y ya caliente barullo,
Quiso seguir la chacota;
Se le había erizao la mota
Lo que empezó la reyerta:
el viejo ganó la puerta
Y apeló a las de gaviota.»



«De esa costumbre maldita
dende entonces se curó;
A las casas no volvió:
Se metió en un cicutal
Y allí escondido pasó
Esa noche sin cenar.»

Esto hablaban los presentes,
Y yo, que estaba a su lao
Al oír lo que he relatao,

Aunque él era un perdulario,
Dije entre mí: «¡Que rosario
Le estan lanzando al finao!.»

Luego comenzó el Alcalde
A registrar cuanto había,
Sacando mil chucherias
Y guascas y trapos viejos,
Temeridá de trebejos
Que para nada servían.

Salieron lazos, cabrestos,
Coyundas y maniadores,
Una punta de arriadores,
Cinchones, maneads, torzales
Una porción de bozales
Y un montón de tiradores.

Había riendas de domar
frenos, estribos quebraos;
Bolas, espuelas, recaos,
Unas pavas, unas ollas,
Y un gran manajo de argollas
De cinchas que había cortao.



Salieron varios cencerros,
 Alesnas, lonjas, cuchillos,
 Unos cuantos cojinillos
 Un alto de jergas viejas,
 Muchas botas desparejas
 Y una infinidad de anillos.

Había tarros de sardinas,
 Unos cueros de venao,
 Unos ponchos aujeriaos,
 Y en tan tremendo entrevero
 Apareció hasta un tintero
 que se perdió en el Juzgao.
 Decía el alcalde muy serio:
 «es poco cunato se diga;
 Había sido como hormiga.
 He de darle parte al Juez.
 ¡Y que me venga después
 Con que no se los persiga!»

Yo estaba medio azorao
 De ver lo que sucedía;
 Entre ellos mismos decían

Que unas prendas eran tuyas,
 Pero a mi me parecía
 que estas eran aleluyas.

Y cuando ya no tuvieron
 Rincón donde registrar,
 Cansaos de tanto huroniar
 Y de trabajar en balde,
 «Vámosnos», dijo el Alcalde,
 «Luego lo haré sepultar.»

Y aunque mi padre no era
 El dueño de ese hormiguero,
 El, allí muy cariñero,
 Me dijo con muy buen modo:
 «Vos serás heredero
 Y te harás cargo de todo.»

«Se ha de arreglar este asunto
 Como es preciso que sea;
 Voy a nombrar albacea
 Uno de los circustantes;
 Las cosas no son como antes
 Tan enredadas y feas.»

«¡Bendito Dios!», pensé yo,
«Ando como un pordiosero,
Y me nuembran heredero
De toditas estas guascas.
¡Quisiera saber primero
Lo que se han hecho mis vacas!»



XVIII

Se largaron, como he dicho,
A disponer el entierro;
Cuando me acuerdo me aterro:
Me puse a llorar a gritos
Al verme allí tan solito
Con el finao y los perros.

Me saqué el escapulario,
Se lo colgué al pecador,
Y como hay en el señor
Misericordia infinita,
Rogué por la alma bendita
Del que antes jué mi tutor.

No se calmaba mi duelo
De verme tan solitario;
Ahí le champurrié un rosario
Como si fuera mi padre,
besando el escapulario
Que me había puesto mi madre.



«Madre mía», gritaba yo,
 «Donde estarás padeciendo?
 El llanto que estoy virtiendo
 Lo redamarías por mí,
 Si vieras a tu hijo aquí
 Todo lo que esta sufriendo.»

Y mientras así clamaba
 Sin poderme consolar,
 Los perros, para aumentar
 Mas mi miedo y mi tormento,
 En aquel mismo momento
 Se pusieron a llorar.

Libre Dios a los presentes
 De que sufran otro tanto;
 Con el muerto y esos llantos
 Les juro que faltó poco
 Para que me vuelva loco
 En medio de tanto espanto.

Decían entonces las viejas,
 Como que eran sabedoras,
 Que los perros cuando lloran

Es porque ven al demonio;
 Yo creía en el testimonio
 Como cré siempre el que inora.

Ahí dejé que los ratones
 Comieran el guasquerío
 Y como anda a su albedrío
 Todo el que güerfano queda,
 Alzando lo que era mío
 Abandoné aquella cueva.

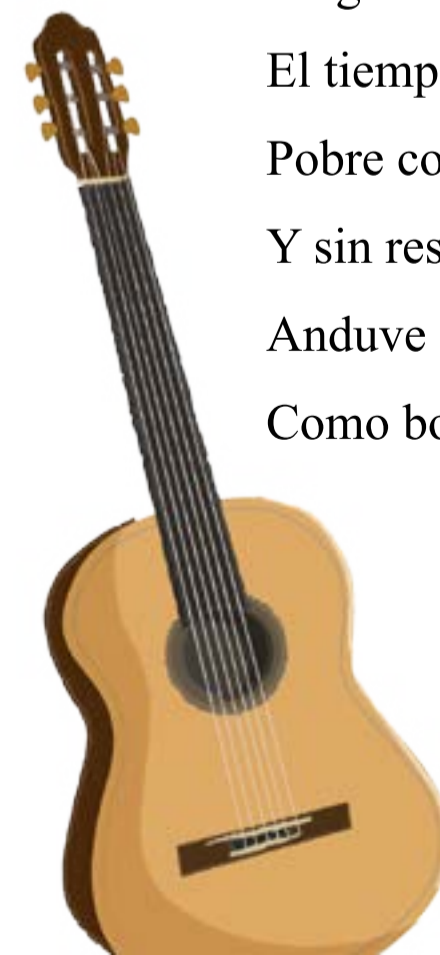
Supe después que esa tarde
 Vino un pión y lo enterró;
 Ninguno lo acompañó
 Ni lo velaron siquiera;
 Y al otro día amaneció
 Con una mano dejuera.

Y me ha contaio además
 El gaucho que hizo el entierro
 —Al recordarlo me aterro,
 Me da pavor este asunto—
 Que la mano del dijunto
 Se la había comido un perro.

Tal vez yo tuve la culpa
 Porque de asustao me fui;
 Supe, después que volví,
 Y asigurárselos puedo,
 Que los vecinos, de miedo,
 No pasaban por allí.

Hizo del rancho guarida
 La sabandija mas sucia
 —El cuerpo se despeluzo
 Y hasta la razón se altera—;
 Pasaba la noche entera
 Chillando allí una lechuza.

Por mucho tiempo no pude
 Saber lo que me pasaba;
 Los trapitos con que andaba
 Eran puras hojarascas;
 Todas las noches soñaba
 Con viejos, perros y guascas.



XIX

Anduve a mi voluntá,
 Como moro sin señor;
 Ese jué el tiempo mejor
 Que yo he pasado tal vez;
 De miedo de otro tutor,
 Ni aporté por lo del Juez.

«Yo cuidaré», me había dicho,
 «De lo de tu propiedá:
 Todo se conservará,
 El vacuno y los rebaños,
 Hasta que cumplas años,
 En que seás mayor de edá.»

Y aguardando que llegase
 El tiempo que la ley fija,
 Pobre como lagartija
 Y sin respetar a naidés,
 Anduve cruzando el aire
 Como bola sin manija.



Me hice hombre de esa manera
 Bajo el más duro rigor;
 Sufriendo tanto dolor
 Muchas cosas aprendí;
 Y, por fin, víctima fui
 Del mas desdichado amor.



De tantas alternativas
 Esta es la parte peluda
 Infeliz y sin ayuda,
 Fue estremado mi delirio,
 Y causaban mi martirio
 Los desdenes de una viuda.



Llora el hombre ingratitude
 Sin tener un jundamento;
 Acusa sin miramiento
 A la que el mal le ocasiona,
 Y tal vez en su persona
 No hay ningún merecimiento.

Cuando yo mas padecía
 La crueldá de mi destino,
 Rogando al poder divino

Que del dolor me separe,
 Me hablaron de un adivino
 Que curaba esos pesares.

Tuve recelos y miedos,
 Pero al fin me disolví:
 Hice coraje y me fui
 Donde el adivino estaba,
 Y por ver si me curaba,
 Cuanto llevaba le di.

Me puse, al contar mis penas,
 Mas colorao que un tomate,
 Y se me añudó el gazzate
 Cuando dijo el hermitaño:
 «Hermano, le han hecho daño
 Y se lo han hecho en un mate.

«Por verse libre de usté
 Lo habrán querido embrujar.»
 Después me empezó a pasar
 Una pluma de avestruz,
 Y me dijo:«De la Cruz
 Recebí el don de curar.



«Debés maldecir», me dijo,
 «A todos tus conocidos;
 Ansina el que te ha ofendido
 Pronto estará decubierto,
 Y deben ser maldecidos
 Tanto vivos como muertos.»

Y me recetó un hincáo
 En un trapo de la viuda,
 Frente a una planta de ruda,
 Hiciera mis horaciones,
 Diciendo: «No tengás duda;
 Eso cura las pasiones.»

A la viuda, en cuanto pude,
 Un trapo le manoté;
 Busqué la ruda y al pie,
 Puesto en cruz, hice mi rezo;
 Pero, amigos, ni por eso
 De mis males me curé.

Me recetó otra ocasión
 Que comiera abrojo chico;
 El remedio no me esplico,

Mas, por desechar el mal,
 Al ñudo en un abrojal
 Fí a ensangrentarme el hocico.

Y con tanta medecina
 Me parecía que sanaba;
 Por momentos se aliviaba
 Un poco mi padecer,
 Mas si a la viuda encontraba,
 Volvía la pasión a arder.

Otra vez que consulté
 Su saber estrordinario,
 Recibió bien su salario,
 Y me recetó aquel pillo
 Que me colgase tres grillos
 Ensartaos como rosario.

Por fin la última ocasión
 Que por mi mal lo fí a ver,
 Me dijo: «No, mi saber
 No ha perdido su virtú;
 Yo te daré la salú:
 No triunfará esa mujer.

Y tené fe en el remedio,
 Pues la cencia no es chacota;
 De esto no entendés ni jota.
 Sin que ninguno sospeche,
 Cortále a un negro tes motas
 Y hacélas hervir en leche.»

Yo andaba ya desconfiando
 De la curación maldita,
 Y dije: «Este no me quita
 La pasión que me domina;
 Pues que viva la gallina,
 Aunque sea con la pepita.»

Así me dejaba andar,
 Hasta que, en una ocasión,
 El cura me echó un sermón,
 Para curarme sin duda,
 Diciendo que aquella viuda
 Era hija de confesión.

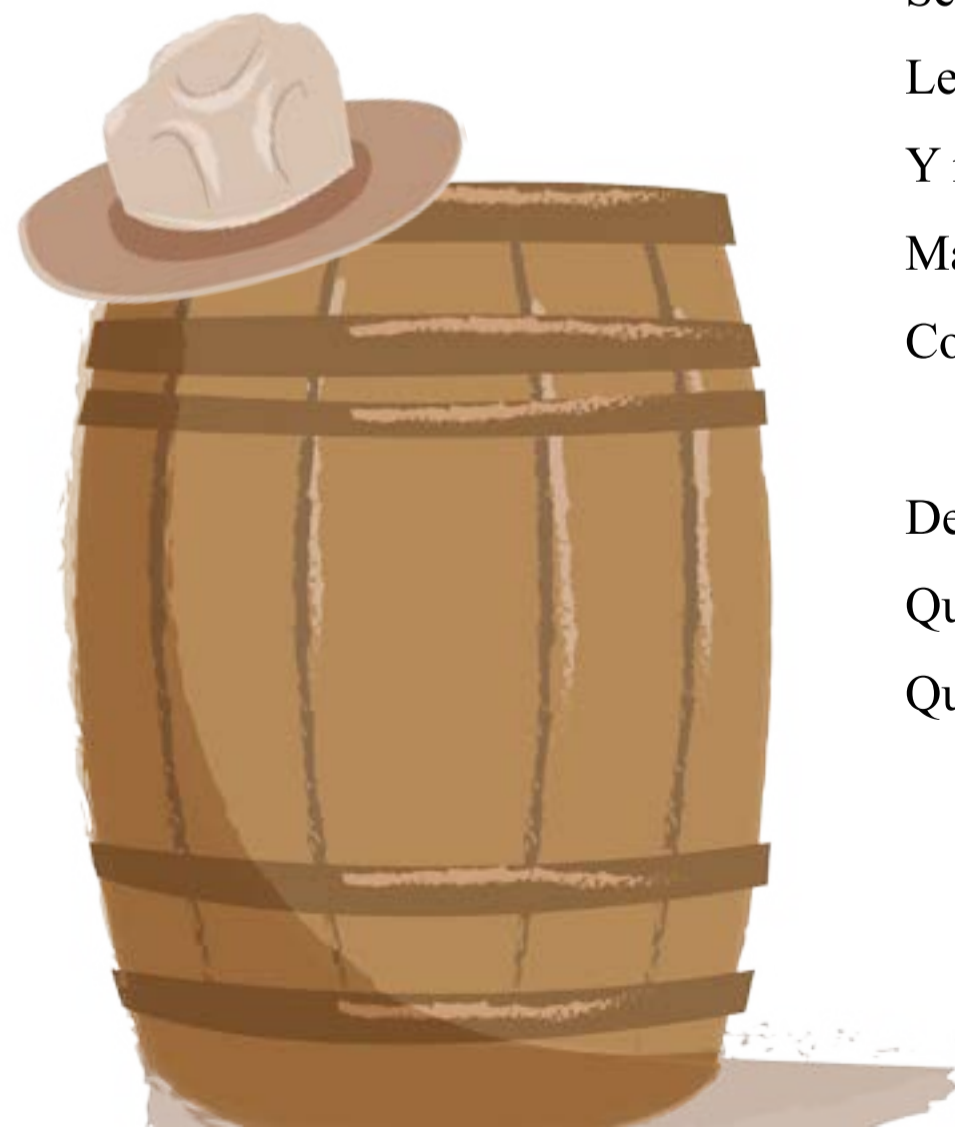
Y me dijo estas palabras
 Que nunca las he olvidao:
 «Has de saber que el finao

Ordenó en su testamento
 Que naides de casamiento
 Le hablara en lo sucesivo;
 Y ella prestó el juramento
 Mientras él estaba vivo.»

«Y es preciso que lo cumpla,
 Porque así lo manda Dios;
 Es necesario que vos
 No la vuelvas a buscar,
 Porque si llega a faltar
 Se condenarán los dos.»

Con semejante alvertencia
 Se completó mi redota;
 Le vi los pies a la sota,
 Y me le alejé a la viuda,
 Mas curao que con la ruda,
 Con los grillos y las motas.

Después me contó un amigo
 Que al Juez le había dicho el cura
 Que yo era un cabeza dura



Y que era un mozo perdido;
Que me echaran del partido,
Que no tenía compostura.

Tal vez por ese consejo
Y sin que mas causa hubiera,
Ni que otro motivo diera,
Me agarraron redepente
Y en el primer contingente
Me echaron a la frontera.

De andar persiguiendo viudas
Me he curao el deseo;
En mil penurias me veo,
Mas pienso volver tal vez
A ver si sabe aquel Juez
Lo que se ha hecho de mi rodeo.

XX

Martín Fierro y sus dos hijos,
Entre tanta concurrencia,
Siguieron con alegría
Celebrando aquella fiesta.
Diez años, los más terribles,
Había durado la ausencia,
Y al hallarse nuevamente
Era su alegría completa.
En ese mismo momento
Uno que vino de ajuera,
A tomar parte con ellos
Suplicó aue lo almitieran.
Era un mozo forastero
De muy regular presencia,
Y hacía poco que en le pago
Andaba dando sus güeltas.
Asiguran algunos
Que venía de la frontera;
Que había pelao a un pulpero
En las últimas carreras;
Pero andaba despilcho,

No traía una prenda güena:
Un recadito cantor
Daba fe de sus pobreza.
Le pidió la bendición
Al que causaba la fiesta
Y, sin decirles su nombre,
Les declaró con franqueza
Que el nombre de Picardía
Es el único que lleva.
Y para contar su historia
A todos pide licencia,
Diciéndoles que en seguida
Iban a saber quien era.
Tomo al punto la guitarra,
La gente se puso atenta,
Y así cantó *Picardía*
En cuanto templó las cuerdas:



XXI Picardía

Voy a contarles mi historia
(Perdónenme tanta charla) ,
y les diré al principiarla,
Aunque es triste hacerlo así:
A mi madre la perdí
Antes de saber llorarla.

Me quedé en el desamparo,
Y al hombre que me dio el ser
No lo pude conocer;
Así, pues, dende chiquito,
Volé como el pajarito
En busca de qué comer.

O por causa del servicio
Que tanta gente destierra,
O por causa de la guerra,
Que es causa bastante seria,
Los hijos de la miseria
Son muchos en esta tierra.



Ansí, por ella empujado,
 No sé las cosas que haría,
 Y aunque con vergüenza mía,
 Debo hacer esta alvertencia:
 Siendo mi madre Inocencia,
 Me llamaban Picardía.

Me llevó a su lado un hombre
 Para cuidar las ovejas,
 Pero todo el día eran quejas
 Y guascazos a lo loco,
 Y no me daba tampoco
 Siquiera unas jergas viejas.

Dende la alba hasta la noche,
 En el campo me tenía;
 Cordero que se moría
 —Mil veces me sucedió
 Los caranchos lo comían,
 Pero lo pagaba yo.

De trato tan rigoroso
 Muy pronto me acobardé;
 El bonete me apreté

Buscando los mejores fines,
 Y con unos volantines
 Me fui para Santa Fe.

El pruebista principal
 A enseñarme me tomó,
 Y ya iba aprendiendo yo
 A bailar en la maroma,
 Mas me hicieron una broma
 Y aquello me indijustó.

Una vez que iba bailando,
 Porque estaba el calzón roto,
 Armaron tanto alboroto
 Que me hicieron perder pie;
 De la cuerda me largué
 Y casi me descogotó.

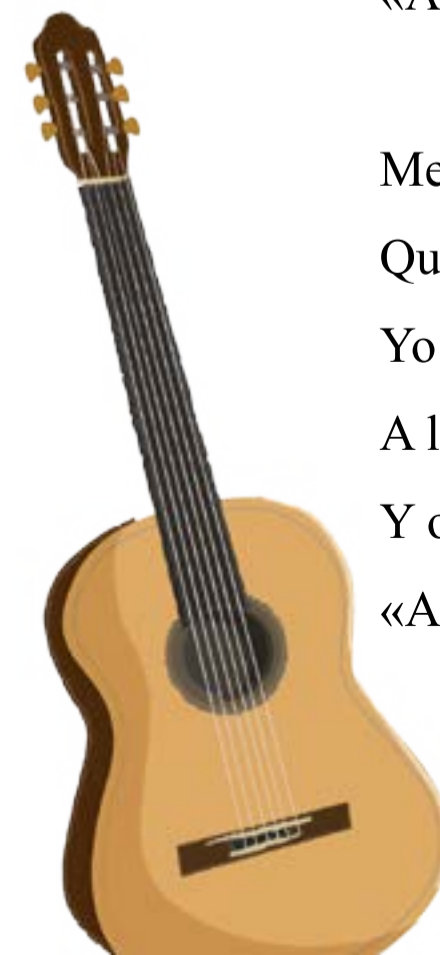
Ansí me encontré de nuevo
 Sin saber dónde meterme,
 Y ya pensaba volverme
 Cuando, por fortuna mía,
 Me salieron unas tías
 Que quisieron recogerme

Con aquella parentela,
 Para mí desconocida,
 Me acomodé ya en seguida,
 Y eran muy buenas señoras;
 Pero las más rezadoras
 Que he visto en toda mi vida.

Con el toque de oración
 Ya principiaba el rosario;
 Noche a noche un calendario
 Tenían ellas que decir,
 Y a rezar solían venir
 Muchas de aquel vecindario.

Lo que allí me aconteció
 Siempre lo he de recordar,
 Pues me empiezo a equivocar
 Y a cada paso refalo,
 Como si me entrara el Malo
 Cuanto me hincaba a rezar

Era como tentación
 Lo que yo experimenté,
 Y jamás olvidaré



Cuanto tuve que sufrir,
 Porque no podía decir
 «Artículos de la Fe».

Tenía al lado una mulata
 Que era nativa de allí;
 Se hincaba cerca de mí
 Como el ángel de la guarda;
 ¡Pícara!, y era la parda
 La que me tentaba así.

«Rezá», me dijo mi tía,
 «Artículos de la Fe».
 Quise hablar y me atoré;
 La dificultad me aflige;
 Miré a la parda, y ya dije:
 «Artículos de Santa Fe».

Me acomodó el coscorrón
 Que estaba viendo venir,
 Yo me quise corregir,
 A la mulata miré
 Y otra vez volví a decir:
 «Artículos de Santa Fe».



Sin dificultad ninguna
 Rezaba todito el día,
 Y a la noche no podía
 Ni con un trabajo inmenso;
 Es por eso que yo pienso
 Que alguno me tentaría.

Una noche de tormenta
 Vi a la parda y me entró chucho;
 Los ojos —me asusté mucho—
 Eran como refocilo:
 Al nombrar a San Camilo,
 Le dije San Camilucho.

Esta me da con el pie,
 Aquella otra con el codo:
 ¡Ah, viejas, por ese modo,
 Aunque de corazón tierno,
 Yo las mandaba al infierno
 Con oraciones y todo!

Otra vez, que como siempre
 La parda me perseguía,
 Cuando yo acordé, mis tías

Me habían sacao un mechón
 Al pedir la estirpación
 De todas las herejías.

Aquella parda maldita
 Me tenía medio afligido,
 Y así; me había sucedido
 Que, al decir «estirpación»,
 Le acomodé «entripación»
 Y me cayeron sin ruido
 El recuerdo y el dolor
 Me duraron muchos días;
 Soñe con las herejías
 Que andaban por estirpar
 Y pedía siempre al rezar
 La estirpación de mis tías.

Y dale siempre rosarios,
 Noche a noche sin cesar;
 Dale siempre barajar
 Salves, trisagios y credos;
 Me aburrí de esos enriedos
 Y al fin me mandé mudar.

XXII

Anduve como pelota,
Y más pobre que una rata:
Cuando empecé a ganar plata
Se armó no sé que barullo:
Yo dije: A tu tierra, grullo,
Aunque sea con una pata

Eran duros y bastantes
Los años que allá pasaron;
Con lo que ellos me enseñaron
Formaba mi capital;
Cuanto vine, me enrolaron
En la Guardia Nacional.

Me había ejercitao al naipe,
El juego era mi carrera;
Hice alianza verdadera
Y arreglé una trapisonda
Con el dueño de una fonda
Que entraba en la peladera.



Me ocupaba con esmero
En floriar una baraja;
El la guardaba en la caja
En paquetes, como nueva;
Y la media arroba lleva
Quien conoce la ventaja.

Comete un error inmenso
Quien de la suerte presume;
Otro mas hábil lo fuma,
En un dos por tres lo pela,
Y lo larga que no vuela,
Porque le falta una pluma.

Con un socio que lo entiende
Se arman partidas muy güenas;
Queda allí la plata ajena,
Quedan prendas y botones:
Siempre cain a esas riuniones
Zonzos con las manos llenas.

Hay muchas trampas legales,
Recursos del jugador;
No cualquiera es sabedor



A lo que un naipe se presta:
Con una cincha bien puesta
Se la pega uno al mejor.

Deja a veces ver la boca,
Haciendo el que se descuida;
Juega el otro hasta la vida
Y es seguro que se ensarta,
Porque uno muestra una carta
Y tiene otra prevenida.

Al monte, las precauciones
No han de olvidarse jamás;
Debe afirmarse además
Los dedos para el trabajo,
Y buscar asiento bajo
Que le dé la luz de atrás.

Pa tallar, tome la luz;
Dé la sombra al alversario;
Acomódese al contrario
En todo juego cartiao:
Tener ojo ejercitao
Es siempre muy necesario.

El contrario abre los suyos,
Pero nada ve el que es ciego:
Dandole soga, muy luego
Se deja pescar el tonto;
Todo chapetón cre pronto
Que sabe mucho en el juego.

Hay hombres muy inocentes
Y que a las carpetas van;
Cuando azariados están
—Les pasa infinitas veces—
Pierden en puertas y en treses,
Y dándoles mamarán.

El que no sabe no gana
Aunque ruegue a Santa Rita;
En la carpeta a un mulita
Se le conoce al sentarse,
Y conmigo era matarse:
No podían ni a la manchita.

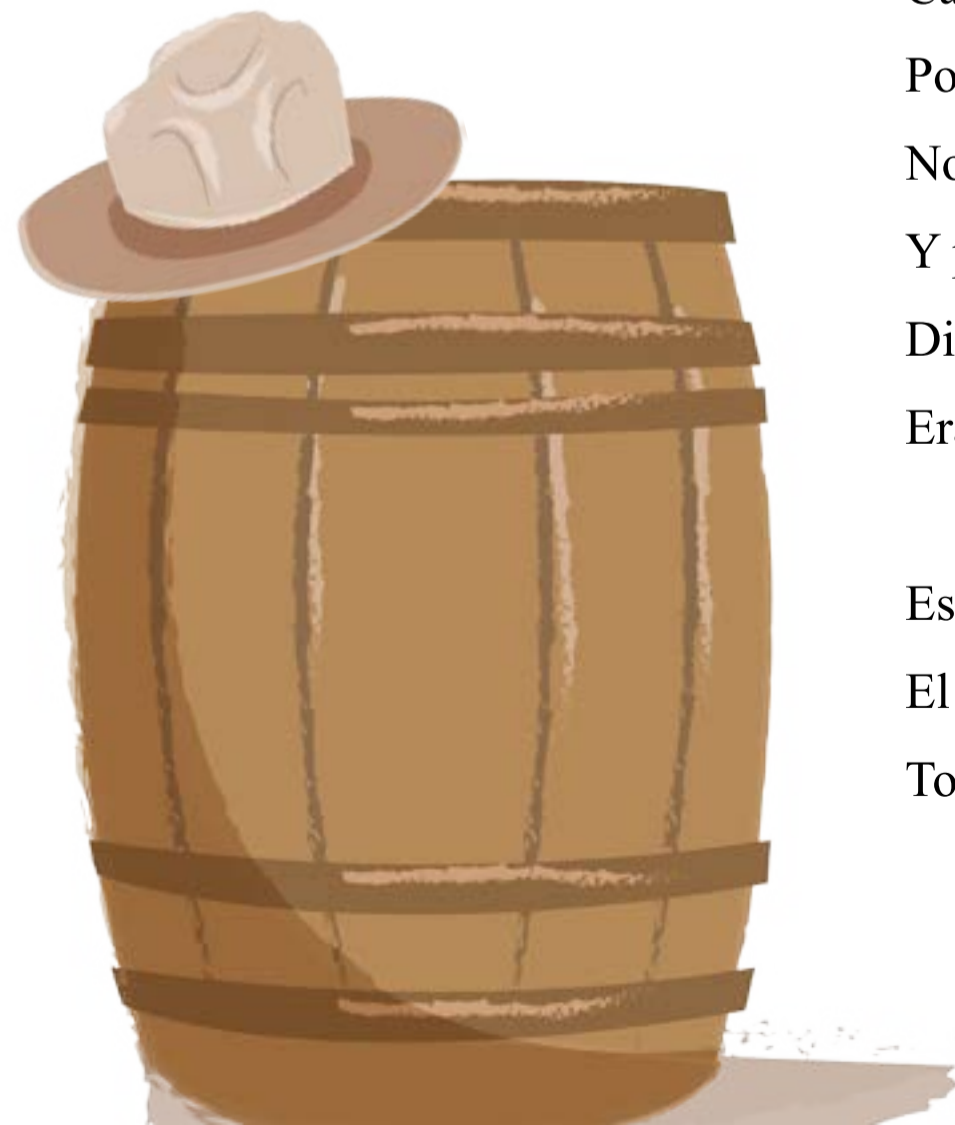
En el nueve y otros juegos
Llevo ventaja y no poca,
Y siempre que dar me toca

El mal no tiene remedio,
Porque sé sacar del medio
Y sentar la de la boca.

En el truco, al más pintao
Solía ponerlo en apuro;
Cuando aventajar procuro,
Sé tener, como fajadas,
Tiro a tiro el as de espadas,
O flor, o envite seguro.

Yo sé defender mi plata
Y lo hago como el primero:
El que ha de jugar dinero
Preciso es que no se atonte;
Si se armaba una de monte,
Tomaba parte el fondero.

Un pastel, como un paquete,
Se llevarlo con limpieza;
Dende que a salir empiezan
No hay carta que no recuerde;
Sé cuál se gana o se pierde
En cuanto caen en la mesa.



También por estas jugadas
Suele uno verse en aprietos;
Mas yo no me comprometo
Porque sé hacerlo con arte,
Y aunque les corra el descarte
No se descubre el secreto.

Si me llamaban al dao,
Nunca me solía faltar
Un cargado que largar,
Un cruzao para el mas vivo,
Y hasta atracarles un chivo
Sin dejarlos maliciar.

Cargaba bien una taba,
Porque la sé manejar;
No era manco en el billar,
Y por fin de lo que esplico,
Digo que hasta con pichicos
Era capaz de jugar.

Es un vicio de mal fin
El de jugar, no lo niego;
Todo el que vive del juego

Anda a la pesca de un bobo,
Y es sabido que es un robo
Ponerse a jugarle a un ciego.

Y esto digo claramente
Porque he dejao de jugar;
Y le puedo asigurar,
Como que fui del oficio:
Más cuesta aprender un vicio
Que aprender a trabajar.



XXII

Un nápoles mercachifle
Que andaba con un arpista,
Cayó también en la lista
Sin dificultá ninguna:
Lo agarré a la treinta y una
Y le daba bola vista.

Se vino haciendo el chiquito,
Por sacarme esa ventaja;
En el pantano se encaja,
Aunque robo se le hacía;
Lo cegó Santa Lucía
Y desocupó las cajas.

¡Lo hubieran visto afligido
Llorar por las chucherías!
«Me gañao con picardía»,
Decía el gringo y lagrimiaba,
Mientras yo en un poncho alzaba
Todita su mercheria.



Quedó allí aliviado del peso
 Sollozando sin consuelo;
 Había caído en el anzuelo,
 Tal vez porque era domingo,
 Y esa calidad de gringo
 No tiene santo en el cielo.

Pero poco aproveché
 De fortuna tan lucida;
 El diablo no se descuida,
 Y a mí me seguía la pista
 Un ñato muy enredista
 Que era Oficial de partida.

Se me presentó a esigir
 La multa en que había incurrido,
 Que el juego estaba prohibido,
 Que iba a llevarme al cuartel
 Tuve que partir con él
 Todo lo que había alquirido.

Empecé a tomarlo entre ojos
 Por esa arbitrariedad;
 Yo había ganado, es verdad,



Con recursos, eso sí;
 Pero él me ganaba a mí
 Fundado en su autoridad.

Decían que por un delito
 Mucho tiempo anduvo mal;
 Un amigo servicial
 Lo compuso con el Juez,
 Y poco tiempo después
 Lo pusieron de Oficial.



En recorrer el partido
 Continuamente se empleaba;
 Ningún malevo agarraba,
 Pero traía en un carguero
 Gallinas, pavos, corderos
 Que por ahí recoletaba.

No se debía permitir
 El abuso a tal extremo.
 Mes a mes hacía lo mismo,
 Y así decía el vecindario:
 «Este ñato perdulario
 Ha resucitado el diezmo.»



La echaba de guitarrero
 Y hasta de concertador:
 Sentao en el mostrador
 Lo hallé una noche cantando
 Y le dije: «Co...mo...quiando
 Con ganas de oír un cantor.»

Me echó el ñato una mirada
 Que me quiso devorar,
 Mas no dejó de cantar
 Y se hizo el desentendido;
 Pero ya había conocido
 Que no lo podía pasar.

Una tarde que me hallaba
 De visita... vino el ñato,
 Y para darle un mal rato
 Dije juerte: «Ña...to...ribia,
 No cebe con la agua tibia»,
 Y me la entendió el mulato.

Era todo en el Juzgao,
 Y como que se achocó,
 Ahí no más me contestó:

«Cuanto el caso se presiente
 Te he de hacer tomar caliente,
 Y has de saber quién soy yo.»

Por causa de una mujer
 Se enredó más la cuestión;
 Le tenía el ñato afición;
 Ella era mujer de ley,
 Moza con cuerpo de güey,
 Muy blanda de corazón.

La hallé una vez de amasijo;
 Estaba hecha un embeleso,
 Y le dije: «Me intereso
 En aliviar sus quehaceres,
 Y ansí, señora, si quiere
 Yo le arrimaré los gutildeos.»

Estaba el ñato presente
 Sentado como de adorno;
 Por evitar un trastorno
 Ella, al ver que se dijista,
 Me contestó: «Si usted gusta,
 Arrímelos junto al horno.»

Ahí se enredó la madeja
 Y su enemistá conmigo;
 Se declaró mi enemigo,
 Y, por aquel cumplimiento,
 Ya sólo buscó el momento
 De hacerme dar un castigo.

Yo vía que aquel maldito
 Me miraba con rencor,
 Buscando el caso mejor
 De poderme echar el pial;
 Y no vive más el lial
 Que lo que quiere el traidor.

No hay matrero que no caiga,
 Ni arisco que no se amanse;
 Así, yo, dende aquel lance,
 No salía de algún rincón,
 Tirao como el San Ramón
 Después que se pasa el trance.

XXIV

Me le escapé con trabajo
 En diversas ocasiones;
 Era de los adulones;
 Me puso mal con el Juez;
 Hasta que al fin una vez
 Me agarró en las elecciones.

Ricuerdo que esa ocasión
 Andaban listas diversas;
 Las opiniones dispersas
 No se podían arreglar:
 Decían que el Juez, por triunfar,
 Hacía cosas muy perversas.

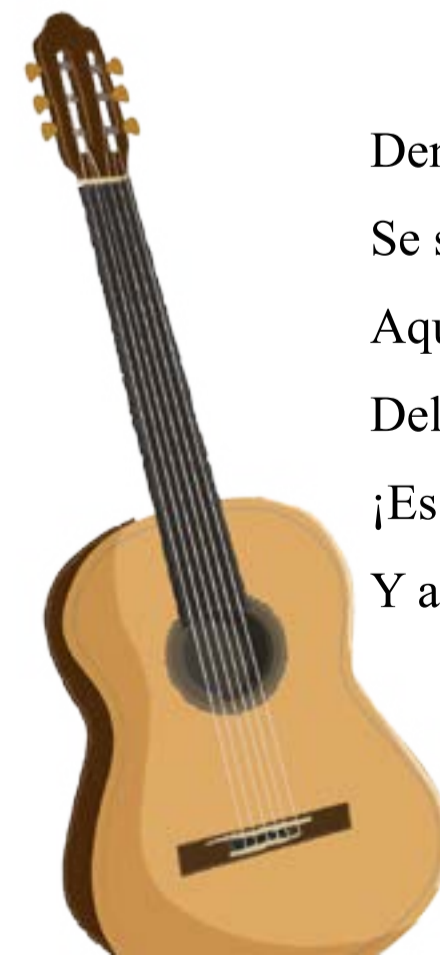
Cuando si riunió la gente
 Vino a proclamarla el ñato,
 Diciendo con aparato
 «Que todo andaría mal,
 Si pretendía cada cual
 Votar por un candilato.»

Y quiso al punto quitarme
 La lista que yo llevé,
 Mas yo se la mesquiné,
 Y ya me gritó: «¡Anarquista!
 Has de votar por la lista
 Que ha mandao el Comiqué.»

Me dio vergüenza de verme
 Tratado de esa manera;
 Y como si uno se altera
 Ya no es fácil que se ablande,
 Le dije: «Mande el que mande,
 Yo he de votar por quien quiera.

«En las carpetas de juego
 Y en la mesa eletoral,
 A todo hombre soy igual,
 Respeto al que me respeta,
 Pero el naipe y la boleta
 Naides me lo ha de tocar.»

Ahí no más ya me cayó
 A sable la polecía;
 Aunque era una picardía



Me decidí a soportar,
 Y no los quise peliar
 Por no perderme ese día.

Atravesao me agarró
 Y se aprovechó aquel ñato;
 Dende que sufrí ese trato
 No dentro donde no quepo;
 Fi a jinetiar en el cepo
 Por cuestión de candilatos

Injusticia tan notoria
 No la soporté de flojo;
 Una venda de mis ojos
 Vino el suceso a voltiar:
 Vi que teníamos que andar
 Como perro con tramojo.

Dende equellas elecciones
 Se siguió el batiburrillo;
 Aquél se volvió un ovillo
 Del que no había ni noticia,
 ¡Es señora la justicia.
 Y anda en ancas del mas pillo!



XXV

Después de muy pocos días,
Tal vez por no dar espera
Y que alguno no se juera,
Hicieron citar la gente,
Pa riunir un contingente
Y mandar a la frontera.



Se puso arisco el gauchaje:
La gente está acobardada;
Salió la partida armada
Y trujo como perdices
Unos cuantos infelices
Que entraron en la voltiada.

Decía el ñato con soberbia:
¡Esta es una gente indina;
Yo los rodié a la sordina:
No pudieron escapar;
Y llevaba orden de arriar
Todito lo que camina.»



Cuando vino el Comendante
Dijeron: «¡Dios nos asista!»
Llegó les clavó la vista
(Yo estaba haciendome el zonzo);
Le echó a cada uno un responso
Y ya lo plantó en la lista.

«¡Cuadráte!», le dijo a un negro.
«Te estás haciendo el chiquito,
Cuando sos el más maldito
Que se encuentra en todo el pago.
Un servicio es el que te hago,
Y por eso te remito.»

A OTRO

«Vos no cuidás tu familia
Ni le das los menesteres;
Visitás otras mujeres,
Y es preciso, calavera,
Que aprendás en la frontera
A cumplir con tus deberes.»

A OTRO

«Vos también sos trabajoso;
Cuando es preciso votar
Hay que mandarte llamar



Y siempre andás medio alzaio;
 Sos un desubordinao,
 Y yo te voy a filiar.»

A OTRO

«Cuanto tiempo hace que vos
 Andás en este partido?
 Cuantas veces has venido
 A la citación del Juez?
 No te he visto ni una vez:
 Has de ser algún perdido.»

A OTRO

«Este es otro barullero
 Que pasa en la pulpería
 Predicando noche y día
 Y anarquizando a la gente:
 Irás en el contingente
 Por tamaña picardía.»

A OTRO

«Dende la anterior remesa
 Vos andás medio perdido;
 La autoridá no ha podido



Jamás hacerte votar:
 Cuando te mandan llamar
 Te pasás a otro partido.»

A OTRO

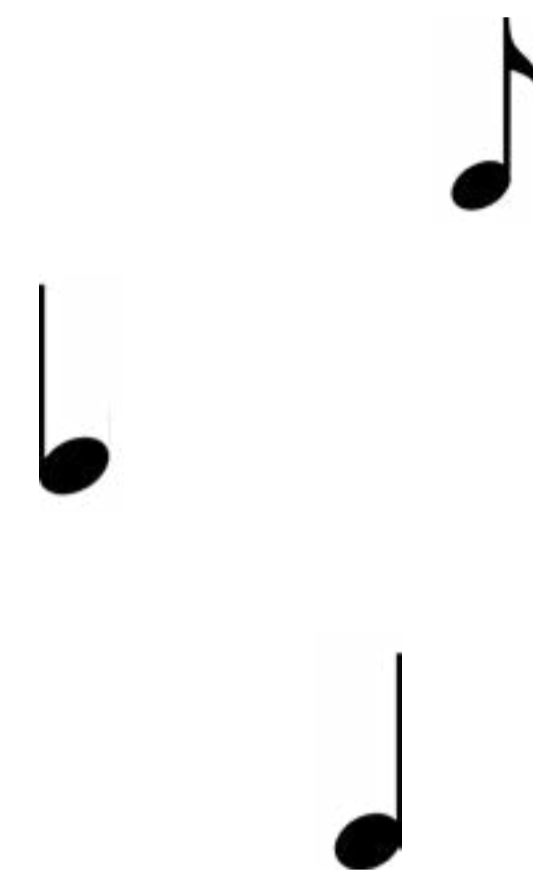
«Vos siempre andas de florcita:
 No tenés renta ni oficio;
 No has hecho ningún servicio;
 No has votado ni una vez.
 !Marchá!... para que dejés
 De andar haciendo perjuicio.»

A OTRO

«Dame vos tu papeleta:
 Yo te la voy a tener.
 Esta queda en mi poder;
 Despúes la recogerás,
 Y ansí, si te resertás,
 Todos te puedan prender.»

A OTRO

«Vos, porque sos ecetuaio,
 Ya te querés sulevar;
 No vinistes a votar



Cuando hubieron elecciones;
 No te valdrán elecciones:
 ¡Yo te voy a enderezar! »

Y a éste por este motivo
 Y a otro por otra razón,
 Toditos, en conclusión,
 Sin que escapara ninguno,
 Fueron pasando uno a uno
 A juntarse en un rincón.

Y allí las pobres hermanas,
 Las madres y las esposas
 Redamaban cariñosas
 Sus lágrimas de dolor;
 Pero gemidos de amor
 No remedian estas cosas.

Nada importa que una madre
 Se desespere o se queje,
 Que un hombre a su mujer deje
 En el mayor desamparo;
 Hay que callarse, o es claro
 Que lo quiebran por el eje.

Dentran despúes a empeñarse
 Con este o aquel vecino;
 Y, como en el masculino,
 El que menos corre, vuela,
 Deben andar con cautela
 Las pobres, me lo imagino.

Muchas al Juez acudieron,
 Por salvar de la jugada;
 El les hizo una cuerpiada,
 Y, por mostrar su inocencia,
 Les dijo: «Tengan pacencia
 Pues yo no puedo hacer nada.»

Ante aquella autoridá
 Permanecían suplicantes,
 Y, después de hablar bastante,
 «Yo me lavo»; dijo el Juez,
 «Como Pilatos los pies:
 Esto lo hace el Comendante.»

De ver tanto desamparo
 El corazón se partía;
 Había madre que salía

Con dos; tres hijos o más,
Por delante y por detrás,
Y las maletas vacías.

«¿Donde irán ?», pensaba yo,
«¿A perecer de miseria?
Las pobres, si de esta feria
Hablan mal, tienen razón;
Pues hay bastante materia
Para tan justa aflicción.»

XXVI

Cuando me llegó mi turno
Dije entre mí: «Ya me toca»,
Y aunque mi falta era poca
No sé por que me asustaba;
Les aseguro que estaba
Con el Jesús en la boca.

Me dijo que yo era un vago,
Un jugador, un perdido;
Que dende que fi al partido
Andaba de picaflor;
Que había de ser un bandido
Como mi antecesor.

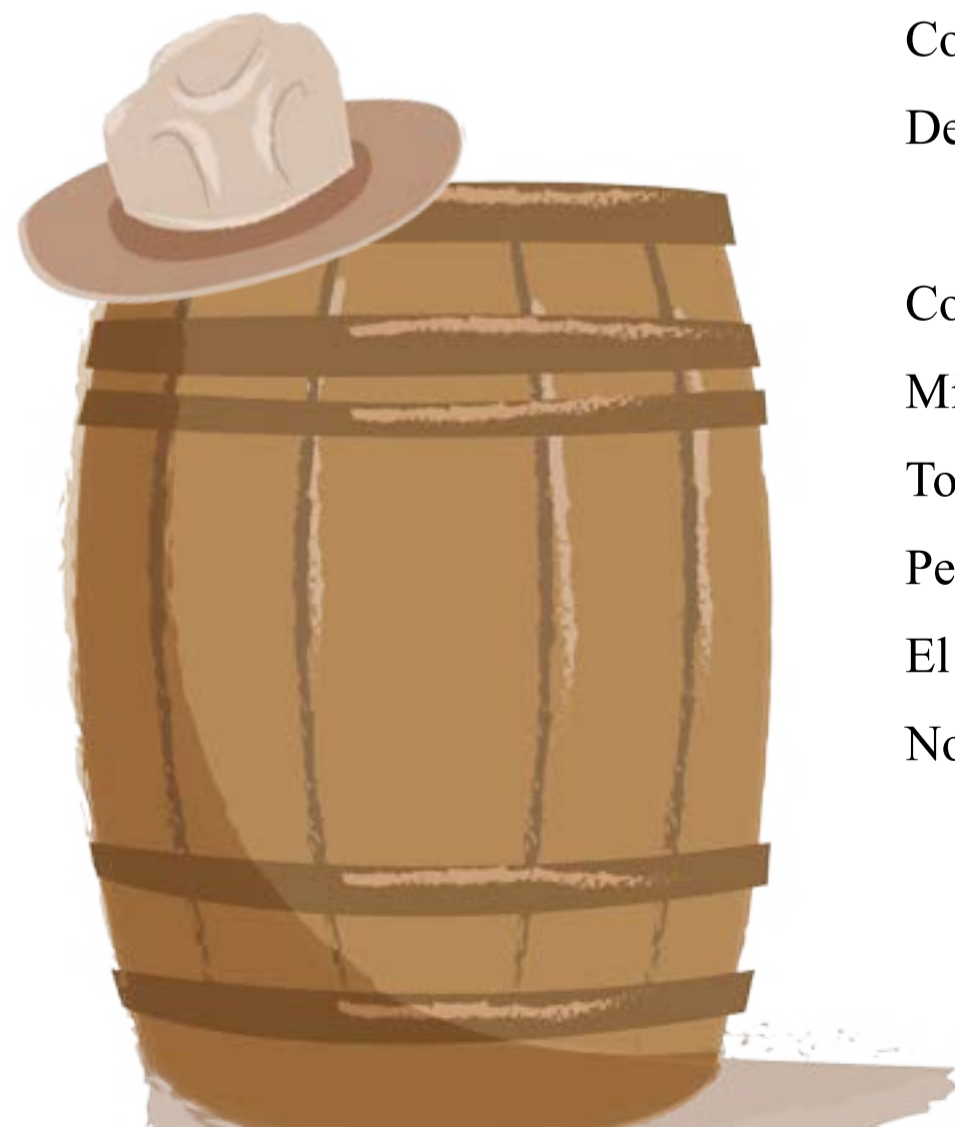
Puede que uno tenga un vicio
Y que de él no se reforme,
Mas naides esta conforme
Con recibir ese trato:
Yo conocí que era el ñato
Quien le había dao los informes.

Me dentro curiosidá,
 Al ver que de esa manera
 Tan seguro me dijera
 Que jué mi padre un bandido;
 Luego, lo habrá conocido,
 Y yo inoraba quien era.

Me empañé en aviriguarlo;
 Promesas hice a Jesús;
 Tuve por fin una luz
 Y supe con alegría
 Que era el autor de mis días
 El guapo Sargento Cruz.

Yo conocía bien su historia
 Y la tenía muy presente:
 Sabía que Cruz, bravamente,
 Yendo con una partida,
 Había jugado la vida
 Por defender a un valiente.

Y hoy ruego a mi Dios piadoso
 Que lo mantenga en su gloria;
 Se ha de conservar su historia



En el corazón del hijo;
 El al morir me bendijo
 Yo bendigo su memoria.

Yo juré tener enmienda
 Y lo conseguí de veras;
 Puedo decir ande quiera
 Que, si faltas he tenido,
 De todas me he corregido
 Dende que supe quién era.

El que sabe ser güen hijo
 A los suyos se parece;
 Y aquel que a su lado crece
 Y a su padre no hace honor,
 Como castigo merece
 De la desdicha el rigor.

Con un empeño constante
 Mis faltas supe enmendar;
 Todo conseguí olvidar,
 Pero, por desgracia mía,
 El nombre de Picardía
 No me lo pude quitar.

Aquel que tiene güen nombre
Muchos dijustos se ahorra,
Y entre tanta mazamorra
No olviden esta alvertencia:
Aprendí por esperencia
Que el mal nombre no se borra.



XXVII

He servido en la frontera
En un cuerpo de milicias;
No por razón de justicia
Como sirve cualesquiera.

La bolilla me tocó
De ir a pasar malos ratos
Por la facultá del ñato,
Que tanto me persiguió.

Y sufrí en aquel infierno
Esa dura penitencia,
Por una malaquerencia
De un oficial subalterno.

No repetiré las quejas
De lo que se sufre allá:
Son cosas muy dichas ya
Y hasta olvidadas, de viejas.



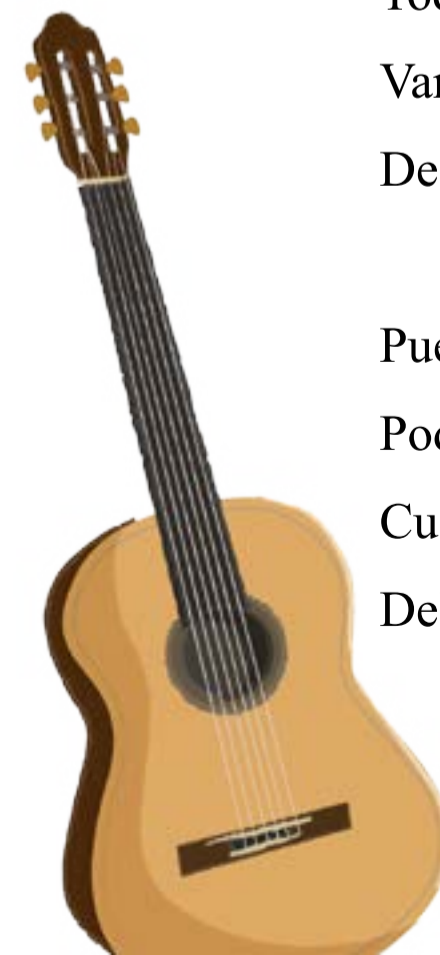
Siempre el mismo trabajar,
Siempre el mismo sacrificio,
Es siempre el mismo servicio,
Y el mismo nunca pagar.

Siempre cubiertos de harapos,
Siempre desnudos y pobres,
Nunca le pagan un cobre
Ni le dan jamás un trapo.

Sin sueldo y sin uniforme
Lo pasa uno aunque sucumba:
Confórmese con la tumba;
Y si no... no se conforme.

Pues si usted se ensoberbece
O no anda muy voluntario,
Le aplican un novenario
De estacas... que lo enloquecen.

Andan como pordioseros
Sin que un peso los alumbre,
Porque han tomao la costumbre
De deberle años enteros.



Siempre hablan de lo que cuesta;
Que allá se gasta un platal:
¡Pues yo no he visto ni un rial
En lo que duró la fiesta!

Es servicio extraordinario
Bajo el jusil y la vara,
Sin que sepamos qué cara
Le ha dao Dios al Comisario.

Pues si va a hacer la revista
Se vuelve como una bala:
Es lo mismo que luz mala
Para perderse de vista;

Y de yapa cuando va,
Todo parece estudio:
Van con meses atrasaos
De gente que ya no está;

Pues si adrede que lo hagan,
Podrán hacerlo mejor:
Cuando cai, cai con la paga
Del contingente anterior;



Porque son como sentencia
 Para buscar al ausente,
 Y el pobre que está presente
 Que perezca en la endigencia;

Hasta que, tanto aguantar
 El rigor con que lo tratan
 O se resierta, o lo matan,
 O lo largan sin pagar.

De ese modo es el pastel,
 Porque el gaucho —ya es un hecho—
 No tiene ningún derecho,
 Ni naides vuelve por él.

¡La gente vive marchita!
 Si viera cuando echan tropa:
 Les vuela a todos la ropa
 Que parecen banderitas.

De todos modos lo cargan,
 Y al cabo de tanto andar,
 Cuando lo largan, lo largan
 Como pa echarse a la mar.

Si alguna prenda le han dao
 Se la vuelven a quitar:
 Poncho, caballo, recaó,
 Todo tiene que dejar.

Y esos pobres infelices,
 Al volver a su destino,
 Salen como unos Longinos
 Sin tener con que cubrirse.

A mí me daba congojas
 El mirarlos de ese modo,
 Pues el más aviao de todos
 Es un perejil sin hojas.

Aura poco ha sucedido,
 Con un invierno tan crudo,
 Largarlos a pie y desnudos
 Pa volver a su partido.

Y tan duro es lo que pasa
 Que, en aquella situación,
 Les niegan un mancarrón
 Para volver a su casa.

¡Lo tratan como a un infiel!
 Completan su sacrificio
 No dándole ni un papel
 Que acredite su servicio.

Y tiene que regresar
 Más pobre de lo que jué;
 Por supuesto, a la mercé
 Del que lo quiere agarrar.

Y no averigüe después
 De los bienes que dejó:
 De hambre, su mujer vendió
 por dos lo que vale diez.

Y como están convenidos
 A jugarle manganeta,
 A reclamar no se meta,
 Porque ése es tiempo perdido.

Y luego, si a alguna estancia
 A pedir carne se arrima,

Al punto le cain encima
 Con la ley de la vagancia.

Y ya es tiempo, pienso yo,
 De no dar más contingente:
 Si el Gobierno quiere gente,
 Que la pague y se acabó.

Y saco así en conclusión,
 En medio de mi inorancia,
 Que aquí el nacer en estancia
 Es como una maldición.

Y digo, aunque no me cuadre
 Decir lo que naides dijo:
 La Provincia es una madre
 Que no defiende a sus hijos.

Mueren en alguna loma
 En defensa de la ley,
 O andan lo mesmo que el güey,
 Arando pa que otros coman.

Y he de decir así mismo
Porque de adentro me brota
Que no tiene patriotismo
Quien no cuida al compatriota.



XXVIII



Se me va por donde quiera
Esta lengua del demonio.
Voy a darles testimonio
De lo que vi en la frontera.

Yo sé que el único modo,
A fin de pasarlo bien,
Ee decir a todo: Amén,
Y jugarle risa a todo.

El que no tiene colchón
En cualquier parte se tiende:
El gato busca el jogón
Y ese es mozo que lo entiende.

De aquí comprenderse debe,
Aunque yo hable de este modo,
Que uno busca su acomodo
Siempre lo mejor que puede.

Lo pasaba como todos
Este pobre penitente;



Pero salí de asistente,
Y mejoré en cierto modo;

Pues aunque esas privaciones
Causen desesperación,
Siempre es mejor el jogón
De aquel que carga galones.

De entonces en adelante
Algo logré mejorar,
Pues supe hacerme lugar
Al lado del ayudante.

El se daba muchos aires:
Pasaba siempre leyendo;
Decían que estaba aprendiendo
Pa recibirse de flaire.

Aunque lo pifiaban tanto,
Jamás lo vi dijustao;
Tenía los ojos paraos
Como los ojos de un santo.

Muy delicao, dormía en cuja;
Y no sé por qué sería,



La gente lo aborrecía
Y le llamaban La Bruja.

Jamás hizo otro servicio
Ni tuvo mas comisiones
Que recibir las raciones
De víveres y de vicios.

Yo me pasé a su jogón
Al punto que me sacó,
Y ya con el me llevó
A cumplir su comisión.

Estos diablos de milicos
De todo sacan partido:
Cuando nos vían riunidos
Se limpiaban los hocicos.

Y decían en los jogones
Como por chocarrería:
«Con la Bruja y Picardía
Van a andar bien las raciones.»
A mí no me jué tan mal,
Pues mi oficial se arreglaba;



Les diré lo que pasaba
Sobre este particular.

Decían que estaba de acuerdo
La Bruja y el proveedor,
Y que recibía lo peor;
Puede ser, pues no era lerdo.

Que a más en la cantidá
Pegaba otro dentellón,
Y que por cada ración
Le entregaban la mitá;

Y que esto lo hacía del modo
Como lo hace un hombre vivo:
Firmando luego el recibo,
Ya se sabe, por el todo.

Pero esas murmuraciones
No faltan en campamento.
Déjenme seguir mi cuento,
O historia de las raciones.

La Bruja las recibía,
Como se ha dicho, a su modo;

Las cargabamos, y todo
Se entriega en la Mayoría.

Sacan allí en abundancia
Lo que les toca sacar,
Y es justo que han de dejar
Otro tanto de ganancia.

Van luego a la compañía;
Las recibe el Comendante,
El que, de un modo abundante,
Sacaba cuanto quería.

Ansí la cosa liviana
Va mermada, por supuesto;
Luego se le entrega el resto
Al oficial de semana.
¿Araña, quien te arañó?
Otra araña como yo.

Este le pasa al sargento
Aquello tan reducido,
Y, como hombre prevenido,
Saca siempre con aumento.

Esta relación no acabo
Si otra menudencia ensarto,
El sargento llama al cabo
Para encargarle el reparto.

El también saca primero
Y no se sabe turbar:
Naidés le va a aviriguar
Si ha sacado más o menos.

Y sufren tanto bocao
Y hacen tantas estaciones,
Que ya casi no hay raciones
Cuando llegan al soldao.

¡Todo es como pan bendito!
Y sucede de ordinario
Tener que juatarse varios
Para hacer un pucherito.

Dicen que las cosas van
Con arreglo a la ordenanza.
¡Puede ser! pero no alcanzan;
¡Tan poquito es lo que dan!

Algunas veces, yo pienso,
Y es muy justo que lo diga,
Solo llegaban las migas
Que habían quedao en los lienzos.

Y esplican aquel infierno
En que uno está medio loco
Diciendo gue dan tan poco
Porque no paga el Gobierno.

Pero eso yo no lo entiendo,
Ni a aviriguarlo me meto;
Soy inorante completo
Nada olvido y nada aprendo.

Tiene uno que soportar
El tratamiento mas vil:
A palos en lo civil
A sable en lo militar.

El vistuario es otro infierno;
Si lo dan, llega a sus manos
En invierno el de verano,
Y en el verano el de invierno.

Y yo el motivo no encuentro
Ni la razón que esto tiene,
Mas dicen que eso ya viene
Arreglao dende adentro.

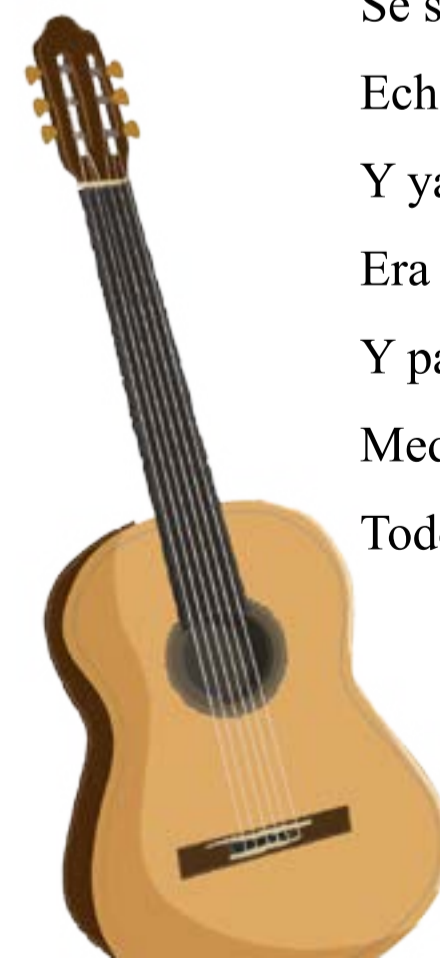
Y es necesario aguantar
El rigor de su destino;
El gaucho no es argentino
Sino pa hacerlo matar.

Ansi ha de ser, no lo dudo;
Y por eso decía un tonto:
«Si los han de matar pronto,
Mejor es que estén desnudos,»

Pues esa miseria vieja
No se remedia jamás;
Todo el que viene detrás
Como la encuentra la deja.

Y se hallan hombres tan malos
Que dicen de güena gana:
«El gaucho es como la lana:
Se limpia y compone a palos.»

Y es forzoso el soportar
Aunque la copa se enllene;
Parece que el gaucho tiene
Algún pecao que pagar.



XXIX

Esto cantó Picardía
Y después guardó silencio,
Mientras todos celebraban
Con placer aquel encuentro.
Mas una casualidá
—Como que nunca anda lejos—
Entre tanta gente blanca
Llevó tambien un moreno,
Presumido de cantor
Y que se tenía por güeno.
Y como quien no hace nada,
O se descuida de intento,
Pues siempre es muy conocido
Todo aquel que busca pleito,
Se sentó con toda calma,
Echo mano al instrumento
Y ya le pegó un ragido:
Era fantástico el negro;
Y para no dejar dudas,
Medio se compuso el pecho.
Todo el mundo conoció



La intención de aquel moreno:

Era claro el desafío

Dirigido a Martín Fierro,

Hecho con toda arrogancia,

De un modo muy altanero.

Tomó Fierro la guitarra,

Pues siempre se halla dispuesto,

Y así cantaron los dos,

En medio de un gran silencio.



XXX Martín Fierro

Mientras suene el encordao,

Mientras encuentre el compás

Yo no he de quedarme atrás

Sin defender la parada,

Y he jurado que jamás

Me la han de llevar robada.

Atiendan, pues, los oyentes

Y cáyense los mirones;

A todos pido perdones,

Pues a la vista resalta

Que no está libre de falta

Quien no está de tentaciones.

A un cantor le llaman güeno

Cuando es mejor que los piores;

Y sin ser de los mejores,

Encontrándose dos juntos,

Es deber de los cantores

El cantar de contrapunto.



El hombre debe mostrarse
 Cuando la ocasión le llegue;
 Hace mal el que se niegue,
 Dende que lo sabe hacer;
 Y muchos suelen tener
 Vanagloria en que los rueguen.

Cuando mozo fui cantor
 (Es una cosa muy dicha);
 Mas la suerte se encapricha
 Y me persigue constante:
 De ese tiempo en adelante
 Canté mis propias desdichas.

Y aquellos años dichosos
 Trataré de recordar;
 Veré si puedo olvidar
 Tan desgraciada mudanza,
 Y quien se tenga confianza
 Tiemple, y vamos a cantar.

Tiemple y cantaremos juntos;
 Trasnochadas no acobardan.
 Los concurrentes aguardan,
 Y porque el tiempo no pierdan,
 Haremos gemir las cuerdas

Hasta que las velas no ardan.
 Y el cantor que se presiente,
 Que tenga o no quien lo ampare,
 No espere que yo dispare
 Aunque su saber sea mucho:
 Vamos en el mismo pucho
 A prenderle hasta que aclare.

Y seguiremos si gusta
 Hasta que se vaya el día;
 Era la costumbre mía
 Cantar las noches enteras:
 Había entonces, donde quiera,
 Cantores de fantasía.

Y si alguno no se atreve
 A seguir la caravana,
 O si cantando no gana,
 Se lo digo sin lisonja:
 Haga sonar una esponja
 O ponga cuerdas de lana.

El moreno

Yo no soy, señores míos,
Sino un pobre guitarrero,
Pero doy gracias al Cielo
Porque puedo, en la ocasión,
Toparme con un cantor
Que experimente a este negro.

Yo también tengo algo blanco,
Pues tengo blancos los dientes;
Sé vivir entre las gentes
Sin que me tengan en menos:
Quien anda en pagos ajenos
Debe ser manso y prudente.

Mi madre tuvo diez hijos,
Los nueve muy regulares;
Tal vez por eso me ampare
La Providencia divina:
En los güevos de gallina
El décimo es el mas grande.



El negro es muy amoroso,
Aunque de esto no hace gala;
Nada a su cariño iguala
Ni a su tierna voluntá;
Fs lo mesmo que el macá:
Cría los hijos bajo el ala.

Pero yo he vivi do libre
Y sin depender de naidés;
Siempre he cruzado los aires
Como el pájaro sin nido;
Cuanto se lo he aprendido
Porque me lo enseñó un flaire.

Y sé como cualquier otro
El porqué retumba el trueno;
Por qué son las estaciones
Del verano y del invierno;
Sé también de donde salen
Las aguas que cain del cielo.

Yo sé lo gue hay en la tierra
En llegando al mesmo centro;
En dónde se encuentra el oro,



En dónde se encuentra el fierro
 Y en dónde viven bramando
 Loe volcanes que echan juego.

Yo sé del fondo del mar
 Donde los pejes nacieron;
 Yo sé por que crece el árbol,
 Y por que silban los vientos:
 Cosas que inoran los blancos
 Las sabe este pobre negro.

Yo tiro cuando me tiran;
 Cuando me aflojan, aflojo;
 No se ha de morir de antojo
 Quien me convide a cantar;
 Para conocer a un cojo
 Lo mejor es verlo andar.

Y si una falta cometo
 En venir a esta riunión,
 Echándola de cantor,
 Pido perdón en voz alta
 Pues nunca se halla una falta
 Que no esista otra mayor.

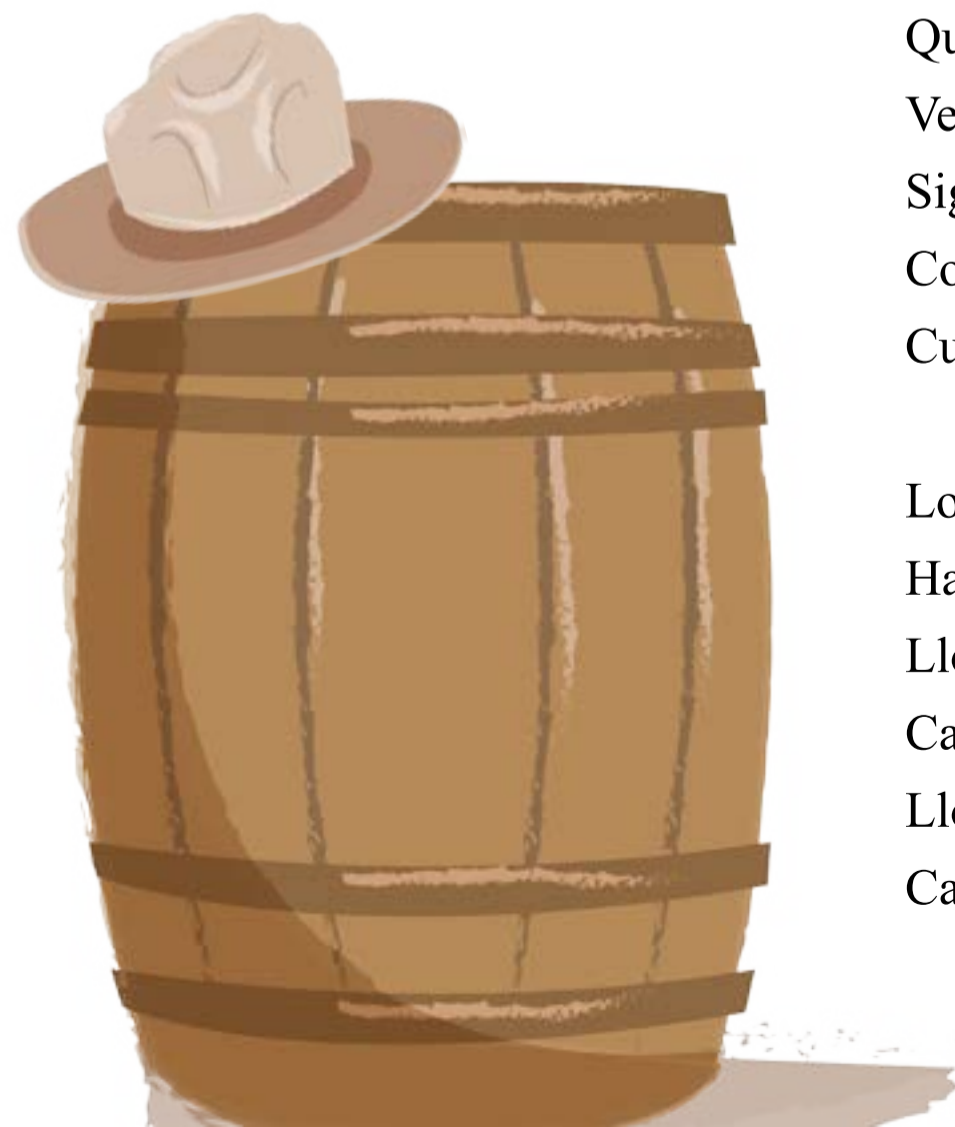
De lo que un cantor esplica
 No falta qué aprovechar
 Y se le debe escuchar
 Aunque sea negro el que cante:
 Apriende el que es inorante,
 Y el que es sabio, apriende más.

Bajo la frente mas negra
 Hay pensamiento y hay vida.
 La gente escuche tranquila,
 No me haga ningún reproche:
 Tambien es negra la noche
 Y tiene estrellas que brillan.

Estoy, pues, a su mandao;
 Empiece a echarme la sonda,
 Si gusta que le responda,
 Aunque con lenguaje tosco:
 En leturas no conozco
 La jota, por ser redonda.

Martín Fierro

¡Ah, negro!, si sos tan sabio
No tengás ningun recelo
Pero has tragao el anzuelo
Y al compás del estrumento
Has de decirme al momento
Cuál es el canto del cielo.



El moreno

Cuentan que de mi color
Dios hizo al hombre primero,
Más los blancos altaneros,
Los mismos que lo convidan,
Hasta de nombrarlo olvidan
Y sólo le llaman negro.

Pinta el blanco negro al diablo,
Y el negro, blanco lo pinta;
Blanca la cara o retinta
No habla en contra ni en favor:
De los hombres el Criador
No hizo dos clases distintas.

Y después de esta alvertencia
Que al presente viene al pelo,
Veré, señores, si puedo,
Sigún mi escaso saber,
Con claridá responder
Cuál es el canto del cielo.

Los cielos lloran y cantan
Hasta en el mayor silencio:
Lloran al cair el rocío
Cantan al silbar los vientos
Lloran cuando cain las aguas.
Cantan cuando brama el trueno.

Martín Fierro

Dios hizo al blanco y al negro
Sin declarar los mejores;
Les mandó iguales dolores
Bajo de una mesma cruz;
Mas también hizo la luz
Pa distinguir los colores.

Ansi, ninguno se agravie;
No se trata de ofender,
A todo se ha de poner
El nombre con que se llama,
Y a naides le quita fama
Lo que recibio al nacer.

Y así me gusta un cantor
Que no se turba ni yerra;
Y si en tu saber se encierra
El de los sabios profundos;
Decíme cual en el mundo
Es el canto de la tierra.

El moreno

Es pobre mi pensamiento,
Es escasa mi razón,
Mas pa dar contestación
Mi inorancia no se arredra:
También da chispas la piedra
Si la golpia el eslabón.

Y le daré una respuesta
Sigún mis pocos alcances:
Forman un canto en la tierra
El dolor de tanta madre,
El gemir de los que mueren
Y el llorar de los que nacen.

Martín Fierro

Moreno, alvierto que trais
 Bien dispuesta la garganta;
 Sos varón, y no me espanta
 Verte hacer esos primores;
 En los pájaros cantores
 Solo el macho es el que canta.

Y ya que al mundo vinistes
 Con el sino de cantar,
 No te vayás a turbar,
 No te agrandés ni te achiques;
 Es preciso que me expliques
 Cuál es el canto del mar.

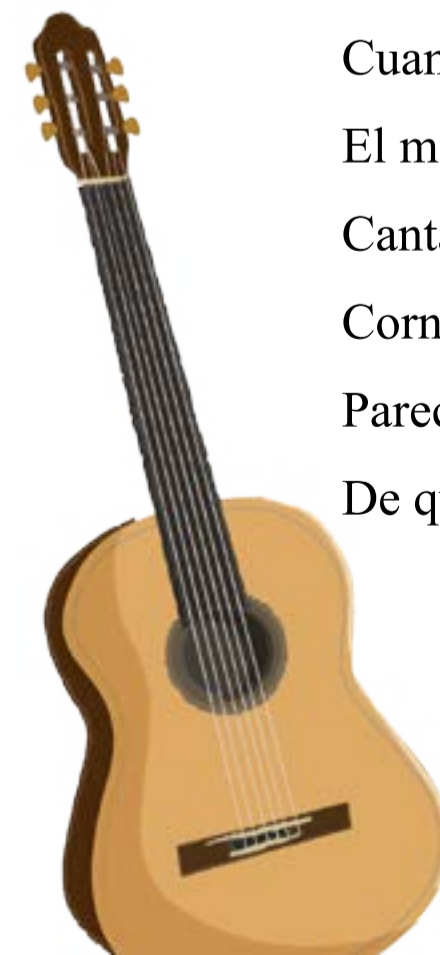


El moreno

A los pájaros cantores
 Ninguno imitar pretiende;
 De un don que de otro depende
 Naidés se debe alabar,
 Pues la urraca apriende a hablar,
 Pero sólo la hembra apriende.

Y ayúdame, ingenio mío,
 Para ganar esta apuesta;
 Mucho el contestar me cuesta.
 Pero debo contestar;
 Yoy a decir en respuesta
 Cuál es el canto del mar.

Cuando la tormenta brama,
 El mar, que todo lo encierra,
 Canta de un modo que aterra,
 Corno si el mundo temblara:
 Parece que se quejara
 De que lo estreche la tierra.



Martín Fierro

Toda tu sabiduría
Has de mostrar esta vez;
Ganarás sólo que estés
En boca con algún santo.
La noche tiene su canto,
Y me has de decir cuál es.

El moreno

No galope, que hay aujeros,
Le dijo a un guapo un prudente
Le contestó humildemente:
La noche por cantos tiene
Esos ruidos que uno siente
Sin saber por dónde vienen.

Son los secretos misterios
Que las tinieblas esconden;
Son los ecos que responden
A la voz del que da un grito;
Como un lamento infinito

Que viene no sé de dónde.
A las sombras sólo el sol
Las penetra y las impone;
En distintas direcciones
Se oyen rumores inciertos:
Son almas de los que han muerto,
Que nos piden oraciones.

Martín Fierro

Moreno, por tus respuestas
Yo te aplico el cartabón,
Pues tenés desposición
Y sos estruido, de yapa:
Ni las sombras se te escapan
Para dar esplicación.

Pero cumple su deber
El lial diciendo lo cierto,
Y, por lo tanto, te alvierto
Que hemos de cantar los dos,
Dejando en la paz de Dios
Las almas de los que han muerto.

Y el consejo del prudente
No hace falta en la partida;
Siempre ha de ser comedida
La palabra de un cantor.
Y aura quiero que me digas
De dónde nace el amor.



El moreno

A pregunta tan oscura
Trataré de responder,
Aunque es mucho pretender
De un pobre negro de estancia,
Mas conocer su inorancia
Es principio del saber.

Ama el pájaro en los aires
Que cruza por donde quiera,
Y si al fin de su carrera
Se asienta en alguna rama,
Con su alegre canto llama
A su amante compañera.

La fiera ama en su guarida,
De la que es rey y señor;
Allí lanza con juror
Esos bramidos que espantan,
Porque las fieras no cantan:

Las fieras braman de amor.
Ama en el fondo del mar
El pez de lindo color;
Ama el hombre con ardor;
Ama todo cuanto vive:
De Dios vida se recibe,
Y donde hay vida, hay amor.



Martín Fierro

Me gusta, negro ladino,
Lo que acabás de esplicar;
Ya te empiezo a respetar;
Aundue al principio me rei,
Y te quiero preguntar
Lo que entendés por la ley.

El moreno

Hay muchas dotorerías
Que yo no puedo alcanzar;
Dende que aprendí a inorar
De ningún saber me asombro,
Mas no ha de llevarme al hombro
Quien me convide a cantar.

Yo no soy cantor ladino
Y mi habilidá es muy poca;
Más cuando cantar me toca
Me defiendo en el combate,
Porque soy como los mates:
Sirvo si me abren la boca.

Dende que elige a su gusto,
Lo más espinoso elige;
Pero esto poco me aflige
Y le contesto a mi modo:
La ley se hace para todos,
Mas sólo al pobre le rige.

La ley es tela de araña
——En mi inorancia lo esplico——.
No la tema el hombre rico;

Nunca la tema el que mande;
Pues la ruempe el bicho grande
Y sólo enrieda a los chicos.

Es la ley como la lluvia:
Nunca puede ser pareja;
El que la aguanta se queja,
Pero el asunto es sencillo:
La ley es como el cuchillo:
No ofiende a quien lo maneja.

Le suelen llamar espada
Y el nombre le viene bien;
Los que la gobiernan ven
A dónde han de dar el tajo:
Le cai al que se halla abajo
Y corta sin ver a quién.

Hay muchos que son doctores,
Y de su cencia no dudo;
Mas yo soy un negro rudo
Y aunque de esto poco entiendo,
Estoy diariamente viendo
Que aplican la del embudo.



Martín Fierro

Moreno, vuelvo a decirte:
Ya conozco tu medida;
Has aprovechao la vida,
Y me alegro de este encuentro;
Ya veo que tenés adentro
Capital pa esta partida.

Y aura te voy a decir;
Porque en mi deber está
(Y hace honor a la verdá
Quien a la verdá se duebla)
Que sos por juera tinieblas
Y por dentro claridá.

No ha de decirse jamás
Que abusé de tu pacencia,
Y en justa correspondencia,
Si algo querés preguntar,
Podés al punto empezar,
Pues ya tenés mi licencia.



El moreno

No te trabes lengua mía;
No te vayas a turbar;
Nadie acierta antes de errar,
Y, aunque la fama se juega,
El que por gusto navega
No debe temerle al mar.

Voy a hacerle mis preguntas,
Ya que a tanto nne convida,
Y vencerá en la partida
Si una esplicación me da
Sobre el tiempo y la medida,
El peso y la cantidá.

Suya sera la vitoria
Si es que sabe contestar;
Se lo debo declarar
Con claridá, no se asombre,
Pues hasta aura ningún hombre
Me lo ha sabido esplicar.

Quiero saber y lo inoro,
Pues en mis libros no está
—Y su respuesta vendrá
A servirme de gobierno—,
Para que fin el Eterno
Ha criado la cantidá.

Martín Fierro

Moreno, te dejas cair
Como carancho en su nido;
Ya veo que sos prevenido,
Mas también estoy dispuesto;
Veremos si te contesto
Y si te das por vencido.

Uno es el sol, uno el mundo,
Sola y única es la luna
Ansí han de saber que Dios
No crió cantidá ninguna.

El ser de todos los seres
Solo formo la unidá;
Lo demás lo ha criado el hombre
Después que aprendió a contar.

El moreno

Veremos si a otra pregunta
Da una respuesta cumplida:
El ser que Ha criado la vida
Lo ha de tener en su archivo,
Mas yo inoro que motivo
Tuvo al formar la medida.



Martín Fierro

Escuchá con atención
Lo que en mi inorancia arguyo:
La medida la inventó
El hombre para bien suyo;

Y la razón no te asombre,
Pues es fácil presumir:
Dios no tenía que medir
Sino la vida del hombre.



El Moreno

Si no falla su saber
Por vencedor lo confieso;
Debe aprender todo eso
Quien a cantar se dedique;
Y aura quiero que me explique
La que significa el peso.

Martín Fierro

Dios guarda entre sus secretos
El secreto que eso encierra,
Y mandó que todo peso
Cayera siempre en la tierra;

Y según comprendo yo,
Dende que hay bienes y males,
Jué el peso para pesar
Las culpas de los mortales.

El moreno

Si responde a esta pregunta
Tengase por vencedor
(Doy la derecha al mejor);
Y respóndame al momento:
¿Cuándo formó Dios el tiempo
Y por que lo dividió?



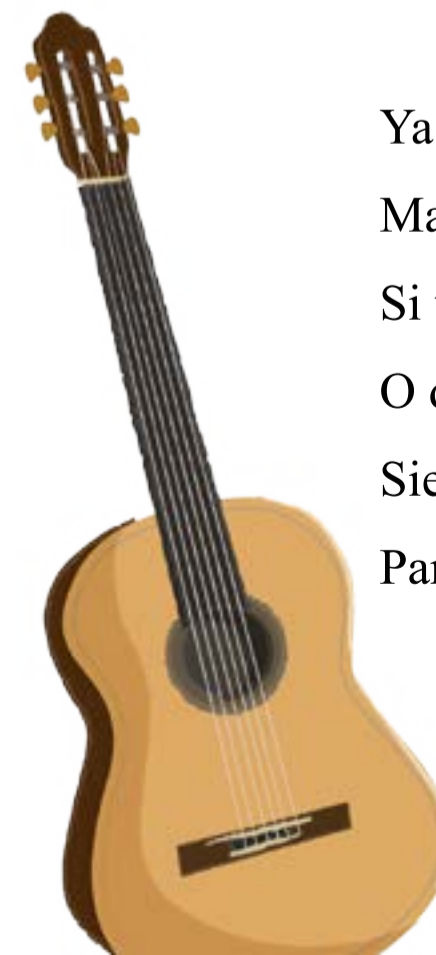
Martín Fierro

Moreno, voy a decir,
Sigún mi saber alcanza:
El tiempo sólo es tardanza
De lo que está por venir;

No tuvo nunca principio
Ni jamás acabará,
Porque el tiempo es una rueda.
Y rueda es eternidá.

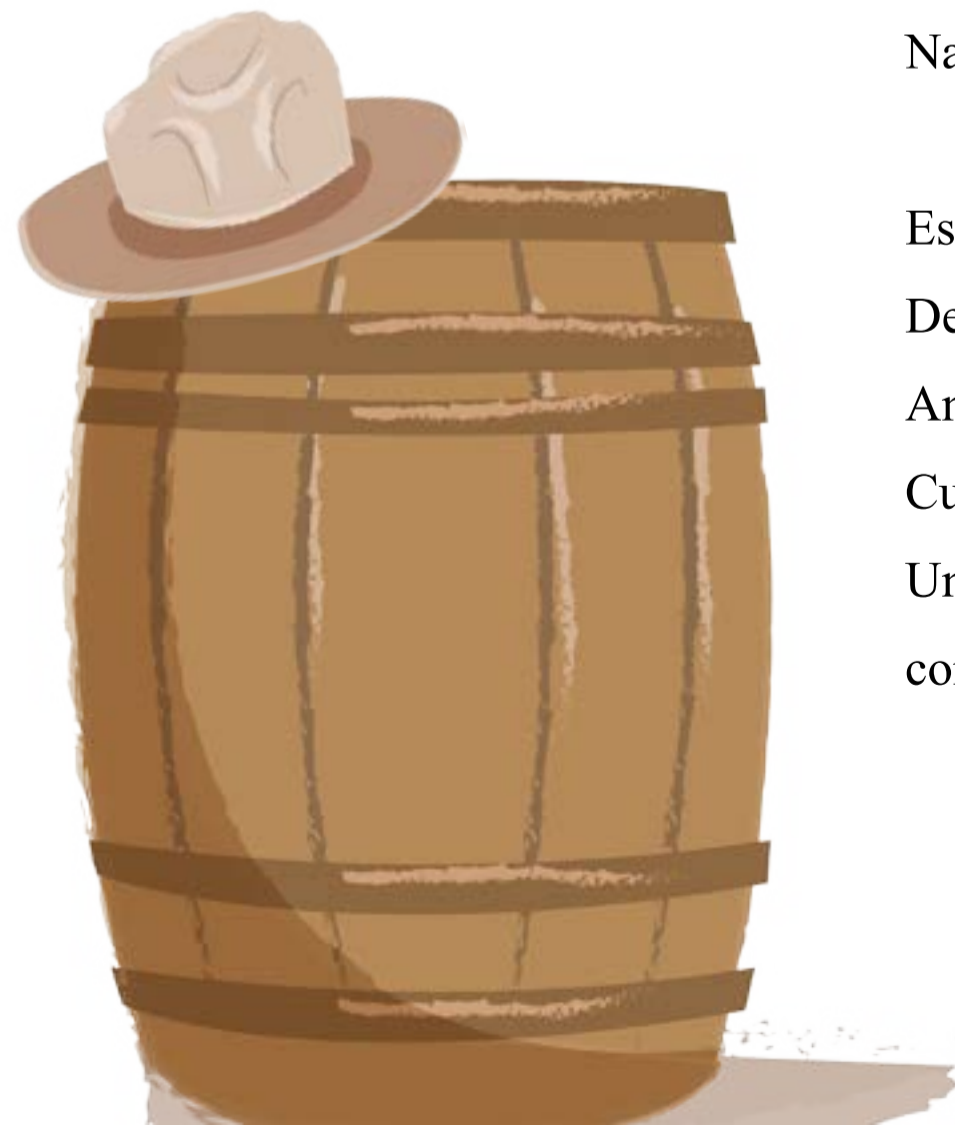
Y si el hombre lo divide,
Sólo lo hace, en mi sentir,
Por saber lo que ha vivido
O le resta que vivir.

Ya te he dado mis respuestas,
Mas no gana quien despunta;
Si tenés otra pregunta
O de algo te has olvidao,
Siempre estoy a tu mandao
Para sacarte de dudas.



No procedo por soberbia
Ni tampoco por jactancia,
Mas no ha de faltar costancia
Cuando es preciso luchar;
Y te convido a cantar
Sobre cosas de la estancia.

Ansi prepará, moreno,
Cuanto tu saber encierre,
Y sin que tu lengua yerre,
Me has de decir lo que empriende;
El que del tiempo depende,
En los meses que train erre.



El moreno

De la inorancia de naides
Ninguno debe abusar;
Y aunque me puede doblar
Todo el que tenga más arte,
No voy a ninguna parte
A dejarme machetiar.

He reclarao que en leturas
Soy redondo como jota;
No avergüence mi redota,
Pues con claridá le digo:
No me gusta que conmigo
Naides juegue a la pelota.

Es güena ley que el más lerdo
Debe perder la carrera;
Ansí le pasa a cualquiera,
Cuando en competencia se halla
Un cantor de media talla
con otro de talla entera.

¿No han visto en medio del campo
Al hombre que anda perdido,
Dando güeltas afligido,
Sin saber donde rumbiar?
Así le suele pasar
A un pobre cantor vencido.

También los árboles crujen
Si el ventarrón los azota,
Y si aquí mi queja brota
Con amargura, consiste
En que es muy larga y muy triste
La noche de la redota.

Y dende hoy en adelante,
Pongo de testigo al Cielo
Para decir sin recelo
Que, si mi pecho se inflama.
No cantaré por la fama
Sino por buscar consuelo.

Vive ya desesperao
Quien no tiene qué esperar;
A lo que no ha de durar
Ningún cariño se cobre;
Alegrías en un pobre
Son anuncios de pesar.

Y este triste desengaño
Me durará mientras viva;
Aunque un consuelo reciba
Jamás he de alzar el vuelo:
Quien no nace para el cielo
De balde es que mire arriba.

Y suplico a cuantos me oigan
Que me permitan decir
Que, al decidirme a venir,
No sólo jué por cantar,
Sino porque tengo a más
Otro deber que cumplir.

Ya saben que de mi madre
Jueron diez los que nacieron,
Mas ya no existe el primero
Y mas querido de todos:
Murió por injustos modos
A manos de un pendenciero.

Los nueve hermanos restantes
Como güerfanos quedamos;
Dende entonces lo lloramos
Sin consuelo, creanmeló,
Y al hombre que lo mató,
Nunca jamás lo encontramos.

Y queden en paz los güesos
De aquel hermano querido;
A moverlos no he venido,
Mas, si el caso se presenta,
Espero en Dios que esta cuenta
Se arregle como es debido.

Y si otra ocasión payamos
Para que esto se complete,
Por mucho que lo respete,
Cantaremos, si le gusta,
Sobre las muertes injustas.
Que algunos hombres cometen.

Y aquí, pues, señores míos,
Diré, como en despedida,
Que todavía andan con vida
Los hermanos del dijunto,
Que recuerdan este asunto
Y aquella muerte no olvidan.

Y es misterio tan profundo
Lo que está por suceder,
Que no me debo meter
A echarla aquí de adivino;
Lo que decida el destino
Después lo habran de saber.

Martín Fierro

Al fin cerrastes el pico
Después de tanto charlar;
Ya empezaba a maliciar,
Al verte tan entonao,
Que traías un embuchao
Y no lo querías largar.

Y ya que nos conocemos,
Basta de conversación;
Para encontrar la ocasión
No tienen que darse priesa;
Ya conozco yo que empieza
Otra clase de junción.

Yo no sé lo que vendrá;
Tampoco soy adivino;
pero firme en mi camino
Hasta el fin he de seguir:
Todos tienen que cumplir
Con la ley de su destino.

Primero jué la frontera
Por persecución de un juez;
Los indios fueron después,

Y, para nuevos estrenos,
 Aura son estos morenos
 Pa alivio de mi vejez.

La madre echó diez al mundo,
 Lo que cualquiera no hace,
 Y tal vez de los diez pase
 Con iguales condiciones:
 La mulita pare nones,
 Todos de la misma clase.

A hombre de humilde color
 Nunca sé facilitar;
 Cuando se llega a enojar
 Suele ser de mala entraña:
 Se vuelve como la araña,
 Siempre dispuesta a picar.

Yo he conocido a toditos
 Los negros mas peliadores;
 Había algunos superiores
 De cuerpo y de vista... ¡ahijuna!
 Si vivo, les daré una...
 Historia de las mejores.



Mas cada uno ha de tirar
 En el yugo en que se vea;
 Yo ya no busco peleas,
 Las contiendas no me gustan,
 Pero ni sombras me asustan
 Ni bultos que se menean.

La creía ya desollada,
 Mas todavía falta el rabo,
 Y por lo visto no acabo
 De salir de esta jarana;
 Pues esto es lo que se llama
 Remacharsele a uno el clavo.



XXXI

Y después de estas palabras
 Que ya la intención revelan,
 Procurando los presentes
 Que no se armara pendencia,
 Se pusieron de por medio
 Y la cosa quedó quieta.
 Martín Fierro y los muchachos,
 Evitando la contienda,
 Montaron y paso a paso,
 Como el que miedo no lleva,
 A la costa de un arroyo
 Llegaron a echar pie a tierra.
 Desensillaron los pingos
 Y se sentaron en rueda,
 Refiriéndose entre sí
 Infinitas menudencias
 Porque tiene muchos cuentos
 Y muchos hijos la ausiencia.
 Allí pasaron la noche
 A la luz de las estrellas,
 Porque ese es un cortinao
 Que lo halla uno donde quiera,
 Y el gaucho sabe arreglarse



Como ninguno se arregla:
 El colchón son las caronas,
 El lomillo es cabecera,
 E cojinillo es blandura
 Y con el poncho o la jerga;
 Para salvar del rocío,
 Se cubre hasta la cabeza.
 Tiene su cuchillo al lado
 —Pues la precaución es güena—,
 Freno y rebenque a la mano,
 Y, teniendo el pingo cerca,
 Que pa asegurarlo bien
 La argolla del lazo entierra
 —Aunque el atar con el lazo
 Da del hombre mala idea—,
 Se duerme así muy tranquilo
 Todita la noche entera;
 Y si es lejos del camino,
 Como manda la prudencia,
 Mas seguro que en su rancho
 Uno ronca a pierna suelta
 Pues en el suelo no hay chinche
 Y es una cuja camera
 Que no ocasiona disputas
 Y que naidés se la niega.



Ademas de eso, una noche
 La pasa uno como quiera,
 Y las va pasando todas
 Haciendo la misma cuenta;
 Y luego los pajaritos
 Al aclarar lo despiertan,
 Porque el sueño no lo agarra
 A quien sin cenar se acuesta.
 Así, pues, aquella noche
 Jué para ellos una fiesta,
 Pues todo parece alegre
 Cuando el corazón se alegra.
 No pudiendo vivir juntos
 Por su estado de pobreza,
 Resolvieron separarse
 Y que cada cual se juera
 A procurarse un refugio
 Que aliviara su miseria.
 Y antes de desparramarse
 Para empezar vida nueva,
 En aquella soledá
 Martín Fierro, con prudencia,
 A sus hijos y al de Cruz
 Les habló de esta manera:

XXXII

—Un padre que da consejos
 Más que padre es un amigo;
 Ansi como tal les digo
 Que vivan con precaución:
 Naidés sabe en que rincón
 Se oculta el que es su enemigo.

Yo nunca tuve otra escuela
 Que una vida desgraciada:
 No estrañen si en la jugada
 Alguna vez me equivoco,
 Pues debe saber muy poco
 Aquel que no aprendió nada.

Hay hombres que de su cencia
 Tienen la cabeza llena;
 Hay sabios de todas menas,
 Mas digo, sin ser muy ducho:
 Es mejor que aprender mucho
 El aprender cosas gúenas.

No aprovechan los trabajos
 Si no han de enseñarnos nada;
 El hombre, de una mirada,
 Todo ha de verlo al momento:
 El primer conocimiento
 Es conocer cuándo enfada.

Su esperanza no la cifren
 Nunca en corazón alguno;
 En el mayor infortunio
 Pongan su confianza en Dios;
 De los hombres, sólo en uno;
 Con gran precaución en dos.

Las faltas no tiene límites
 Como tienen los terrenos;
 Se encuentran en los mas güenos,
 Y es justo que les prevenga:
 Aquel que defetos tenga,
 Disimule los ajenos.

Al que es amigo, jamás
 Lo dejen en la estacada,
 Pero no le pidan nada

Ni lo aguarden todo de el:
 Siempre el amigo más fiel
 Es una conducta honrada.

Ni el miedo ni la codicia
 Es güeno que a uno le asalten,
 Ansi, no se sobresalten
 Por los bienes que perezcan;
 Al rico nunca le ofrezcan
 Y al pobre jamás le falten.

Bien lo pasa, hasta entre pampas,
 El que respeta a la gente;
 El hombre ha de ser prudente
 Para librarse de enojos:
 Cauteloso entre los flojos,
 Moderado entre valientes.

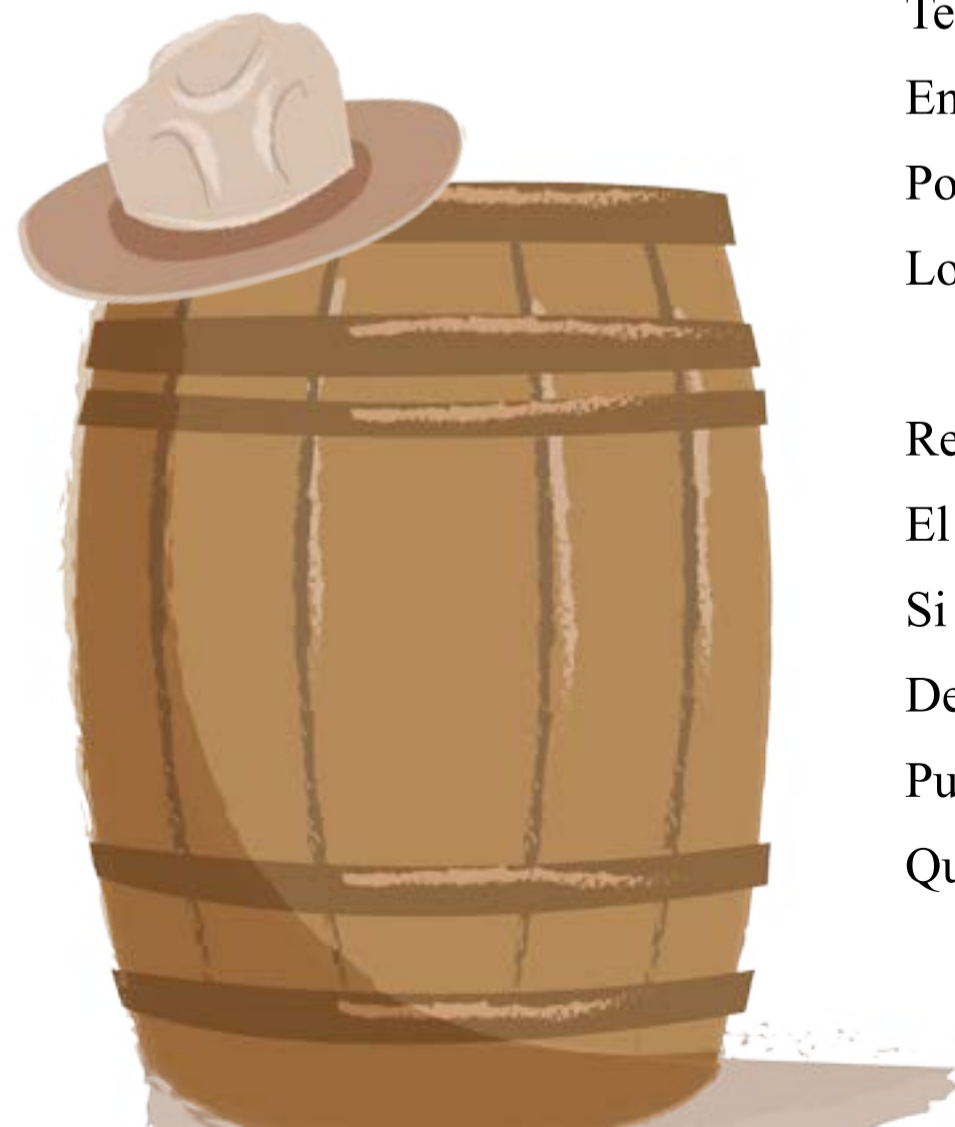
El trabajar es la ley,
 Porque es preciso alquirit;
 No se espongan a sufrir
 Una triste situación:
 Sangra mucho el corazón
 Del que tiene que pedir.

Debe trabajar el hombre
 Para ganarse su pan;
 Pues la miseria, en su afán
 De perseguir de mil modos,
 Llama en la puerta de todos
 Y entra en la del haragán.

A ningún hombre amenacen,
 Porque naides se acobarda;
 Poco en conocerlo tarda
 Quien amenaza imprudente:
 Que hay un peligro presente
 Y otro peligro se aguarda.

Para vencer un peligro,
 Salvar de cualquier abismo
 —Por esperencia lo afirmo—,
 Más que el sable y que la lanza
 Suele servir la confianza
 Que el hombre tiene en si mismo.

Nace el hombre con la astucia
 Que ha de servirle de guía;
 Sin ella sucumbiría:
 Pero, según mi esperencia,
 Se vuelve en unos prudencia
 Y en los otros picardía.



Aprovecha la ocasión
 El hombre que es diligente;
 Y, tenganlo bien presente:
 Si al compararla no yerro,
 La ocasión es como el fierro:
 Se ha de machacar caliente.

Muchas cosas pierde el hombre
 Que a veces las vuelve a hallar;
 Pero les debo enseñar,
 Y es güeno que lo recuerden:
 Si la vergüenza se pierde,
 Jamás se vuelve a encontrar.

Los hermanos sean unidos
 Porque ésa es la ley primera
 Tengan unión verdadera
 En cualquier tiempo que sea,
 Porque, si entre ellos pelean,
 Los devoran los de ajuera.

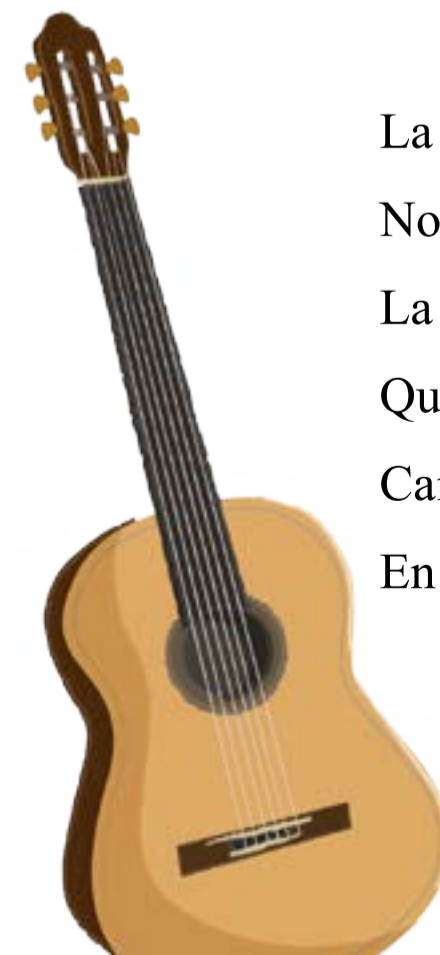
Respeten a los ancianos:
 El burlarlos no es hazaña;
 Si andan entre gente estraña
 Deben ser muy precavidos,
 Pues por igual es tenido
 Quien con malos se acompaña.

La cigüeña, cuando es vieja,
 Pierde la vista, y procuran
 Cuidarla en su edá madura
 Todas sus hijas pequeñas:
 Apriendan de las cigüeñas
 Este ejemplo de ternura.

Si les hacen una ofensa,
 Aunque la echen en olvido,
 Vivan siempre prevenidos;
 Pues ciertamente sucede
 Que hablará muy mal de ustedes
 Aquel que los ha ofendido.

El que obedeciendo vive
 Nunca tiene suerte blanda,
 Mas con su soberbia agranda
 El rigor en que padece:
 Obedezca al que obedece
 Y será gúeno el que manda.

Procuren de no perder
 Ni el tiempo ni la vergüenza;
 Como todo hombre que piensa,



Procedan siempre con juicio;
 Y sepan que ningún vicio
 Acaba donde comienza.

Ave de pico encorvado
 Le tiene al robo afición;
 Pero el hombre de razón
 No roba jamás un cobre,
 Pues no es vergüenza ser pobre
 Y es vergüenza ser ladrón.

El hombre no mate al hombre
 Ni pelé por fantasía;
 Tiene en la desgracia mía
 Un espejo en que mirarse;
 Saber el hombre guardarse
 Es la gran sabiduría.

La sangre que se redama
 No se olvida hasta la muerte;
 La impresión es de tal suerte,
 Que, a mi pesar, no lo niego,
 Cai como gotas de juego
 En la alma dei que la vierte.



Es siempre, en toda ocasión,
 El trago el pior enemigo;
 Con cariño se los digo,
 Recuérdenlo con cuidado:
 Aquel que ofiende embriagado
 Merece doble castigo.

Si se arma algún revolutis,
 Siempre han de ser los primeros,
 No se muestren altaneros,
 Aungue la razón les sobre:
 En la barba de los pobres
 Aprienden pa ser barberos.



Si entriegan su corazón
 A alguna mujer querida,
 No le hagan una partida
 Que la ofienda a la mujer:
 Siempre los ha de perder
 Una mujer ofendida.

Procuren, si son cantores,
 El cantar con sentimiento,
 Ni tiemplan el instrumento
 Por sólo el gusto de hablar,



Y acostúmbrense a cantar
 En cosas de jundamento.

Y les doy estos consejos
 Que me ha costado alquirirlos,
 Porque deseo dirigirlos;
 Pero no alcanza mi cencia
 Hasta darles la prudencia
 Que precisan pa seguirlos.

Estas cosas y otras muchas
 Medité en mis soledades;
 Sepan que no hay falsedades
 Ni error en estos consejos:
 Es de la boca del viejo
 De ande salen las verdades.—



XXXIII

Después a los cuatro vientos
 Los cuatro se dirigieron;
 Una promesa se hicieron
 Que todos debían cumplir;
 Mas no la puedo decir
 Pues secreto prometieron.

Les alvierto solamente
 —Y esto a ninguno le asombre,
 Pues muchas veces el hombre
 Tiene que hacer de ese modo—;
 Convinieron entre todos
 En mudar allí de nombre.

Sin ninguna intención mala
 Lo hicieron, no tengo duda;
 Pero es la verdad desnuda
 —Siempre suele suceder—:
 Aquel que su nombre muda
 Tiene culpas que esconder.

Y ya dejo el instrumento
 Con que he divertido a ustedes;
 Todos conocerlo pueden

Que tuve costancia suma:
 Este es un botón de pluma
 Que no hay quien lo desenriede.

Con mi deber he cumplido,
 Y ya he salido del paso;
 Pero diré, por si acaso,
 Pa que me entiendan los criollos:

Todavía me quedan rollos
 Por si se ofrece dar lazo.
 Y con esto me despido
 Sin espresar hasta cuándo;
 Siempre corta por lo blando
 El que busca lo seguro,
 Mas yo corto por lo duro,
 Y así he de seguir cortando.

Vive el águila en su nido,
 El tigre vive en su selva,
 El zorro en la cueva ajena,
 Y, en su destino incostante,
 Solo el gaucho vive errante
 Donde la suerte lo lleva.

Es el pobre en su orfandá
 De la fortuna el desecho,
 Porque naidés toma a pechos
 El defender a su raza:
 Debe el gaucho tener casa,
 Escuela, iglesia y derechos.

Y han de concluir algún día
 Estos enriedos maaditos;
 La obra no la facilito
 Porque aumentan el fandango
 Los que están, como el chimango
 Sobre el cuero y dando gritos.

Mas Dios ha de permitir
 Que esto llegue a mejorar;
 Pero se ha de recordar,
 Para hacer bien el trabajo,
 Que el juego, pa calentar,
 Debe ir siempre por abajo.

En su ley está el de arriba
 Si hace lo que le aproveche;
 De sus favores sospeche

Hasta el mismo que lo nombra
 Siempre es dañosa la sombra
 Del árbol que tiene leche.

Al pobre, al menor descuido,
 Lo levantan de un sogazo,
 Pero yo compriendo el caso
 Y esta consecuencia saco:
 El gaucho es el cuero flaco:
 Da los tientos para el lazo.

Y en lo que esplica mi lengua
 Todos deben tener fe;
 Ansí; pues, entiendanmé,
 Can codicias no me mancho:
 No se ha de llover el rancho
 En donde este libro esté.

Permítanme descansar,
 ¡Pues he trabajado tanto!
 En este punto me planto
 Y a continuar me resisto:
 Estos son treinta y tres cantos,
 Que es la mesma edá de Cristo.

Y guarden estas palabras
Que les digo al terminar:
En mi obra he de continuar
Hasta dárselas concluida,
Si el ingenio o si la vida
No me llegan a faltar.

Y si la vida me falta,
Tenganlô todos por cierto
Que el gaucho, hasta en el desierto,
Sentirá en tal ocasión
Tristeza en el corazón,
Al saber que yo estoy muerto.

Pues son mis dichas desdichas
Las de todos mis hermanos;
Ellos guardaran ufanos
En su corazón mi historia:
Me tendrán en su memoria
Para siempre mis paisanos.

Es la memoria un gran don,
Calidá muy meritoria;
Y aquellos que en esta historia

Sospechen que les doy palo,
Sepan que olvidar lo malo
También es tener memoria.

Mas naides se crea ofendido
Pues a ninguno incomodo,
Y si canto de este modo,
Por encontrarlo oportuno,
No es para mal de ninguno
Sino para bien de todos.





